



política y espíritu

- El caso Portugal: Artículos y Documentos
- El Kerenskismo: Validez de una consigna
- Kissinger: El sentido del poder
- Estados Unidos y América Latina
- El Papa y los obispos portugueses
hablan sobre la paz

Política y Espiritu

N° 356

AÑO XXX

CUADERNOS DE CULTURA POLITICA ECONOMICA Y SOCIAL

DIRECTOR:

Jaime Castillo Velasco

SUB-DIRECTOR:

Genaro Arriagada Herrera

Representante Legal:

JAIME CASTILLO VELASCO

**DIRECCION
Y SUSCRIPCIONES:**

Avenida Colón N° 3494
Santiago de Chile

**EDICIONES COMUNITARIAS
CHILENAS LTDA.**

Avenida Colón N° 3494

Impresores:

Talleres Gráficos Corporación

SUSCRIPCION AEREA		CORREO ORDINARIO	
(12 números)		Chile (anual, 12 números)	E° 20.000,—
		Chile (semestral, 6 números)	E° 10.000,—
		Extranjero (anual, 12 números)	US\$ 14,—
Sur América	US\$ 17.-	Derechos reservados Registro Nacional de la Propiedad Intelectual 202 "Política y Espiritu" M. R.	
Centroamérica y El Caribe	US\$ 20.-		
U.S.A. y Canadá	US\$ 22.-		
Europa	US\$ 24.-		
Tarapacá, Antofagasta, D. Chañaral, Chiloé, Aysén y Magallanes	E° 25.000,—	TARIFA REDUCIDA DE PUBLICACIONES PERIODICAS INSCRIPCION N° 219 DE 7 DE ABRIL DE 1975	

VALOR DE ESTE EJEMPLAR E° 2.000,—

EJEMPLAR ATRASADO E° 2.000,—

I N D I C E

Actualidad	5
— EN TORNO A Mc LUHAN, José Luis Rosasco	9
— METTERNICH, KISSINGER Y EL SENTIDO DEL PODER POLITICO, Claudio Orrego Vicuña	11
— EL CASO DE PORTUGAL	18
— EL "KERENSKISMO": EL SENTIDO DE UNA CONSIGNA POLITICA, Genaro Arriagada H.	26
— SOBRE UNA FORMA DE ESCRIBIR EN MARXISMO	30
— LOS ARAUCANOS VISTOS POR FRANCISCO DE PINEDA Y BASCUÑAN	33
— LASTARRIA Y LA OPOSICION A MONTT	36
— PANORAMA CINEMATOGRAFICO DE 1974	39
 Poesía:	
— TRES POEMAS DE FRANCISCO MEDINA CARDENAS	52
 Libros:	46
 Documentos:	
— LA RECONCILIACION, CAMINO HACIA LA PAZ	55
— LOS ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA: LA NUEVA OPORTUNIDAD	73

FUNDACION
PARA EL DESARROLLO Y LA CULTURA POPULAR



LIBRERIA Manantial

La más completa selección de libros
acerca del pensamiento cristiano,
Filosofía y Ciencias Sociales.

Encontrará un eficaz servicio de
pedidos de todos aquellos títulos de
cualquier país del mundo, que no
se encuentran en plaza.

Santiago: Plaza de Armas 444 - Tel. 713413 - Erasmo Escala 1822 - Tel. 712984

Valdivia: Maipú 168

Rancagua: Estado esquina O'Carrol - Teléfono 22575

EJEMPLARES ATRASADOS DE

Política y Espiritu

Ante numerosas consultas de nuestros lectores, informamos que hay disponibilidad de un número limitado de ejemplares de las siguientes ediciones:

- Nº 316 Mayo - Julio 1970
- Nº 317 Agosto 1970
- Nº 322 Junio 1971
- Nº 324 Agosto 1971
- Nº 325 Septiembre 1971
- Nº 326 Octubre 1971
- Nº 327 Noviembre 1971
- Nº 329 Enero 1972
- Nº 330 Febrero - Marzo 1972
- Nº 331 Abril 1972
- Nº 332 Mayo 1972
- Nº 333 Junio 1972
- Nº 334 Julio 1972
- Nº 335 Agosto 1972
- Nº 336 Septiembre 1972
- Nº 337 Octubre 1972
- Nº 338 Noviembre 1972
- Nº 339 Diciembre 1972 Especial-Mounier
- Nº 340 Enero 1973
- Nº 341 Febrero - Marzo 1973
- Nº 342 Abril 1973
- Nº 343 Mayo 1973
- Nº 344 Junio - Julio 1973
- Nº 345 Agosto 1973

La edición de Diciembre de 1971, Nº 328 especialmente dedicado al pensamiento y la obra de Jacques Maritain, se encuentra totalmente agotada. Se prepara actualmente una reedición aumentada.

A los coleccionistas que deseen ejemplares para completar sus colecciones les rogamos escribirnos para estudiar posibilidades de canje con otros lectores que estén en la misma situación.

El General Bonilla.

Un hecho trágico de aviación extinguió la vida del General Oscar Bonilla, Ministro del Interior y posteriormente de Defensa, en el Gobierno que rige al país. Su muerte provocó, indudablemente, conmoción y pena. Tras de las actuaciones propiamente administrativas o militares, y a lo largo de su vida, en diferentes funciones, él había sabido ostentar indiscutibles cualidades humanas.

Podemos estar de acuerdo o no con las actitudes del General Bonilla, en su desempeño ministerial, pero no cabe duda que cumplió sus funciones con dignidad, franqueza y amor a su patria. Se ha destacado con énfasis su labor en el problema de la organización social. Bajo su desempeño como Ministro del Interior quiso, en efecto, continuar un trabajo que él había ya conocido con anterioridad y, para ello, se vinculó afectivamente a las grandes masas de las poblaciones callampas. Tales esfuerzos dejaron huella en el pueblo chileno. Fue apreciado vastamente, seguido y admirado, muchas veces silenciosamente, por quienes lo vieron llegar, en un momento muy dramático, con muchas circunstancias difíciles de explicar, y que lo vieron alejarse con dolor. Del mismo modo, cabe señalar su preocupación por instruir públicamente a las autoridades y a los ciudadanos en los casos de allanamiento, a que la situación política condujo, especialmente en los primeros meses del movimiento militar del 11 de septiembre. El, por televisión, explicó detalladamente el aspecto legal de tales actos de autoridad, las normas por las cuales debían regirse los encargados de ellas y los derechos de los ciudadanos afectados. Eso, a su tiempo, trajo un espíritu de pacificación y resguardó los derechos de las personas. El General Bonilla, como soldado, sabía que el país iba a pasar por situaciones muy duras. Quiso disminuir los sufrimientos. Se ocupaba, con frecuencia, de reclamos surgidos de parte de la gente o de quienes llegaban a conocer irregularidades. Pedía asimismo se le entregasen antecedentes de casos concretos, y trataba de actuar en conciencia.

El homenaje que se le rindió es una prueba de cómo la multitud se conmueve cuando, a pesar de tantas situaciones confusas, alguien sabe mostrar el rostro humano de la vida, de la lucha, del dolor. No importa ahora otros aspectos. A la hora de la muerte de este soldado distinguido, hay que extender sobre su memoria la comprensión y el afecto que mostraron hacia él las muchedumbres entristecidas, en su camino al descanso final.

Las confesiones del MIR.

En el curso del mes de febrero, por cadena oficial de televisión, cuatro dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria: Humberto Menanteaux, Cristian Mallol Comandari, José Hernán Carrasco Vásquez y Héctor González Osorio, miembros del Comité Central, hicieron una presentación con el objeto de dar a conocer las conclusiones de carácter político a que habían llegado durante el arresto a que se encuentran sometidos.

Ellos hablaron en nombre propio, pero con la intención de llegar

tanto a sus compañeros de partido en prisión o en clandestinidad, como a la opinión pública en general. Afirmaron que una treintena de dirigentes detenidos habían sido consultados para los efectos de la declaración.

El asunto merece un comentario. Para ello, es preciso separar cuidadosamente el fondo de las tesis expuestas, por una parte, y, por otra, las condiciones en que ellas fueron dadas a conocer...

Toquemos el primero de estos puntos. Si tenemos en cuenta que los cuatro dirigentes afirmaron allí la derrota de sus tesis políticas, la liquidación y la necesidad de poner fin a lo que llamaban el "costo", es decir, la extinción física, política o moral de los dirigentes y militantes, se deberá concluir, nos parece, que surge del hecho la imagen de una quiebra ostensible de la "vía violenta", preconizada por el MIR y alentada por otros sectores, especialmente desde el ascenso del Presidente Frei al Gobierno, en 1964.

Pero el problema va más allá de eso. Desde el 11 de septiembre de 1973 quedó en evidencia ante el país que las amenazas de convertir a Chile en un río de sangre y en hacer arder el país "por los cuatro costados" no había sido más que un alarde de grupos ideologizados, sin experiencia ni capacidad para organizar una guerra revolucionaria contra las Fuerzas Armadas Profesionales.

Lo importante es preguntarse entonces, si alguna vez el planteamiento estratégico del MIR tuvo alguna razón de ser y representó una alternativa viable para la propia izquierda chilena.

No es suficiente aceptar una derrota cuando el precio humano que se ha pagado es terrible y doloroso. Es necesario, además, llegar hasta el fondo de una concepción político-ideológica que, desde la Administración del Presidente Eduardo Frei, vino pidiendo que la voz del fusil reemplazara al voto democrático de los chilenos.

En 1969, durante un período de particular progreso y bienestar de los chilenos, el MIR declaró caducada la vía democrática y sostuvo la violencia armada como único camino político. En esa estrategia contra el llamado "reformismo" no había de transigir tampoco, durante toda la administración de la Unidad Popular, a pesar de los estrechos contactos humanos que existían entre la directiva extremista y el difunto Presidente Allende.

Y no estuvieron solos en la tarea. Los sectores dirigentes de los Partido Socialista, de la Izquierda Cristiana y del MAPU-Garretón, sumaron su fuerza a la carta de la violencia, desafiaron el orden legal y sumieron al país en un creciente caos, cuyo resultado se suponía sería el advenimiento del "poder popular".

Ningún historiador podrá desconocer la influencia perturbadora que dicha estrategia tuvo en el cuadro político chileno y su papel efectivo, pero indirecto, en los acontecimientos del 11 de septiembre.

Tan sólo si nos atuviéramos al viejo adagio de "por sus frutos los conoceréis", deberían largas explicaciones al pueblo chileno por los resultados de su política.

Al comprobar hoy el curso del conflicto interno hacia el cual se encaminan, el observador no puede evitar la sensación de presenciar el desenlace inevitable de una política que tuvo como sustento una grave equivocación acerca de la realidad chilena.

En este caso, ya no se hace necesario recurrir a los principios morales para rechazar la violencia como método político. Resulta más elocuente el resultado práctico y objetivo de lo ocurrido.

Si miramos retrospectivamente la situación, es lógico pedir a los forjadores de tal línea de conducta política, no la reiteración de sus conceptos y calificativos dogmáticos, sino por el contrario, una auténtica reflexión sobre la naturaleza de las instituciones democráticas y de los métodos para dar a los hombres más libertad, más igualdad y menos antagonismo.

El vencido y el vencedor.

Otra cosa es el problema moral-político que también se desprende de los hechos. Al día siguiente de la intervención aludida, fue organizada una entrevista de prensa, también televisada, en que los mismos cuatro miristas contestaron preguntas formuladas por periodistas nacionales y extranjeros. Resulta a la vez curioso y natural advertir que ellas iban más que nada orientadas a descubrir si las declaraciones fueron voluntarias o no. La razón de esto aparece a la simple vista. Sabemos bien que, en varias oportunidades anteriores, determinados regímenes han querido obtener dividendos con el testimonio de prisioneros políticos o de guerra. Basta recordar la difusión dada por la prensa soviética a las declaraciones y confesiones judiciales de los dirigentes opositoristas, durante la década del 30; las presentaciones radiales de los mariscales alemanes y rusos, a fines de la segunda guerra mundial, cada uno de ellos en poder del enemigo, pero hablando a favor de las posiciones de éste y en contra de su propio país y Gobierno; las famosas declaraciones del escritor cubano Heberto Padilla, a la salida de la cárcel, para denunciarse a sí mismo, y también a otros colegas literatos, como contrarrevolucionarios, etc., etc.

Es evidente que nadie puede dar crédito sin más a lo que se dice cuando el que habla está detenido. Hay allí una coacción inicial. Y si ello se verifica fuera de un juicio en que todas las garantías procesales están dadas, la cosa es evidentemente más oscura. Agréguese a ello la circunstancia de que no todas las referencias a sus compañeros muertos, exilados, asilados o en clandestinidad son exactas, como asimismo que faltó de hecho la conclusión política a que llevaba, tanto las declaraciones, como el hecho de haber sido ellas permitidas. Esto, en suma, creaba una atmósfera en la cual se hacían lógicas las preguntas sobre la autenticidad de los declarantes. Es obvio que el tema seguirá siendo objeto de una discusión en los medios de izquierda y extrema izquierda, bajo la forma de opiniones muy encontradas.

Por nuestra parte, digamos que el raciocinio empleado por los cuatro dirigentes del MIR, y cualquiera sea la reducción de su libertad de acción, no se agota en el hecho de que ellos estaban detenidos y que el poder no dedujo la consecuencia natural de su actitud (es decir, la liberación inmediata), sino que debemos pensar, nos parece, y como se dijo más arriba, que esa argumentación responde a un cuadro objetivo creado al MIR. La violencia como sistema engendra la respuesta de violencia. Esto significa que un bando armado se impone a otro bando armado. La derrota es, en tal caso, aniquiladora. Ante esa comprobación, se impone por sí misma la lógica de una suerte de "capitulación" (para emplear la palabra clave de la lucha entre el stalinismo y sus adversarios). La prosecución de esa misma estrategia aparece como un absurdo político y moral. Corresponde adoptar un cambio en ella. Se llegaría a los peores excesos si, en este instante, el Poder establecido obligara a los capitulantes a endosar por completo las tesis del vencedor; mas, si el vencido conserva la validez de sus propias posiciones y se limita

a reconocer un hecho nuevo, esto es, su derrota, entonces la actitud capitulante puede no ser sino una forma realista de ver las cosas. Sobre ese punto, y nada más que sobre eso, pensamos que los miristas razonaron de un modo legítimo para ellos o para cualquiera otro que observe la realidad de la situación. Que sea total y subjetivamente ésa también la posición de cada uno, es algo que por el momento no puede ser acreditado.

Chile y su dignidad.

Las Naciones Unidas han votado una resolución con el objeto de enviar a Chile una comisión de cinco miembros para estudiar la situación de los derechos humanos en nuestro país. No es la primera que viene. El Gobierno los había autorizado, les dio facilidades, acogió a los personeros visitantes. Debiera ser lo mismo en este caso y tal parece será la actitud oficial.

Sin embargo, hay personas y entidades en desacuerdo con este hecho. El diario "El Mercurio", que había recibido la noticia de modo muy favorable, juzgándola una victoria sobre la resolución propuesta por la Unión Soviética (ésta pedía simplemente una condena del Gobierno chileno), ahora ha alterado su tesis. Está insistiendo sobre el hecho de que tales comisiones vienen ya prejuzgadas contra la situación chilena y que, por tanto, sólo se dará gusto a quienes desean ver cómo se calumnia a nuestro país. Con el objeto de fundamentar esta tesis, han declarado, en sus editoriales, que el envío de la comisión viola la dignidad y la independencia de nuestro país. Es el mismo argumento dado sistemáticamente por las dictaduras comunistas desde hace muchos años y que los co-editorialistas y colaboradores de "El Mercurio" se preciaban de rechazar y estimar como una prueba de las acusaciones contra el Gobierno de ese país.

Mas, esta contradicción no es lo único. A nuestro juicio, si estamos en desacuerdo con las conclusiones de una comisión investigadora, debiéramos, primero, darlas a conocer y, segundo, ofrecer una refutación. No basta con decir que vienen con prejuicios, ya que eso no surge por sí mismo, sino por el análisis del documento y de los hechos. Tampoco basta con asumir la actitud personalista y despectiva, a nuestro juicio, del Presidente de la Corte Suprema, quien se limitó a decir, al inaugurar el año judicial, que sus observaciones no habían sido recogidas por los miembros de las diferentes comisiones. Fuera de ser eso inexacto, la verdad está en que el señor Presidente o el diario "El Mercurio" (o de paso el ex senador y dirigente político señor Onofre Jarpa), debieran acreditar su afirmación con raciocinios. Pero, es lo que no se hace. No se publican los documentos, y acaso por temor, se yerguen indignados ante un posible juicio adverso a sus propias opiniones.

Para nosotros, un país que abre sus fronteras para que la comunidad internacional investigue algún hecho relativo a la vigencia o no del humanismo, no está perdiendo ni su dignidad ni su independencia. Está mostrando que justamente tiene ambas cosas. Otra cuestión es la prueba de los hechos en causa. Si hay prueba sobre ellos, rectificaremos nuestros errores. Si no los hay, ello será claro (y en todo caso susceptible de amplia defensa). Pero, imitar en su actitud negativa a los países que obviamente son merecedores de una acusación sobre no vigencia de derechos humanos en su suelo, es lo único que en ningún caso habría que hacer. Si antes se dijo que esto sólo era ya una gran diferencia entre Chile y otros países, ¿por qué ahora se ha de volver atrás?

EN TORNO A Mc. LUHAN

José Luis Rosasco

Los debates sobre las ideas de Mc. Luhan continúan abriendo brechas a sus exageradas concepciones, tanto en los Estados Unidos como en otros territorios no menos alterados por los medios electrónicos de comunicación. Llegando un poco más lejos, o en verdad más cerca, aquí en Santiago de Chile, el Comité Literario del Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, auspició a fines de 1974 un foro-conferencia sobre el personaje y su obra, en una concurrida sala, sede Oriente, de la Universidad Católica. A primera vista, no deja de resultar pintoresco, por no decir contradictorio, que sea justamente un comité de escritores el que le busque audiencia a un pensador científico que, si no dispara directamente contra el libro, procura al menos manifestar cómo tiritan las páginas ante los medios de comunicación audiovisuales. Decía a primera vista porque, como lo ha expresado el poeta Angel Custodio González, la Literatura no necesita defenderse de quien ha llegado a lucir un nombre y algunas ideas precisamente gracias a este medio de comunicación: el libro.

Desde la publicación de *Galaxia de Gutenberg* (1962) hasta estos días, Marshall Mc. Luhan no puede quejarse de su éxito como azudón intelectual o provocador de polémicas. Acaso la más reciente podría ser la derivada de las críticas que el Sr. Martin Esslin dedica al certero libro "Marshall Mc. Luhan" de Jonathan Miller. (New York, Viking Press). El Sr. Esslin estima que una de las observaciones más verdaderas de Mc. Luhan, y que a su juicio se le escapa a Miller, es que la lectura es una ocupación solitaria e introvertida que transporta al individuo que se entrega a ella a un paisaje interior. En seguida afirma que "la lectura es una ocupación mucho más abstracta" que escuchar la conferencia de un orador o, digamos, mirar la televisión, donde las inflexiones sonoras y las presencias a apariencias físicas "ponen las ideas en una luz diferente". A continuación el Sr. Esslin expresa su deleite al encontrar que alguien, Mc. Luhan, confirmara su vieja sospecha de que "el hecho de que algo se transmita es más importante que la misma formulación". Y aquí sí que de veras el asunto empieza a clarificarse en cuanto a envase y contenido. Veamos:

La afirmación de que la lectura es más abstracta que la televidencia es, claro está, harto obvia; sin embargo su validez depende de qué es lo que se está leyendo o televiendo. Si estoy leyendo *El Pato Donald* y luego televeo *Hamlet*, tendré que tener un concepto extremadamente superficial de lo que es una vivencia abstracta para pensar que he vivido más en abstracto con el Pato que con *Hamlet*. Las inflexiones sonoras, las presencias o imágenes de la televisión no "ponen las ideas

en una luz diferente" respecto del valor de las ideas, de lo que éstas formulan y contienen, salvo, por cierto, para quien pueda adherir al disparate de que "el hecho de que algo se transmita es más importante que la misma formulación".

El que la lectura es una ocupación solitaria e introvertida que transporta al individuo que se entrega a ella a un paisaje interior, es, sí, una verdad; el acto de leer es por lo general, solitario, y durante su transcurso el lector se vierte un contenido en su interior. Luego, en lo que se refiere a los términos comparativos cabe preguntarse, el televidente: ¿dónde vierte el contenido de la obra que le concentra la atención? Afirmar que el televidente es transportado a la pantalla es analizar la relación arte-recipientario de modo abrupto y periférico, es quedarse fijado en el instrumento a espaldas de lo que éste ofrece: el contenido. Y cuando un arte hace síntesis entre su forma y su contenido, entre su lenguaje y su fondo, entre su forma y materia, la experiencia siempre será interior, abstracta y solitaria, así esté el medio a un kilómetro de la butaca del expectador o entre sus propios dedos las páginas del libro. Por último y en definitiva, no se trata de desdeñarse las diferencias sino de filiar las dimensiones y real gravitación de los medios, se trata pues de erradicar las desatadas exageraciones; si hasta el mismo Sr. Esslin llega a reconocer: "Mc. Luhan no es un científico, es un hombre de ideas, un estimulador del pensamiento, un dialéctico, antes que un Aristóteles, un Demóstenes, que estimula el debate mediante la exageración de sus argumentos". Débil intento, claro está, de decir las cosas por su nombre, cual sí lo hace Miller en su eficiente libro: "Quizá Mc. Luhan haya logrado la mayor paradoja de todas, crear la posibilidad de la verdad al horrorizarnos a todos con un gigantesco sistema de mentiras".

METTERNICH, KISSINGER Y EL SENTIDO DEL PODER POLITICO

Claudio Orrego Vicuña

No hay duda que después del General de Gaulle, ninguna figura política del mundo occidental había logrado crear la expectación de Henry Kissinger. Creación súbita del mundo académico introducido a la política, el secretario de Estado de los Estados Unidos, se convirtió, súbitamente, en una sorprendente y revolucionaria realidad diplomática.

Dondequiera un conflicto amenace el equilibrio internacional o la paz mundial, ahí se ve el señor Kissinger interviniendo en la forma más inesperada y con un dinamismo que siempre deja la impresión de que cada una de sus actuaciones pareciera ser la decisiva.

Sin embargo este intenso ajeteo es algo bastante más profundo que un activismo loco. Responde a una concepción teórica de la política, de la realidad del mundo y de las virtudes y defectos eternos del hombre. Y así lo van demostrando los resultados prácticos de esos sorprendentes desplazamientos y maniobras, muchas de las cuales parecen carecer de significado en su momento.

Podría decirse que Kissinger, por encima de su innegable talento político, es una demostración de la eficacia del mundo de los conceptos en la acción concreta. Nacido del mundo académico norteamericano, ha puesto en práctica en un momento álgido para su país un modelo que responde a patrones conceptuales claros.

Es ello, lo que se vislumbra en la lectura de su obra principal, "Un Mundo Restaurado, la Política del Conservadurismo en una Epoca Revolucionaria". (1) (Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 439 págs).

Resulta imposible, reducir la creatividad política de un estadista a sus concepciones teóricas o a sus trabajos literarios. Sin embargo, en la medida que nadie puede ignorar absolutamente cada una de sus facetas, no cabe duda que algo de ella se encuentra enredada en las páginas de los trabajos teóricos o en los modelos de análisis que se utilizan para revisar la realidad.

Por estas razones en el análisis de un libro como el señalado se ve más lejos de lo apasionante del tema mismo que trata. Es, también, una forma de aproximarse al mundo conceptual de quien tiene en sus manos la mayor responsabilidad política en el mundo presente.

Desde ya, la elección del Príncipe de Metternich como figura central de un estudio político de enorme vuelo académico, resulta sintomático.

¿Cuál fue el papel de este Ministro de Relaciones del Emperador Francisco de Austria? Tuvo la dura responsabilidad de salvar el Imperio Austro Húngaro en los momentos dramáticos en que el viejo orden monárquico europeo se bamboleaba bajo el soplo revolucionario de Francia y el surgimiento incontenible de las ideas liberales y los espíritus nacionales.

La más inerme de todas las potencias europeas del momento, Austria, se veía amenazada por todos los signos de la época. La quiebra de la legitimidad de las viejas casas dinásticas, ante la evidencia Napoleónica de que nuevos monarcas podían surgir del uso de la fuerza. El desafío de los espíritus nacionales en un Imperio compuesto de cuatro naciones y en cuyo seno se hablaban varias lenguas. La reivindicación de la soberanía del pueblo ante un monarca que sólo a través de su persona podía mantener vivo su Estado. Por último, el surgimiento de las super-potencias europeas de entonces en Francia y Rusia, la primera habiendo demostrado ya su capacidad de dominar el continente y la segunda, al ser la causa inicial de su derrota, la capacidad potencial de hacer lo mismo.

Sometido a la evidencia de que "todo estadista debe tratar de conciliar lo que se considera justo con lo que se considera posible" (pág. 16), Metternich se puso a la tarea de salvar el Imperio Austríaco en medio del colapso con que se iniciaba el siglo XIX en Europa.

La evidencia de aquel entonces, era que ninguna potencia podía, eliminar por sí sola a aquella que le representaba su mayor amenaza; tampoco, ninguna quería el predominio absoluto de otra, por cuanto la amistad de hoy era, ciertamente, un riesgo para mañana.

Ante la evidencia de esa situación, sólo cabía hacer lo posible: que todas coexistieran de manera tal de crear un cuadro de estabilidad que le permitiera a cada cual desarrollarse en la mejor forma posible.

En formas diferentes, ¿no resulta sorprendente la similitud del cuadro europeo emanado de las guerras napoleónicas, con aquel existente en el mundo actual después de la segunda guerra mundial?

El desafío de aquel entonces era buscar un equilibrio que impidiera nuevas guerras totales. En otras palabras, el gran desafío de encontrar una nueva legitimidad mundial en la que todos cupieran.

Y esa estabilidad "no ha solido ser el resultado de una búsqueda de la paz, sino de una legitimidad generalmente aceptada. La 'legitimidad', tal como aquí la entendemos, no debe confundirse con la justicia. No significa más que un acuerdo intencional acerca de la naturaleza de los arreglos funcionales y acerca de los objetivos y métodos aceptables de la política exterior... Un orden legítimo no vuelve imposible los conflictos, pero limita el campo de los mismos". (págs. 11 y 12).

En otras palabras, no hay estabilidad posible si no hay una legitimidad básica que permita a las partes en pugna, aceptar el marco general de acuerdo como algo beneficioso para todos.

"Por esta razón, un arreglo internacional que se acepta y no se impone siempre aparecerá algo injusto a cualquiera de sus componentes. Paradójicamente, la generalidad de esta insatisfacción es una condición de la estabilidad, porque si cualquier potencia se encontrase **totalmente** satisfecha todas las demás se encontrarían **totalmente** insatisfechas y se produciría una situación revolucionaria. El fundamento de un orden estable es la seguridad **relativa** —y, por lo tanto, la inseguridad **relativa**— de sus miembros. Su estabilidad no refleja la ausencia de reclamaciones insatisfechas, sino la ausencia de una insatisfacción de tal magnitud que

se busque el remedio en la destrucción del arreglo antes que mediante un ajuste dentro del marco del mismo". (pág. 190)

La estabilidad, como se ve, no es entonces igual a la ausencia de conflicto, sino que al hecho de que éste pueda mantenerse dentro de marcos funcionales a la totalidad del sistema sin poner en riesgo su existencia.

Entender, la estabilidad como expresión del consenso en torno a la legitimidad del sistema y no como la imposición de un esquema determinado, a pesar de la oposición que sucede, es una de las reglas de oro de la ciencia política. Y así la frase, "Un orden cuya estructura aceptan todas las grandes potencias es 'legítimo'. Un orden que contenga una potencia que considera opresiva su estructura es 'revolucionario'" (pág. 190) tiene valor no sólo en sus alcances internacionales sino que es válido para cualquier situación.

En la medida que se acepta definir la política como el reino de lo posible, se está descartando todo voluntarismo y toda referencia a valores meta-sociales como expresión de la actividad de quienes tienen en sus manos la responsabilidad de conducir destinos colectivos.

El estadista es el hombre que se enfrenta con realidades independientes a su sola voluntad y por lo mismo su tarea consiste en ser capaz de ordenar todas esas voluntades de manera que el resultado sea la estabilidad y la paz y no el caos y el conflicto indefinido.

Es Metternich quien decía: "La política es como un drama en muchos actos, que se desenvuelve inevitablemente una vez que se levanta el telón. Por lo tanto, declarar que la obra no se representará es absurdo. La representación seguirá, mediante los actores... o mediante los espectadores que montan el escenario..." (pág. 62).

El mérito que Kissinger señala en Metternich y su colega inglés Castlereigh —y que constituye el suyo propio como político— es su capacidad para moverse en el mundo real en que los datos del problema están dados, aun cuando, no sean aquellos que el actor prefiriera o quisiera del todo. "El estadista confronta inevitablemente la inercia de su material, el hecho de que las otras potencias no son factores que deban ser manipulados sino fuerzas que deben ser conciliadas". (pág. 414). Son ellos, seres que deben "tener la fuerza necesaria para contemplar el caos y encontrar allí material para nuevas creaciones" (pág. 276).

Metternich se encontró en su tiempo con un cuadro de fuerzas y realidades que distaban mucho de ser de su agrado; es más, ya que amenazaban todo aquello en lo cual creía y para lo cual vivía. Sin embargo, su grandeza política estuvo en su capacidad para mirarlos de frente y, sin dejarse arrastrar por caprichos o sentimientos, luchar para hacerlos calzar en un orden que tuviera consistencia propia. Por eso para él, la estabilidad sólo tenía asiento sólido en la legitimidad de las estructuras que regularan la convivencia colectiva.

Hay ahí una demostración práctica de la verdad de ciertos elementos conceptuales que la ciencia política ya ha incorporado al patrimonio de las ciencias sociales modernas.

Entender esa verdad, no es, sin embargo, algo fácil. La eterna tentación de quien dispone del poder es la destrucción de su adversario, sin medir la verdad de que mientras eso no sea **una realidad física**, no

estará más que operando sobre apariencias que tarde o temprano terminarán socavando los cimientos mismos del orden que se pretendía construir.

Ese fue el dilema de Metternich y Castlereigh, al ser derrotado Napoleón. La tentación de destruir Francia, era la más fuerte de todas en los espíritus de la época.

El gran dilema estaba encerrado en si la paz se haría para obtener venganzas que recobran las cuentas del pasado o si se buscaría consolidar el porvenir porque resultaba más importante mirar hacia adelante que hacia atrás.

Los peligros que surgían de esa decisión eran grandes, porque la lógica de ambas posiciones era muy diferente. Así, "una paz retrospectiva aplastará al enemigo para que **no pueda** volver a luchar; la otra tratará al enemigo en forma tal que **no desee** volver a atacar... (Una paz retrospectiva) hará imposible un arreglo 'legítimo' porque la nación derrotada no aceptará la humillación, a menos que esté totalmente desmembrada. En tales casos existen dos legitimidades: los arreglos internos entre las potencias victoriosas y las reclamaciones de las derrotadas. Entre las dos solo la fuerza o la amenaza de la fuerza regula las relaciones... **Una paz retrospectiva produce una situación revolucionaria** (subrayado mío)". (pág. 182).

Derrotado Napoleón Bonaparte, después de asolar Europa durante más de diez años, el odio generado y la voluntad de revancha eran muy fuertes; muchísimo más fuerte que la serenidad que algunos escasos espíritus visionarios podían tener.

Cuando la sangre corre en los campos de batalla, la pasión adquiere niveles muy altos, y toda política que siga esas aguas tumultuosas y mayoritarias buscará una "paz retrospectiva". De lo que se trata en esa lógica, entonces, es del aplastamiento final y para siempre de la capacidad del adversario para volver a empuñar las armas. Por eso "es característico de una política que se basa en consideraciones militares su falta de moderación en el triunfo y su pánico en la adversidad". (pág. 166).

La guerra y la paz tienen dos lógicas diferentes. Por esta razón, la forma en que las potencias triunfantes trataran a la Francia derrotada sería decisiva para el futuro de Europa. Eso lo intuían perfectamente los dos estadistas estudiados por Kissinger.

Como alcance marginal, podemos decir que la historia también tuvo una corroboración adicional a esa verdad política, más de un siglo después, en los diferentes resultados de los tratados que sellaron la suerte de Alemania después de sus derrotas de 1918 y 1945. Mientras la "paz retrospectiva" de Versailles, trajo como corolario, el surgimiento del nacionalismo alemán explotado por el hitlerismo, la política de amistad e integración de Roosevelt, Truman y Churchill, permitió el surgimiento de una democracia modelo en la República Federal y la incorporación activa y decisiva de Alemania a la comunidad europea.

Pero veamos, según Kissinger, la lógica de ambas perspectivas. "La lógica de la guerra, nos dice, es el poder y el poder no tiene límite inherente. La lógica de la paz es la proporción y la proporción implica limitación. El éxito de la guerra es la victoria; el éxito de la paz es la estabilidad. La condición de la victoria es la entrega, la condición de la estabilidad es la auto-restricción. La motivación de la guerra es extrínseca: el temor a un enemigo. La motivación de la paz es intrínseca: el equilibrio de fuerzas y la aceptación de su legitimidad. Una guerra sin

un enemigo es inconcebible; una paz construida sobre el mito de un enemigo es un armisticio. La tentación de la guerra es castigar; la tarea de la política es construir". (págs. 181 y 182).

Al alcanzar Metternich y Castlereigh la meta de imponer una paz que incorporara a Francia a una nueva forma de estabilidad europea estaban consolidando la paz general en Europa hasta la primera guerra mundial, un siglo después.

"Así pues, el tratado de París fue una paz de equilibrio, basada en un reconocimiento de que la estabilidad depende de la ausencia de diferencias básicas, que la tarea del estadista no es la de castigar si no la de integrar... En esta forma, la guerra contra Napoleón no terminó en un himno de odio sino en un espíritu de reconciliación, en un reconocimiento de que la estabilidad de un orden internacional depende del grado en que sus componentes se sientan comprometidos en su defensa". (pág. 187).

Como Kissinger lo recalca más adelante, se había evitado el riesgo de una paz punitiva que siempre resulta más "desmoralizadora para el vencedor que para el vencido". Y todo ello porque cuando no se está dispuesto a aceptar la existencia, aun indeseada, del adversario o del competidor se cae en la angustia de tener que controlar todos los resquicios del poder para poder sentirse seguro en el largo plazo. Y **"la búsqueda de la seguridad absoluta conduce a la revolución permanente"**. (pág. 235. subrayado mío).

Metternich, era un conservador y ello no debe ser olvidado. Su lucha era no sólo por la sobrevivencia de Austria en una Europa en que nadie pudiera convertirse nuevamente en "su amo", sino que además por salvar la corona de los Ausburgo de la gran ola liberal.

Sin embargo, logró salvar el peligro de que en toda contienda revolucionaria "la posición conservadora llegue a ser dominada por su ala reaccionaria, es decir contrarrevolucionaria". Era de aquellos conservadores que tratan de "salvar el cisma insalvable porque sabe que una estructura social estable no se nutre de los triunfos, sino de las conciliaciones". (pág. 250).

No obstante ello careció de la fuerza suficiente como para movilizar la pesada y anacrónica administración del Imperio austríaco y con ello quedaron en pie, los gérmenes de lo que habría de ser, inevitablemente, su ruina final.

De haber comprendido que aquel consenso que Metternich defendía como la salvación de un orden legítimo y, por ende, estable en toda Europa también tenía su contrapartida interior, otro pudo haber sido el destino.

La legitimidad, implica "el consenso sobre la naturaleza de un arreglo justo". Mientras ella no sea lograda considerando el cuadro real de las fuerzas que componen un cuadro político dado, toda estabilidad será ilusoria y por lo mismo esencialmente transitoria. Deberá sostenerse por la fuerza y, como ya existe, sobrada experiencia mundial, ésta tan sólo logra mantener las apariencias de una paz mientras incuba nuevas fuerzas de protesta y rebelión.

Metternich entendió para el mundo internacional la lógica que gobierna el comportamiento de todo actor político adulto. En aquel entonces —recién ocurrida la revolución francesa— ello sólo era claro a nivel de

los Estados, pero poco a poco, la evolución de los tiempos lo haría extensivo a los grupos sociales y políticos al interior de las colectividades nacionales.

Lo que aquel estadista decimonónico descubrió, se mantiene vigente como un axioma importante del pensamiento político: si no es posible destruir físicamente a los adversarios sólo cabe la negociación o la creación voluntaria de situaciones que permitan a todos los actores sentirse parte **justa** del orden del cual forman parte.

Todo orden que busca la estabilidad debe reaccionar de esa manera si no quiere convertirse en la causa de una revolución. Y como, de alguna forma, todo orden —cualquiera sea su origen inicial— busca la estabilidad ya que sin ella no puede prolongarse, tiene que arreglárselas para impedir que las tensiones que generan la heterogeneidad de las partes que lo componen, se traduzcan en violencia y en la ruptura de los cauces predeterminados y queridos de comportamiento.

“La diferencia entre un orden revolucionario y otro legítimo sano, no es la posibilidad de cambio, sino el modo de su realización. Un orden ‘legítimo’ mientras no esté estancado, realiza sus transformaciones mediante la aceptación, y esto presupone un consenso sobre la naturaleza de un arreglo justo... Un orden ‘legítimo’ limita lo posible por lo justo... un orden legítimo confronta el problema de crear una estructura que no vuelva imposible el campo (político)”. (pág. 225).

Por esta razón, “la salud de una estructura social consiste en su capacidad para traducir la transformación en aceptación, en relacionar las fuerzas del cambio con las del conservadurismo”. (pág. 225).

En otras palabras, consiste en saber mantener el acuerdo básico entre las partes que componen el todo de manera que aun sin quedar ninguna de ellas “totalmente satisfecha” lo queden en un grado suficiente como para que sus disputas se dirijan a una redistribución parcial del equilibrio interno pero no a buscar el quiebre de dicho equilibrio mediante el recurso a la fuerza.

Esta es la lógica que Kissinger comparte con todos los teóricos sociales más importantes de la actualidad y, por cierto, con todos aquellos que buscan la concordia y no la guerra, el equilibrio y no la destrucción. En otras palabras, con todos quienes aceptan la lógica de la realidad por sobre sus propios deseos y en eso se hermanen con la esencia misma de la democracia.

El político de verdad es aquel que busca el equilibrio posible y no la perfección. En ese sentido, como también lo recoge Kissinger, es la antítesis del profeta que juzga los hechos con criterio de trascendencia e intemporalidad.

Ello ha hecho a lo largo de los decenios que las democracias carezcan del hálito místico de las revoluciones y los caudillismos carismáticos. Pero también ha significado que para los pueblos democráticos el progreso sea acumulativo y no vivan sometidos a constantes avances y retrocesos producto de la incapacidad de los sistemas para equilibrar las diferentes partes que los componen.

Un conservador racional lo pudo entender cuando las pasiones sacudían Europa y era necesaria la mente fría para reconstruir un futuro que alejara sólidamente los peligros del pasado. Todo conservador racional lo puede entender cada vez que se encuentra en la disyuntiva de elegir entre sus pasiones y prejuicio personales y la estabilidad futura del sistema del cual forma parte.

Es parte del mérito de Henri Kissinger, además de la maestría académica de su estudio, el haber sido capaz de desentrañar esa lógica tan real como el hilo profundo de una época turbulenta, compleja y apasionante. Al hacerlo le abre la posibilidad a los lectores de encontrarse no sólo con un recuento histórico del más alto interés sino que con un muy profundo tratado teórico sobre el sentido del poder político.

Además permite reconocer trazos importantes de la lógica del político que busca un equilibrio mundial entre EE. UU., la URSS, China y la Europa Occidental y desarrolla su estrategia del Medio Oriente buscando el equilibrio de poder y haciendo imposible el predominio absoluto de ninguno de los bandos en pugna.

www.archivopatricioaylwin.cl

El caso de Portugal

En este número de la revista "Política y Espíritu" hemos querido prestar una atención muy preferente al "caso de Portugal". Las razones para ello son variadas e importantes. Portugal vivió una larga dictadura de más de cuatro décadas, cuya fuente de inspiración era una forma de doctrina nacionalista: el nacionalismo autoritario de derecha. El estruendoso fracaso de ese régimen no deja de tener un interés especial para los chilenos, pues entre nosotros no faltan algunos copiadore de ideologías "extranjerizantes" que han procurado desenterrar en pleno 1975 ideas que fueron una efimera moda allá por los años 20, más comunmente conocidos como "los años locos". Esta absurda pretensión hace que a propósito de la experiencia que comentamos nos hayamos visto obligados a emprender una suerte de trabajo "arqueológico" en materia intelectual.

Pero "el caso de Portugal" plantea muchas más interrogantes. El comportamiento de los grupos políticos de inspiración marxista-leninista replantea un debate que es igualmente actual para los chilenos, pero no sólo para ellos. Nos referimos a la posibilidad de una colaboración con sectores de esa inspiración ideológica en la construcción de un proyecto histórico común. Los sucesos recientes creemos que son muy pródigos en lecciones sobre el particular.

Finalmente, y no lo menos importante, la experiencia lusitana ha vuelto a abrir enormes interrogantes acerca del desarrollo de los regímenes de fuerza.

1.— CRONOLOGIA DE LOS SUCESOS DE PORTUGAL DESDE LA CAIDA DEL REGIMEN DE MARCELO CAETANO.

- | | | | |
|---------|---|---------|---|
| 25-4-74 | Las fuerzas armadas derrocan al gobierno de Caetano en un golpe incruento que la población recibe jubilosamente. De inmediato invitan al general ANTONIO DA SPINOLA a ser el líder en el proceso de democratización lusitano. Se constituye una Junta Militar encabezada por Da Spinola que promete, entre otras cosas, celebrar elecciones libres para formar una Asamblea Nacional Constituyente. | 9-7-74 | Da Palma renuncia al no conseguir que la Junta le otorgue mayores poderes. Su retiro provoca la dimisión de todo el gabinete. |
| 15-5-74 | Antonio Da Spinola asume la presidencia de Portugal. | 13-7-74 | El coronel Vasco Da Góncálvez es designado PRIMER MINISTRO. Siete días más tarde presenta un gabinete compuesto por siete militares y diez civiles. |
| 16-5-74 | Presta juramento un gobierno civil provisorio dirigido por el Profesor Adelino Da Palma Carlos. | 28-8-74 | Góncálvez traspasa sus poderes militares al general Costa Gómez. |
| | | 28-9-74 | Después de graves desórdenes el ejército asume el control de la vida pública. |
| | | 29-9-74 | El movimiento de las fuerzas armadas proclama su respaldo a Vasco Góncálvez. |
| | | 30-9-64 | Spínola renuncia a la Presidencia. La Junta designa sucesor a Costa Gómez. |

- quien pide a Vasco Goncálvez que continúe al frente del gabinete.
- 27-1-75 Grupos izquierdistas protagonizan desórdenes en Oporto y fuerzan la suspensión de un congreso del "Centro Democrático y Social", partido al que tildan de fascista.
- 9-2-75 El Consejo de Estado, máximo órgano legislativo de la Junta, aprueba una ley que concede al movimiento de las Fuerzas Armadas mayores poderes en los sectores políticos y económicos.
- 24-2-75 Tiroteos en Chávez, al norte de Portugal, cuando manifestantes tratan de impedir una asamblea del Partido Liberal Democrático.
- 26-2-75 Elementos izquierdistas intentan impedir una concentración del Partido Demócrata Cristiano en un estado de Lisboa.
- 8-3-75 Graves luchas callejeras en Setubal, con un balance de 21 heridos cuando varios centenares de manifestantes izquierdistas pretenden perturbar una "asamblea del Partido Popular Democrático".
- 9-3-75 Vasco Da Santos Goncálvez declara que El Movimiento de las Fuerzas Armadas deberá tener participación directa en todo el proceso político posterior de Portugal.
- Alvaro Cunhal, jefe de los Comunistas, señala que Portugal ha entrado en una difícil etapa de su vida política. Los lisboetas acaparan alimentos y combustible.
- 10-3-75 Los representantes del Movimiento de las Fuerzas Armadas son derrotados ampliamente en una asamblea de los militares.
- 11-3-75 8.A.M Cuatro dirigentes sindicales de la ultraizquierda son arrestados por militares.
- 9.A.M. Aviones de guerra bombardean el aeropuerto de Lisboa.
- Más tarde el M. F. A. informa haber aplastado la revuelta de los "paracaidistas reaccionarios". La televisión y la radio proporcionan direcciones de los insurrectos para que el pueblo acuda a juzgarlos. Turbas armadas destruyen la sede del Partido Social Demócrata y saquean las del Demócrata Cristiano.
- En la tarde Spínola aterriza en España, sin hacer declaraciones. El general Galvao de Melo se rinde a las autoridades portuguesas cuando intenta escapar. Los comunistas se desplazan a los aeropuertos y aeródromos para evitar la huida de insurrectos.
- 12-3-75 El M. F. A. resuelve crear el CONSEJO DE LA REVOLUCION, que estará subordinado a una Asamblea de las Fuerzas Armadas. Este consejo decidirá sobre la futura constitución del país.
- El M. F. A. también anuncia su decisión de pedir poderes permanentes y una reorganización del gabinete.
- Grupos marxista-leninista comienzan a patrullar las calles y a ayudar a los militares en la tarea de control de los ciudadanos.
- 13-4-74 Brasil otorga asilo político a Da Spínola, tras larga peregrinación.
- Se nacionaliza el sistema bancario portugués.
- Las Fuerzas Armadas piden al pueblo entregar las armas.
- Se reorganiza el Gabinete. Se disuelve el Consejo de Estado y también la Junta de Generales, que era el supremo órgano gobernante de Portugal.
- Se inician contactos entre los líderes comunistas y socialistas, a pedido del Primer Ministro portugués, Vasco Goncálvez.
- El movimiento católico "Cristianos para el Socialismo" exhorta a sus partidarios a aniquilar a los otros dos movimientos de orientación cristiana: el Partido Demócrata Cristiano y el Centro Democrático y Social.
- Se nombra al almirante Rosa Coutinho, procomunista, para que encabeze la comisión investigadora de los hechos del 11.
- Grupos extremistas exhortan a la no realización de los comicios del 12 de abril, en que se debe elegir la Asamblea Constituyente.
- Se desmiente una supuesta intervención extranjera en Portugal.
- Se anuncia la nacionalización de los seguros.
- 17-3-75 Antonio Da Spínola formula declaraciones desde Brasil.

2.— ¿QUE DEBEMOS APRENDER DEL “CASO PORTUGAL”.

Fue uno de los más ilustres filósofos de la Humanidad quien escribió que “la gran lección de la Historia es que nadie aprende las lecciones de la Historia”.

Los sucesos de Portugal invitan a extraer varias conclusiones de enorme importancia. Si ellas fueran aprendidas es seguro que muchas naciones se ahorrarían costosos errores y fracasos. Pero no es seguro que vaya a ser así.

LOS HECHOS.

Es necesario precisar sucintamente los antecedentes históricos de la crisis que comentamos. Portugal había vivido una larga dictadura fundada, inicialmente, en la capacidad y la austeridad de un hombre “providencial”, cuyo régimen fue derivado en un puro y simple despotismo.

Sus tesis económicas corporativistas hicieron creer a algunos, durante la década del 30, que podrían contener el germen de un orden nuevo. No fue así. A poco andar el Gobierno portugués encarnó todas las posiciones clásicas regresivas; no alimentó las esperanzas de su pueblo y no resolvió sus problemas.

Sardinha y Oliveira Salazar, los principales inspiradores ideológicos del régimen pretendían encarar —al igual que Primo de Rivera en España— una gran revolución contra la Ilustración y su principal legado político, la democracia liberal. Denunciaban la separación de los poderes como la atomización del poder del Estado, en términos de incapacitarlo para cumplir el gran destino nacional. Despreciaban el sufragio universal pues sostenían la existencia de principios y objetivos nacionales que estaban escritos desde siempre en la historia de las naciones —la Tradición— y que no podían estar sujetos a la revisión por la tiranía de la mayoría de sufragios de una masa permanentemente cohechada por las promesas irresponsables de los políticos. Combatían encarnizadamente a los partidos políticos pues introducían divisiones enteramente arbitrarias dentro del pueblo, destruyendo su unidad. Efectivamente, Oliveira Salazar destruyó todo lo que podrían haber sido las bases de la odiada democracia liberal: la separación de los poderes; el sufragio universal como fundamento de la legitimidad de los poderes públicos; los partidos políticos; el Parlamento que es transfor-

mado en una Cámara elegida por los jefes de familia y en otra corporativa integrada por representantes de los gremios y regiones. La ideología oficial exaltó a “Dios, Patria, Autoridad, Familia y Tradición” como las grandes “certidumbres” en “torno a las cuales la unidad moral de la nación podía ser más fácilmente reconstituida”. El resultado está a la vista. Un cuadro pavoroso de miseria, de atraso cultural (un 37% de analfabetismo en la Europa Occidental de 1974), la desintegración de la sociedad en el odio y la revancha, la politización del Ejército, la crisis de la nacionalidad.

El régimen de Oliveira Salazar era “antimarxista, agresivo y violentamente antimarxista”. Y no se diga ahora por algunos que lo era tibiamente: el actual dirigente del Partido Comunista portugués, por ejemplo, registra once años de cárcel. El resultado ha sido, hasta el momento, el más fuerte movimiento comunista de toda Europa Occidental y el único que aparenta tener un control decisivo sobre las fuerzas armadas.

¿QUE APRENDER?

Sucintamente, apuntemos algunas “lecciones” que deja “el caso” de Portugal.

La dictadura de Oliveira Salazar y de su sucesor Marcelo Caetano ha sido seguida en el corto lapso de once meses por una dictadura militar bajo inspiración del Partido Comunista. Las explicaciones de un hecho tan sorprendente son, entre otras, las siguientes:

1.— Las dictaduras logran efectivamente suprimir la institucionalidad y quebrar las bases espirituales sobre las que debe fundarse una reconstrucción democrática. En definitiva, el esfuerzo de los socialdemócratas y de grupos de inspiración demócratacristiana por construir en Portugal una auténtica democracia estaba muerto aún antes de haber nacido. Los años de humillación y aplastamiento habían creado en las masas no el propósito de reconstruir la democracia sino el ánimo de la revancha. Ellas no buscaban derechos humanos y democráticos válidos para todos, sino simplemente “que la tortilla se diera vuelta”: que el torturado de ayer fuera ahora el torturador; que al militarismo de derecha siguiera un militarismo de izquierda; que la represión continuara bajo el sig-

no contrario. Naturalmente, las masas encontraron líderes para este propósito: los políticos de "izquierda", es decir, aquellos que habían sido las víctimas reconocidas del gobierno dictatorial. Ellos habían pasado a ser los "héroes" del nuevo tiempo.

2.— Los grupos marxista-leninistas —sea el Partido Comunista o la ultraizquierda— han demostrado una absoluta incapacidad para juzgar como elementos útiles a procesos de reconstrucción democrática. Las razones para ello se encuentran adecuadamente expresadas en la carta de don Patricio Aylwin al Presidente de la Democracia Cristiana europea, que se publica en este mismo número de la revista.

3.— Las estrategias políticas en que se empeñan los grupos marxista-leninistas y en especial el Partido Comunista bordean límites extremos que pueden acarrear gravísimas derrotas a los procesos de democratización. Durante los meses de febrero y marzo de 1975 el Portugal pareció acercarse frecuentemente a una solución de fuerza de inspiración derechista. Esa alternativa encontraba su caldo de cultivo en los criterios con que invariablemente se han venido manejando los partidos comunistas y los grupos de ultraizquierda, asunto que está explicado igualmente en la carta de don Patricio Aylwin recién aludida.

4.— Visto los acontecimientos siguientes a la fracasada sublevación militar del general Spínola, el Partido Comunista estaría muy cercano a obtener éxito en su intento de instaurar en Portugal una dictadura del proletariado de certe más o menos ortodoxo, que tenderá a subordinarse rápidamente al bloque de Moscú. Naturalmente los comunistas de todo el mundo pueden sentirse satisfechos de la habilidad y rapidez con que han obtenido este triunfo. Sin embargo, ese éxito comunista es una derrota para dos importantes corrientes de

pensamiento, a nivel mundial, que luchan por reales procesos de democratización y cambios sociales dentro del marco de una sociedad pluralista. Nos referimos a la democraciacristiana y la socialdemocracia. El éxito comunista en Portugal debe llevar a una profunda meditación, especialmente a la socialdemocracia, cuyos líderes europeos respaldaron al canciller Mario Soares y tendieron a subestimar las diferencias estratégicas fundamentales que les separan del Partido Comunista.

5.— Los gobiernos represivos deben aprender — como también lo enseña el caso de España— que los movimientos marxista-leninistas logran permanecer y sobrevivir a la represión policial de que son objeto, aun cuando ella dure varias décadas. El caso de Portugal ha destacado esta lección hasta el extremo pues ha culminado en un resultado increíble: haber logrado una alianza entre el Ejército y el Partido Comunista. Ciertamente el marco de una democracia desarrollada (con respecto a la objeción del "kerenskismo", ver en este mismo número el artículo de Genaro Arriagada) ha demostrado ser un cuadro menos favorable al crecimiento de ideología antidemocrática que los intentos represivos de España y Portugal, especialmente.

6.— El régimen portugués de Oliveira Salazar se podría caracterizar también como un régimen de derecha presuntivamente católica. Ha resultado claro, también, que el abuso de las categorías católicas de índole tradicional, culminó dañando gravemente la posibilidad de que esa corriente espiritual pudiera contribuir a generar una alternativa política que obedeciera a esa inspiración. Así, en definitiva, el Partido Comunista pudo obtener un éxito resonante en un país en que hasta hace un año más del 90% de su población se declaraba católica.

3.— CARTA AL PRESIDENTE DE LA U.E.D.C.

Señor
Kai-Uwe von Hassel
Presidente de la Unión
Europea Demócrata Cristiana
Bonn.—

Estimado amigo:

Los bochornosos sucesos acaecidos recientemente en Lisboa con motivo de la inauguración del Congreso del Partido Social Demócrata de Centro

y el vejámen inferido a destacados hombres de la Democracia Cristiana europea me mueve a manifestarle la solidaridad de los democratacristianos chilenos con Ud. y con los partidos hermanos de Europa frente a un atropello tan injusto como torpe.

Esos acontecimientos, sintomáticamente coincidentes con la triste experiencia que nos ha tocado vivir en Chile durante los últimos años, suscitan reflexiones que es nuestro deber exponer frater-

nalmente a nuestros camaradas europeos. Nos impulsa especialmente a hacerlo la esperanza que en nuestro ánimo suscita el intento de Portugal de darse un régimen político más libre y más justo después de casi medio siglo de una dictadura oscurantista.

Quienes en el mundo luchamos por la libertad y la justicia tenemos la obligación de aprender de la experiencia y de procurar ahorrar a nuestros pueblos la repetición de errores que ya la historia ha probado que son extraordinariamente costosos para la vida y el progreso de las grandes mayorías nacionales.

Sin duda un proceso de cambios como el que Portugal ha iniciado enfrenta enormes amenazas desde la derecha, desde el campo del imperialismo y de las fuerzas conservadoras. Pero de los enemigos de siempre hay que esperar lo peor y la clave de una política revolucionaria está —para decirlo en el lenguaje de las academias militares al que tanto acuden los estrategas revolucionarios— en tener siempre presente la correlación de fuerzas y en no arriesgar al pueblo en batallas decisivas que se saben perdidas de antemano. Los fracasos de las políticas revolucionarias o de los intentos progresistas no pueden ser atribuidos siempre, ni exclusiva ni predominantemente, a la acción de los conservadores. Eso es falso las más de las veces. Muchos de los gobiernos y experiencias revolucionarias o progresistas caen a consecuencia de sus propios errores o víctimas del voluntarismo o el delirio extremista de las fuerzas políticas que los sustentan. La experiencia histórica de ayer y sobre todo la de hoy muestra una y otra vez que son esos errores la simiente y la argamaza con que los reaccionarios construyen su triunfo y su poder. Es a estas últimas realidades a las que quiero referirme:

1.— Las leyes inmutables del tránsito del capitalismo al socialismo.

Los Partidos Comunistas del mundo entero, fieles a la ortodoxia leninista, plantean que hay distintas vías para alcanzar el socialismo y que cada país, de acuerdo a sus peculiaridades nacionales, avanzará por un camino propio hacia la conquista de la sociedad sin clase. Esto los comunistas lo recalcan siempre. Pero conjuntamente —y esto lo recalcan menos— afirman que también existen "leyes universales que rigen el paso del capitalismo al socialismo". Así, los caminos hacia el socialismo pueden tener grandes diferencias

(una "vía chilena" o una "vía portuguesa") pero esas particularidades no pueden llegar a cuestionar una misma base en común, ciertas "leyes universales" que están presentes en todas las vías al socialismo, sin excepción. Entre esas leyes universales que la ortodoxia comunista afirma, la más importante es la dictadura del proletariado. Vale decir, para los comunistas no hay camino hacia el socialismo que no pase necesariamente por la dictadura del proletariado.

Todo eso es demasiado conocido y no vale la pena insistir en ello. Pero es indispensable recalcar las consecuencias prácticas de este criterio dogmático del Partido Comunista. Hay que insistir en esto una y mil veces, porque aquí está una de las claves de muchos de los más estruendosos fracasos que han experimentado los intentos de gobiernos progresistas por avanzar hacia la justicia y la libertad. En definitiva, este planteamiento del Partido Comunista hace imposible la colaboración de otras fuerzas en un proyecto de cambios sociales profundos. El objetivo programático de lograr la dictadura del proletariado como requisito indispensable de la transformación revolucionaria hace imposible la colaboración con los socialdemócratas, con la democracia cristiana, con la Iglesia. ¿Qué demócratacristiano en el mundo podría prestar su colaboración para la instauración de un régimen político como el descrito por Zolzenitzin en Rusia o como el repudiado por Dubcek en Checoslovaquia? La socialdemocracia europea ha sostenido durante más de medio siglo una polémica contra esta tesis leninista ¿podrían colaborar Brandt o Soares en un proyecto socialista de la naturaleza del que proponen de manera excluyente los comunistas?

Cuando millones de proclamas y discursos del Partido Comunista llaman a la colaboración y a aunar esfuerzos en un proyecto revolucionario común no debe ni puede olvidarse lo que ese proyecto significa para sus patrocinantes: la dictadura del proletariado, planteada como ley de carácter universal que rige necesariamente el tránsito del capitalismo al socialismo. Este hecho se probó en la experiencia de Chile durante el Gobierno de Allende y se está probando cada vez más en la experiencia de Portugal de estos días.

De esta circunstancia deriva todavía otra consecuencia práctica, tanto o más negativa para los intentos de cambio que alientan los gobiernos progresistas.

La dictadura del proletariado como etapa indispensable para la construcción del socialismo es un

objetivo utópico, cuya necesidad no puede fundarse racionalmente sino sólo en un acto de fe. ¿Quién podría demostrarme a mí, demócratacristiano, que para construir el socialismo es necesaria previamente una dictadura a la que no se le conoce fecha de término y que hasta ahora se ha caracterizado, sin excepción, por una odiosa perversión de los ideales socialistas y del humanismo? ¿Quién podría demostrarme que es una ley universal que para llegar al socialismo debamos pasar por los crímenes de la dictadura de Stalin, que —grados más o menos— sigue siendo el único modelo conocido de dictadura del proletariado? Como esto es imposible, los sostenedores de esta "ley universal" acaban sacando el debate político de la discusión racional y lo encaminan cada vez más hacia una suerte de "canibalismo ideológico" donde imperan la irracionalidad y la violencia. La argumentación y el debate ceden paso a la propaganda, a la agitación callejera y, en último término, a impedir por la fuerza la expresión de aquellos que discrepan, como es el caso específico de la provocación que origina esta carta. Al adversario se le deja de contradecir para descalificarlo como "fascista", "traidor", "enemigo del pueblo". Así, a los social-demócratas se les llamó hace algunas décadas "social-fascistas" y "socialtraidores"; a nosotros, los demócratacristianos chilenos, se nos motejó de "fascistas", sin perjuicio de que hoy los mismos que hace unos meses nos insultaban de esa manera, nos propongan formar parte de un "frente-antifascista". Hoy a Mario Soares se le trata de "derechista" y mañana, probablemente, de "traidor" o "fascista".

2.— La "violencia revolucionaria".

Otro de los hechos más determinantes en el fracaso de las experiencias democráticas y progresistas lo ha constituido el desvarío extremista de los partidarios de la lucha armada.

En las dos últimas décadas y especialmente a partir del triunfo de Fidel Castro en Cuba —logrado bajo un programa liberal y por entero ajeno al Partido Comunista— se ha extendido por América Latina —pero también en grupos minoritarios de Europa— una expresión política del marxismo —leninismo que concibe la revolución sólo como resultado de la lucha armada.

A lo largo del tiempo y según las realidades de los países, esta lucha armada ha revestido distintas formas en América Latina. En naciones como Colombia, Venezuela, Perú, Guatemala o México,

ella se inspiró en el modelo cubano de la guerra de guerrillas y en una ideología hecha de un marxismo biológico que exaltaba a la juventud estudiantil y al campesinado como los principales agentes de la revolución. En Uruguay revistió la forma de una guerrilla urbana y encontró su expresión política en el movimiento "Tupamaro". En Argentina, el caso más reciente, se ha manifestado en forma tanto o más grosera a través del terrorismo individual en el que compiten una organización nacionalista de izquierda y otra de inspiración trotskista. En Chile, bajo el gobierno de Allende, esta izquierda desvariada se orientó hacia la repetición mecánica de la experiencia soviética, procurando la conquista del poder total mediante la creación de una dualidad de poderes que se resolviera a favor de los grupos marxistas a través de una insurrección exitosa.

Cualquiera que haya sido la táctica violentista empleada, el único resultado ha sido el fracaso y la involución del sistema hacia formas regresivas. En quince años de práctica de la violencia, la izquierda latinoamericana no ha obtenido un sólo éxito y únicamente ha contribuido a traer desgracias al pueblo. La acción de estos grupos extremistas sólo a servido hasta ahora para nutrir el caudal político de las fuerzas más retardatarias del continente, para desacreditar el sistema político en beneficio del fascismo, para que los reaccionarios encuentren excusa para destruir las organizaciones y las libertades del pueblo, para que el "terror blanco" se enseñoree de los países a través de organizaciones como la "M. A. N. O." guatemalteca o la "triple A" argentina o mediante el sobredimensionamiento de los aparatos policiales de los Estados. Si se juzga a la "violencia revolucionaria", no por sus intenciones ni por sus gestos románticos —que sin duda los ha tenido— sino por sus resultados, éste ha sido su balance en América Latina durante las dos últimas décadas.

Chile ha vivido como pocos esta trágica experiencia y ha pagado dolorosamente el desvarío de quienes hicieron de la exaltación de la violencia y del culto a los aparatos armados asunto de ostentación y propaganda. Cierto es que en esta materia no cabe al Partido Comunista chileno la primera responsabilidad, aún cuando su flexibilidad táctica le llevó en un momento inicial a mirar con tolerancia a los partidarios de la vía armada, afirmando que sobre estos problemas no cabía hacer cuestión de principios y que los revolucionarios deberían estar siempre en condiciones de responder al partido del ex-Presidente Allende, al

saltar de una vía pacífica a la violencia y viceversa. En una segunda instancia, el Partido Comunista chileno terminó aceptando las consignas de la dualidad de poderes y del poder popular y consecuentemente la idea de la insurrección. Pero la primera y la principal responsabilidad en este aspecto determinante del fracaso chileno le corresponde al Partido Socialista, que en nuestro país nada tiene que ver con la social-democracia europea, sino que desde sus Congresos de 1965 y 1967 se pronunció unánimemente por la vía armada como "la única vía que conduce a la toma del poder político y a su ulterior defensa y fortalecimiento". El P. S. y el M. I. R. encabezaron la prédica del enfrentamiento inevitable, de la necesidad de preparar un aparato armado para enfrentar al aparato armado de la dictadura de clase.

En medida importante los dolorosos hechos que motivan esta carta, es decir, los actos de violencia con que se impidió la realización de un congreso de un partido, son síntoma alarmante de la presencia en Portugal de una izquierda desvariada que acabará repitiendo errores que no sólo los pagan sus autores, sino principalmente la totalidad del pueblo. ¡No aprenden nada! Son capaces de derrochar ellos solos todo el capital de esperanzas de un ensayo renovador, en orgías de palabras, en la exaltación de quiméricas luchas arma-

das que por supuesto —según también lo prueba la experiencia— no serán capaces de sostener llegada la hora decisiva.

Excúseme que me haya extendido en estas consideraciones. He creído importante formularse las a Ud. y por su intermedio a los partidos demócrata cristianos de Europa, como una contribución que nosotros, por nuestra dolorosa experiencia, debemos a quienes luchan en otras partes por la libertad y la justicia.

Mientras más se vive y más se sufre, más cierta nos resulta la sentencia de que "sólo la verdad nos hará libres". Nada de lo dicho en esta carta, por duro que parezca, corresponde a otro motivo que el respeto a la verdad de lo ocurrido en Chile, tal como la vemos. Si no somos capaces de mirar la verdad y decirlo francamente, caeremos en un vano e ilusorio escapismo que solo puede generar nuevos fracasos y desengaños. Dios quiera que los dirigentes portugueses puedan superar los escollos aquí referidos, que en medida muy importante condicionarán el resultado de su empeño.

Reciba el cordial saludo de su camarada en los ideales demócrata cristianos y afmo. amigo

PATRICIO AYLWIN

4.— DEL PENSAMIENTO NACIONALISTA SOBRE PORTUGAL.

"Toda la tierra se estremece con un nuevo vigor bajo la germinación de la semilla gloriosa de los nacionalismos eternos".

Rolao Preto; "Nação Portuguesa"; Julio 1922

"Después de haber reconstituido la Familia, agrupación fundamental y primaria, en su íntima composición monogámica y territorial, pasaremos al Municipio y a la Corporación. Del Municipio y de la Corporación adicionados sobre el plan orgánico en la Provincia, saldrá la Patria, servida en sus fines superiores por la acción coordinadora del Estado. Así hallaremos por los caminos eternos y rejuvenecidos de la Tradición, ese orden que es natural y humano y sin el cual no hay civilización ni existencia posible".

Antonio Sardinha; "Ao principio era o Verbo"

"Es pues, de la asociación de los dos factores —nacionalismo y tradicionalismo— de donde resulta la línea de conducta que la ciencia sociológica proclama hoy día como más eficaz, tras las ruinosas aventuras a las que las ideologías tentadoras de la Revolución habían arrastrado al Estado y a la Sociedad".

Antonio Sardinha; "Nação Portuguesa"; Julio 1922.

"Nosotros consideramos que el cambio de régimen no será posible y fecundo más que cuando exista una élite capaz de imponer a la nación los principios salvadores".

Marcelo Caetano; "Orden Nova"; 1926. Marcelo Caetano fue el sucesor de Oliveira Salazar en el Gobierno portugués y fue derribado en 1974 por el golpe militar del General Spínola.

"Hemos limitado la parte irreductible de nuestra ética a las grandes certidumbres que están aún vivas en la conciencia de la nación y en torno a las cuales su unidad moral puede ser más fácilmente reconstituida: Dios, Patria, Autoridad, Familia, Trabajo".

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos; 1952

"Los regímenes parlamentarios tienen tendencias a hacer residir la autoridad dominante en una asamblea elegida por sufragio universal, de base partidista. Hemos visto como consecuencia lógica de los acontecimientos, pasar esta autoridad de la Asamblea a los grupos parlamentarios; de estos últimos a los partidos, de los partidos a los respectivos comités directivos y, en definitiva, de éstos al cuerpo electoral anónimo. La experiencia prueba que, de escalón en escalón, el poder se degrada, se disuelve, y que el gobierno no es ya, finalmente, posible o no es ya eficaz".

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos;
Enero de 1949

"El hecho de reconocer la existencia de mayorías o de minorías y de representaciones particulares, de regiones o de corrientes doctrinarias, es incompatible con el principio de unidad nacional, de eficacia de los órganos de soberanía y el espíritu de oposición a los partidos, propio de la revolución nacionalista".

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos;
Diciembre de 1934.

"El espíritu de partido corrompe o envilece el poder, deforma la visión de los problemas, sacrifica el orden natural de las soluciones, se sobrepone al interés nacional, dificulta —cuando no se opone completamente— la utilización de los valores nacionales al servicio del bien común.

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos;
Enero de 1949

"La organización puramente negativa respecto de la organización partidista no basta para evitar que ésta intente a cada instante reconstituirse.

La política no se conforma con actitudes; exige soluciones... Esta necesidad nos impulsa a buscar soluciones políticas partiendo de planos enteramente diferentes... Y porque los hombres se unen más fácilmente en torno a lo que deben hacer en común que en torno a los principios y los sentimientos que les animan, hemos considerado que, para mantener viva y consolidar su unión era necesario proponerles tareas colectivas de carácter y de interés nacionales, como, por ejemplo, una importante acción colonial o un vasto plan bien concebido de desarrollo económico".

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos;
Octubre 1949 y Mayo 1950.

"Se pretende constituir el Estado social y corporativo en relación estrecha con la constitución natural de la sociedad. Las familias, las parroquias, los municipios, las corporaciones en que se hallan todos los ciudadanos, con sus libertades jurídicas fundamentales, son los organismos que componen la nación y, como tales, deben intervenir directamente en la constitución de los organismos supremos del Estado. He ahí una expresión más fiel que cualquier otra del sistema representativo".

Antonio de Oliveira Salazar; Discursos;
Julio de 1930

"Quizás por ello mismo, Oliveira Salazar es el único (gobernante nacionalista autoritario) que muere, después de largo Gobierno, dejando su obra intacta. También algunas veces Dios premia en este mundo la fidelidad a los principios: en el ocaso de Occidente, el pequeño Portugal conserva hasta hoy, pese a las flaquezas, casi intacto su gran imperio de ultramar, imperio integrador evangelizador, del cual Oliveira Salazar jamás renegó sino, por el contrario, sintió siempre como una carga gloriosa no susceptible de abandonarse en tanto no cumpliera plenamente su misión".

Sergio Miranda Carrington; "Raíces Ideológicas del Nacionalismo Europeo"; publicado en "Pensamiento Nacionalista"; Editorial Gabriela Mistral; Santiago; Chile; Agosto de 1974.

EL "KERENSKISMO": EL SENTIDO DE UNA CONSIGNA POLITICA

Genaro Arriagada H.

A partir de 1965 algunos grupos han levantado una consigna política que podríamos denominar "el kerenskismo". Bajo esta denominación se engloban dos conceptos y un corolario: una idea sobre el origen de las revoluciones, seguida de la afirmación de que esa idea, que se habría probado ya en la Rusia de 1917, se confirmaría además en la política del Gobierno de Frei, que sería así el antecedente culposo del Gobierno de Allende y se estaría probando hoy mismo con Mario Soares a quien se define como el Kerensky portugués. La moraleja es una advertencia sobre el destino trágico de cualquier intento de cambio social.

El estudio que normalmente se ha hecho de las revoluciones parte por el "antiguo régimen". No ha habido, que conozcamos, un solo análisis serio sobre el tema que no comience por ahí. Procesos tan importantes y a la vez de tanta influencia sobre el desarrollo posterior de la Humanidad como han sido la Revolución Inglesa, la Revolución Norteamericana, la Revolución Francesa o la Revolución Soviética, no podrían jamás ser explicados como los errores de un ministro, sea el Conde de Strafford en la Inglaterra del siglo XVII, Calonne, Brienne o Necker en la Francia del siglo XVIII o Kerensky en la Rusia de comienzos del XX. Quien mire la historia con seriedad y no pretenda de ella sólo recursos propagandísticos de muy dudosa honradez y eficacia, tendrá que buscar necesariamente el origen de las revoluciones no en los meses, o a lo más cortos años, en que gobernaron los ministros que se han citado sino en los varios siglos que duraron los regímenes de los Estuardos, los Borbones o los Romanov. Pero "la teoría" del "kerenskismo" afirma que las revoluciones no tienen su origen en los "antiguos regímenes" sino en las vacilaciones y debilidades de un Ministro. Que la revolución rusa se debe a los cinco meses del Gobierno presidido por Kerensky y no a los tres siglos de odiosa injusticia de los Romanov y el zarismo.

La segunda afirmación se refiere a la base empírica de esta teoría intelectual, pues ella —según sus sostenedores— habría sido probada innumerables veces y, entre otras, en la Rusia de 1917, en el Chile de 1964-1973 y hoy mismo en Portugal.

Hace 50 años...

Aparentemente, y por el nombre de la tesis, se afirmaría que el ruso es el caso de laboratorio. Sin embargo, la más ligera revisión de los hechos indica que ellos distan mucho de corroborar la tesis. Kerensky llega al poder para hacer frente a una situación desesperada que ha sido originada por el antiguo régimen y en la que no tiene responsabilidad. Una

situación que no ha creado ni ha contribuido a crear. Rusia había experimentado en los primeros años del siglo dos estruendosas derrotas militares. La derrota frente al Japón culminó en la revolución de 1905 donde la insurrección dirigida también por Trotsky estuvo a punto de alcanzar el poder. En 1917 Rusia había sido derrotada en la Primera Guerra Mundial. En esos años la maquinaria del Estado se encontraba completamente destruida y el Gobierno estaba en absoluta bancarrota. La descripción de este caos administrativo y financiero ha sido presentado comúnmente en los libros de historia como un caso difícilmente igualado de ineficacia y de eso no era culpable Kerensky. El ejército estaba derrotado, sus salarios impagos y las líneas del frente se desmoronaban carentes de pertrechos y abastecimientos. Más aun, el ejército estaba destruido. Las deserciones no se contaban por miles ni por decenas de miles sino por cientos de miles de soldados. Y por cierto tampoco fue Kerensky el que había destruido al ejército. Pero cuando en octubre de 1917 Kerensky quiso utilizar el ejército, heredado del antiguo régimen, para enfrentar a la revolución, descubrió que ese ejército destruido, que se sentía traicionado por la ineficacia del zarismo, no sólo no estaba dispuesto a reprimir a los insurrectos sino que uno a uno los regimientos se fueron pasando al bando de Trotsky y de Lenin.

Sin duda que está fuera de discusión que Kerensky era débil. Pero, por cierto, no ha sido el único dirigente que en posición clave fue débil en vísperas de la revolución. Luis XVI, el último borbón pre-revolucionario fue pusilánime y cobarde, y eso que defendía una monarquía hereditaria y no un ministerio. El último Romanov, el Gran Duque Miguel, fue aún más cobarde y rehusó simplemente aceptar la Corona que le correspondía cuando en febrero de 1917 —ocho meses antes del triunfo bolchevique— abdicó el zar Nicolás. Los historiadores destacan ese acto de cobardía como más grave que todas las vacilaciones de Kerensky, pues significó dejar acéfalo y gravemente dañado en su legitimidad al sistema en el peor momento de su crisis. Pero en todo caso nadie que analice el problema con un mínimo de seriedad, ha pretendido que actos como los descritos sean la explicación de las revoluciones.

La validez de la teoría del "kerenskismo" resulta aún más dudosa si se atiende al caso de Portugal. Aquí el "antiguo régimen" era un intento de más de cuatro décadas, que había declarado caducados los partidos políticos, que se autodefinía por el anticomunismo más acerbo, que decretaba la supresión de las clases sociales y de su lucha. El balance final de esa experiencia —que es el tema central de este número de la revista "Política y Espíritu"— fue el fracaso más estruendoso. Portugal conoció la dictadura pero no el desarrollo. Apenas debajo de la costra que constituía la policía política y los miembros de la "Legión Portuguesa" —un grupo paramilitar pro-gubernista encargado de funciones represivas— florecía el movimiento marxista-leninista más fuerte del continente europeo. El gobernante que había declarado la obsolescencia de las luchas políticas no lograba percibir como bajo sus barbas, no sólo se politizaba el país sino el propio Ejército, de modo que su única herencia perdurable a la crisis ha sido un "ejército rojo". Es seguro que Soares o Spínola han cometido errores graves, pero a ninguna de sus vacilaciones o debilidades es posible achacar las causas que han sido determinantes en la crisis: la politización del Ejército; la destrucción de toda organización democrática y el sometimiento del Gobierno a una ideología invariablemente fracasada cual es el nacionalismo totalitario de derecha.

En nuestros días...

¿Y en Chile de 1964-1973? Los datos son aquí nuevamente lapidarios en contra de la validez de la "teoría".

Si el asunto se mira desde un punto de vista meramente electoral, las cifras indican lo siguiente. Allende encabezó cuatro candidaturas a la presidencia: 1952; 1958; 1964 y 1970. En la primera tuvo el apoyo de los comunistas y de una fracción de los socialistas; en la segunda contó con el respaldo de los comunistas y de todos los socialistas; en la tercera su base de sustentación fueron los comunistas, los socialistas y una fracción minoritaria de los radicales; en la cuarta, 1970, lo respaldaron los comunistas, los socialistas, una fracción esta vez abiertamente mayoritaria de los radicales y un pequeño contingente de ex demócratacristianos (el MAPU). Vale decir, de campaña en campaña Allende fue engrosando el número y la cuantía de los partidos que lo respaldaban, siendo por lejos el año 1970 aquel en que encaró con más fuerza su empeño presidencial. Sin embargo, fue la de 1970 la única de todas sus campañas en que no sólo no aumentó su participación en el electorado sino que la vio disminuir. Las cifras son las siguientes para los años que se indican:

VOTACION DE SALVADOR ALLENDE

	1952	1958	1964	1970
Porcentaje	5,5%	28,9%	38,9%	36,9%
Total votos	51.975	356.493	977.902	1.070.334

Vale decir, durante el Gobierno de don Carlos Ibáñez la votación de Allende como porcentaje del electorado nacional subió en 23,4 puntos; bajo la administración de don Jorge Alessandri experimentó un nuevo aumento de 10 puntos, en tanto que en el gobierno de Frei el porcentaje de su votación disminuyó en 2 puntos.

Un sostenedor de la teoría del "kerenskismo", el ex comunista Eudocio Ravines, ha escrito diciendo que "la labor izquierdista de la Democracia Cristiana acarreo hacia el comunismo a millares de ciudadanos. La gruesa diferencia de votos de comunistas y socialistas entre 1964 y 1970, que ascendió a más de ciento cincuenta mil personas (en rigor son menos de cien mil, exactamente, 92.432) con derechos ciudadanos, fue en gran parte aporte de la Democracia Cristiana, es decir, aporte kerenskista". (El Rescate de Chile"; pág. 92). Para completar el argumento del señor Ravines habría que decir que bajo el gobierno de don Jorge Alessandri, por ejemplo, hubo un gigantesco "acarreo hacia el comunismo", pero ya no de "millares" sino de "cientos de millares", concretamente seiscientos veintiun mil cuatrocientos nueve (621.409) "personas con derechos ciudadanos" fueron a ingresar el contingente electoral de Salvador Allende. No sabemos si esta contribución debe considerarse o no como un "aporte kerenskista". Pero sin duda no se puede achacar a la "labor izquierdista" del gobierno de Alessandri.

Es tal la falta de consistencia de esta curiosa interpretación histórica sobre el origen de las revoluciones que parecería innecesario preocuparse de ella. Por breve que sea el esfuerzo de análisis que hemos hecho parece demasiado para la flaqueza del objeto. Sin duda

que es así al considerar el asunto desde un punto de vista puramente intelectual. Pero, en verdad, el "kerenskismo" no es una "teoría", sino, para definirlo a la moda, un "ideologismo". Es una idea —que además es falsa, según hemos visto— transformada en instrumento en la lucha política. Instrumento ¿para qué? preguntará el lector. En primer lugar, instrumento para menoscabar una acción de gobierno, pero ese objetivo no nos preocupa mayormente; es una discusión sobre el pasado cuya resolución está entregada al juicio de la historia que es ciertamente más ecuánime que el de los "kerenskologos". Además, y esto sí que es importante, este falso ideologismo culmina en un planteamiento —en una moraleja— sobre el significado verdaderamente suicida del cambio social y de los intentos de reforma. En definitiva, se afirma que toda reforma o cambio social, por tibia que sea, culminará en el triunfo de una revolución marxista-leninista. Como lo ha dicho Ravines, "los hechos históricos en Chile han demostrado al mundo entero que los terceros caminos no existen; que las vías ni capitalistas ni comunistas van a parar al comunismo inexorablemente..." (Op. cit., pág. 274). Hacer cambios es "la política de arrojar carne a la fiera" de la revolución. ¡Viva el conservadurismo!

Lo anterior es ciertamente una demasía. Los que así piensan han hecho los mayores favores a la causa de los violentistas y de las revoluciones. Tanto Luis XVI como el zar Nicolás pensaban así. Sus regímenes no necesitaban reformas y así lo sentían aún en los momentos en que las revoluciones habían destruido el régimen que los sustentaba. Crane Brinton nos ha recordado que el día de la toma de la Bastilla el rey Luis salió a cazar, y al término de la jornada anotó en su diario de vida una sola palabra: "Nada". El zar Nicolás el día de una de las más profundas crisis del régimen escribió en su diario lo siguiente: "Paseo largo, matados dos cuervos, tomé el té con luz del día". No había de qué preocuparse. Las sociedades en que vivían no necesitaban ni cambios ni reformas. Sin duda —y seguro que lo sabían— que existían algunos odiosos y resentidos como Mirabeau, algún abogadito venido de Arras o Lenin que creaban agitaciones artificiales. Gente sin importancia de las cuales no está libre ni la sociedad más perfecta.

Apuntes

SOBRE UNA FORMA DE ESCRIBIR EN MARXISMO.

Circula en América Latina un libro de don René Zavaleta Mercado sobre "El Poder Dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile" (Siglo Veintiuno Editores; 1974). Su lectura nos ha sugerido algunas breves consideraciones acerca de una insuficiencia ya demasiado común en ciertos análisis sociales, pretendidamente científicos, que se hacen en nombre del marxismo.

El autor nos introduce en su obra con un prólogo en tono mayor. Nos habla de "una correcta política marxista" que debe afincarse en el análisis de situaciones concretas pues es "la realidad también la que debe darnos el camino a seguir, los métodos con los cuales interpretar y con los cuales luchar, así como nos alecciona acerca de las formas del fracaso y nos da las formas de la victoria".

¿Quién es este marxista que autodefine en tono tan elevado su compromiso con la realidad?

René Zavaleta Mercado es un ex-diputado y un ex-Ministro boliviano. Un ardoroso defensor de la "Asamblea del Pueblo" instaurada en Bolivia durante el gobierno izquierdista de Juan José Torres. En Chile de la Unidad Popular —según nos lo hace notar en los agradecimientos de su libro— se desempeñó como funcionario de ODEPLAN y como profesor del Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica.

El libro que ha escrito Zavaleta versa acerca de un problema fundamental de la táctica revolucionaria: "el poder dual". Tal es la clave de la "Revolución de Octubre"; el nervio de la táctica insurreccional de Lenin y de Trotsky. El autor inicia su cometido analizando la "teoría general de la dualidad de poderes" (capítulo 1); continúa con la revisión del caso de Bolivia donde compara las situaciones creadas en la revolución de 1952 y en el ensayo realizado bajo J. J. Torres; en el capítulo 3 aborda "la cuestión de la dualidad de poderes en Chile". Detengámonos aquí para ver lo que es el análisis marxista de una realidad, según nos lo ha ofrecido Zavaleta en su prólogo.

La primera sorpresa que nos llevamos es la afirmación de que "aunque varios autores han tocado el tema directa o indirectamente, el principal expositor de la corriente que sostiene que en Chile existe un poder dual es el economista Sergio Ramos...". La segunda —y mayor aún— es que el análisis de la realidad que se nos había anunciado termina ahí. Para Zavaleta Mercado no hay otras expresiones sobre poder dual que valga la pena analizar. Sin embargo, desde el inicio del Gobierno de Allende y durante todo el año 1972, hubo una interesante discusión sobre el tema dentro de la izquierda chilena. En noviembre de 1970, Rodrigo Ambrosio ya lo hará presente; el MIR desde un comienzo lo planteará como el centro de su acción política; en Julio de 1972, a propósito de la Asamblea Popular de Concepción, el propio Allende se referirá en carta pública a todos los presidentes de los partidos de la Unidad

Popular, condenando a quienes sostenían esa tesis; en diciembre de 1972 aparece fechado el artículo de Joan Garcés "Vía Insurreccional y Vía Política: Dos Tácticas", que es revelador de cómo en el propio equipo del Presidente Allende se van adentrando formulaciones que se rechazaban apenas cinco meses antes; en diciembre de 1972, el Segundo Congreso del MAPU hará suya la tesis del poder dual; etc. La simplificación de Zavaleta es pues, inaceptable.

Pero, se preguntará el lector, ¿el libro contendrá un análisis de la práctica concreta en que se traducía en Chile la teoría del poder dual? Y aquí sí que nos encontramos con una omisión aún mayor. No hay una sola mención. No se nombran siquiera "los cordones" "los comandos comunales" ni ninguna forma de poder dual. Sin embargo, quien revise los diarios y las revistas de la Unidad Popular de esos días las encontrará llenas de referencias a estas formas de poder popular que son exaltadas como el gran resultado de "la crisis de Octubre".

Para justificar estas omisiones no es válida la excusa de que el trabajo figura fechado en diciembre de 1972. Todos los hechos que hemos citado aparecen en los diarios anteriores a esa fecha. Aún más, el ensayo de Zavaleta conoció una primera publicación en Chile como "documento de trabajo" del Centro de Estudios de la Realidad Nacional en mayo de 1973 y el propio autor pudo entregar a la editorial que lo publicaría en su forma definitiva un "posfacio" escrito después de la caída de Allende y fechado en diciembre de 1973. ¿Por qué entonces estas omisiones que privan al trabajo de todo aquello que el autor tan grandilocuentemente ofrecía en su prólogo?

La respuesta está en el propio capítulo que analizamos. Zavaleta, que desprecia tan olímpicamente los datos que le ofrece la realidad chilena es, sin embargo, un "marxólogo" muy preocupado de mostrar su erudicción en el conocimiento de Marx, Engels, Gramsci, Lenin, Trotsky, Althusser, Miliband, Poulantzas y tantos otros. Y por seguir estas teorizaciones se le va perdiendo... se le va olvidando... y llega a despreciar la realidad sobre la que escribe. Zavaleta es diestro en distinguir "la diferencia entre poder del Estado y aparato estatal que Lenin hizo en la discusión con Trotsky acerca de los sindicatos", pero no se preocupa en aclararnos las diferencias que en julio de 1972 existían entre Allende y parte importante de los partidos de la Unidad Popular acerca del poder dual y que serían en la realidad chilena tan ricas en efectos prácticos. Zavaleta nos dirá que "la tesis de que Chile estaría viviendo una fase de poder dual es incompatible con la definición leninista", pero nos lo dirá sin que haya estimado necesario no sólo analizar, sino ni siquiera mencionar uno sólo de los órganos de poder dual que en el juicio de una parte muy importante —y que llegaría a ser casi la unanimidad— de la Unidad Popular eran la expresión de ese "poder embrionario", el cual constituía ya en el Chile de fines de 1972 la dualidad de poder... Zavaleta no necesita en su análisis de la realidad chilena bajar a los hechos, le basta con hablarnos desde la omnipotencia de "su ciencia".

Un marxista chileno de cuya amistad me honro, comentando el problema de la dualidad de poderes en el Chile de la Unidad Popular, me decía que la gran tragedia de esa formulación teórica y práctica es que ella no se planteó a partir de los datos de la realidad chilena sino que de la observación de la revolución soviética de 1917. Que mental y prácticamente se había actuado analizando primero "el gran Octubre

ruso" para después volver a ordenar los datos chilenos de modo de adecuarlos a ese modelo revolucionario.

René Zavaleta nos muestra, en su libro, ese tipo de enfoque, esto es una verdadera perversión de la actividad intelectual. Una forma de escribir en "marxismo". Agregaremos, aunque la ironía es trágica, que el libro también prueba que con esa teoría y con esa praxis no es posible, sin embargo, escribir la Historia.

Genaro Arriagada Herrera

LOS ARAUCANOS VISTOS POR FRANCISCO DE PINEDA Y BASCUÑAN.

Uno de los rasgos más apasionantes de la historia es que ella puede ir siendo aprendida a lo largo del tiempo, como a retazos que van llenando los casilleros vacíos de un tablero.

Es una de las pocas disciplinas cuyo conocimiento no está vedado para quienes no han seguido estudios sistemáticos en ella. Está perfectamente al alcance de los auto-didactas, que pueden ir ampliando sus conocimientos tanto cuanto su interés y su tiempo se lo permitan.

Así es como, en una vieja librería de pueblo, cayó en mis manos un libro del año 1948, de esos que ya no se hallan sino en las bibliotecas. Se trataba de "Bascuñan el cautivo" del Padre Alejandro Vicuña, muerto desde hace varios años.

Es un libro sin pretensiones, pero de tal amenidad que sus 477 páginas se devoran en un sólo día. Se trata de una glosa conducida a lo largo del "Cautiverio Feliz y razón de las dilatadas guerras de Chile", libro escrito por don Francisco de Pineda y Bascuñán, Capitán de las Campañas de Arauco, a lo largo del Siglo XVII.

La única vez que esta obra fue editada en nuestro país, ocurrió en 1863, gracias a la iniciativa de don Diego Barros Arana. Desde entonces, dada su extensión y su lenguaje arcaico, no ha vuelto a ser reeditado.

Sin embargo, esta obra del Padre Vicuña nos permite conocer al personaje, lo esencial de su aventura de siete meses como prisionero de guerra de los araucanos y un buen trozo del propio estilo del autor.

Y lo interesante que va surgiendo de estas páginas es una visión del pueblo araucano diferente y contrapuesta de aquella heredada desde la vertiente española de la Historia.

Si bien Pineda y Bascuñán fue hijo de un célebre Maestro de Campo de la Frontera, él mismo capitán y Maestro de Campo de Su Majestad el Rey y todos sus hijos soldados de la misma causa, no trepida en señalar con más fuerza la barbarie del conquistador que la del aborigen que defendía su libertad y su tierra.

El cuadro de esta época de las luchas de Araucanos no deja de ser sintomático de lo que debían ser las condiciones morales de quienes componían un ejército siempre sobreviviendo en condiciones de extrema dureza.

Es don Alejandro Vicuña quien nos da algunas pinceladas de dicha realidad:

"El soldado español experimenta el cansancio y desaliento de una guerra interminable, sin honra ni provecho.

Al revés de otras regiones americanas, donde tras una corta actuación de armas, puede el soldado abandonar los peligros y retirarse a gozar de encomiendas agrícolas o mineras, que le permiten vivir con holgura, y aun amasar una fortuna, aquí, en Arauco, se combate sin compensaciones ni esperanza.

¿De qué sirven las granjerías en tierras o ricos yacimientos, cuando los indios, en sus incesantes incursiones, no permiten trabajarlas o explotarlas?

Y si por fortuna logran los improvisados agricultores, que han debido empuñar con una mano el arado y con la otra la pesada lanza, para abrir las entrañas de la tierra; si por fortuna, repito, han podido acumular algunos granos o multiplicar el número de sus rebaños, ello ha sido para

que en el momento menos pensado las hordas indígenas se hayan arrojado sobre el fruto de su esfuerzo, talando las sementeras, saqueando los rústicos graneros y arriando, como nuevos dueños, los ganados en dirección a las chozas de la selva. Y esto, cuando no han cautivado a las mujeres y acuchillado a las víctimas de sus depredaciones.

¿Qué soldado español, pues, querrá aceptar encomiendas en la vecindad de tan peligrosos moradores?" (Op. cit. Editorial Nascimento, Santiago, 1948, pág. 35-36).

Y eso lo lleva a concluir: "En resumen, puede presentarse el cuadro de los soldados españoles en Arauco como un conjunto de hombres semidesnudos, semialimentados, y como tales, entregados a toda clase de vicios y tropelías.

Al decir del Gobernador don Francisco de Quiñones, en los albores del siglo XVII, los soldados españoles "son más bárbaros que los propios indios". (Ibid. Op. cit. Pág. 39-40).

Sin embargo, los estereotipos de la época — y hasta hoy— muestran al indio como un salvaje, traidor, incapaz de ninguna nobleza y muchos menos del respeto a ningún compromiso.

Y Bascuñán, a lo largo de sus páginas nos va descubriendo todo lo contrario. Un pueblo con un gran sentido del honor y del compromiso, hospitalario y gentil con el caído en buena lid, desilusionado de un español que demasiadas veces los ha engañado y que lejos de tratarlos como subditos de un nuevo Rey, los trata como esclavos de su propio peculio.

Hermosas y tiernas, son las escenas del joven capitán español, mientras recorre las reducciones de los célebres caciques Maulicán, y su padre Llancareu, Quilalebo, que quiso hacerlo su yerno. Tureopillán, Colpuche, Ancanamén y tantos otros que con su coraje hicieron historia en tres siglos de guerra.

Y este pueblo sano y fuerte, capaz del afecto más sincero y de la amistad del enemigo, siempre que luche con armas nobles, va mostrando sus costumbres, sus hábitos de vida y de guerra, su naturaleza y sus sentimientos a lo largo de las páginas glosadas del Cautiverio Feliz. Pero, sin duda, lo más importante, es que va surgiendo, la razón histórica por la cual lucha y el espíritu que lo sostiene en guerra tan larga y sangrienta.

Es Bascuñán, quien nos cita al cacique Quilalebo:

"Veis aquí, Capitán, los más cautivos españoles que andan entre nosotros el tratamiento que tienen. Comen como nosotros, beben con nosotros, visten de lo que nosotros; y si trabajan, es en compañía nuestra, como lo habréis experimentado en vuestro compañero y otros. Que no quiero yo entraros a vos en ese número, porque corréis por diferente camino, por quién soís, por Capitán y por vuestro agrado, que naturalmente os lleváis las voluntades de todos.

¿Por qué los españoles, pregunto ahora, nos tienen por tan malos, como dicen que somos? Pues, en las acciones y en sus tratos se reconoce que son ellos de peores naturales y crueles condiciones, pues a los cautivos los tratan como a perros; los tienen con sus cormas, con cadenas y grillos, metidos en una mazmorra, y en continuo trabajo, mal comidos y peor vestidos; y, como a caballos, los hierran en las caras, quemándolas con fuego.

Si acá hiciésemos eso con vosotros, no había que maravillarse, cuando seguíamos en camino de vosotros; y con tener estos ejemplares,

que siempre habéis sido los españoles los que nos habéis industrializado en malas y perversas costumbres, no habemos querido imitaros en eso, por parecernos crueldad terrible y no digna de pechos generosos, ni de valientes soldados.

¿Cómo pueden, Capitán amigo, reducirse nuestros naturales a la obediencia y sujeción de los españoles, si han reconocido y experimentado en algunas ocasiones sus fraudulentos tratos y sus mentiras con dañadas intenciones?

Así lo experimentó el Gobernador Ancanamén, que con pretexto de promulgar paces y medios de conveniencia para los unos y los otros, admitiendo vuestros mensajeros con todo amor y agasajo, le vinieron a ofender y a inquietar las mujeres en su casa. Y no contentos con esto, habiendo salido de ella a los distritos de la costa, a proponer y a asentar los medios de paces que nos ofrecían por medio de un padre de la Compañía, que decían era Gobernador, antes de volver a ella, se la robaron los trabajadores, y le llevaron tres mujeres, las más queridas y estimadas.

Con estas acciones y otras que os pudiera decir, ¿cómo pueden dar crédito, ni tener fe ni confianza en la palabra del Rey, como decís vosotros, que no puede faltar?

En otras ocasiones han dado la paz y sujetándose algunas parcialidades; y debajo de estos tratos, han entrado a maloquearlos, degollando y cautivando a los pobres engañados, que salían al camino a recibirlos con canelos, que son insignias de paz, y con camaricos y repuestos de chicha, carne, yerbas para los caballos y otras cosas; y sin resistencia ni repugnancia se llevaban las mujeres, hijos e hijas, para herrarlas y venderlas como negros.

¿Esta es la palabra del Rey, qué decís vosotros que no pueden faltar? ¿Esta la Cristiandad y justificación de vuestro Dios?" (Ibid. Op. cit. Págs. 438-39-40).

Y es este cuadro, lo que permite al Padre Vicuña, decirnos: "Contrariamente a los aztecas, peruanos y otros indios de América, los araucanos jamás tuvieron muy arraigado el sentimiento religioso, ni profesaron creencias determinadas con relación a los problemas ultraterrenos. Fuera de la existencia de ciertos espíritus y de vaguísimas conjeturas sobre la vida futura, los primitivos indios de Chile nunca profesaron ese conjunto de ideas y preceptos que constituyen las religiones positivas. De ahí su falta de resistencia para abrazar el Cristianismo, tarea que habrían realizado en masa, a no mediar su odio contra quienes pretendían arrebatarles su libertad". (Ibid. Op. Cit. Págs. 232-233).

Y así puede concluir Bascañán diciendo: "Con ciertas experiencias y antiguos conocimientos, podemos decir los que dilatados tiempos los hemos manejado —dejando aparte el odio y la pasión que sus barbaridades han causado en muchos— que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados, por haberlos ocasionados nuestras tiranías, nuestras inhumanidades, nuestras codicias y nuestras culpas y pecados". (Ibid. Op. cit. pág. 435).

¡Esas son las palabras con que un Capitán español, que entregó su vida defendiendo a su Rey en la Frontera de Arauco, juzga las razones profundas de una guerra que duró más de trescientos años:

Ciertamente que se trata de una visión novedosa y apasionante acerca del real carácter del pueblo araucano.

C. O. V.

LASTARRIA Y LA OPOSICION A MONTT

En 1968, la Editorial Andrés Bello publicó el diario político de ese gran político liberal que fuera don José Victorino Lastarria, acompañado de un prólogo de don Raúl Silva Castro.

Este documento de índole más bien personal, reviste un notable interés por cuanto abarca el período entre 1849 y 1852, es decir el período en que se gestó la candidatura presidencial de don Manuel Montt hasta el tiempo en que logró consolidar su mandato.

El prologuista, Silva Castro, saca sus conclusiones propias del período y de las palabras del autor. Y así nos dice: "En el período que cubre el diario de Lastarria, existió, sin embargo, el peligro de que la organización política de Chile retrogradara a niveles inferiores y quedase enronizada en el poder, en reemplazo de las clases cultas que hasta entonces habían gobernado, una porción de ciudadanos que no había vacilado en requerir para su participación en la vida pública el concurso de la plebe". (Op. cit. pág. 18).

Y luego concluye de la siguiente manera su presentación al trabajo histórico: "Los enemigos de Montt pudieron, en sus días, acribillar el nombre de éste con saetas enherboladas, y aún atribuirle luctuosas páginas de la historia, como realidad o como pronóstico. Lo que en modo alguno pueden es probar que sin Montt se habría salvado la estructura republicana de la nación que en 1849 empezó a correr el más dramático riesgo. Y esta lección, que engrandece el nombre de Montt, se desprende nítidamente de la lectura de estas páginas apasionantes, redactadas con otro objetivo y con una finalidad política totalmente adversa" (Op. cit., pág. 21).

Difícil posición la que plantea don Raúl Silva al querer demostrar con lo ocurrido las fatalidades de aquello que no ocurrió, fórmula probatoria que la historia ha rechazado como imposible de medir objetivamente, más allá de las simpatías y deseos de los historiadores.

Hay, sin embargo, algunos hechos históricos ciertos. En primer lugar resulta inobjetable, la realidad de que don Manuel Montt fue Presidente de Chile, y luego tampoco se puede negar que el partido opositor o "progresista" que a los finales del Gobierno de Bulnes disponía de la mayoría de la Cámara de Diputados no logró aglutinar fuerza suficiente con sus dos abanderados: don Ramón Errázuruz, primero, y el General Cruz, después.

En parte, todo el diario de Lastarria es un lamento a todos los infructuosos esfuerzos que realizara para darle consistencia de partido a la oposición, compuesta por una heterogénea alianza de personas movidas por diversas motivaciones. Ello lo contrasta el autor, permanentemente, con la realidad del "partido reaccionario" que logra aglutinar en torno a la mantención del statu quo y la defensa de los privilegios de los viejos pelucones una fuerte gama de intereses, claros en la idea de que su conveniencia es oponerse a todo cambio.

A esto debe sumarse el poder de los Gobiernos decadentes y de la ninguna escrupulosidad con que éste era usado para los fines políticos pertinentes.

Así es como Lastarria se lamenta: "Si la oposición tuviera afiliados de corazón y de inteligencia en las provincias, podría esperar formarse alguna opinión, a pesar de su mal estado. ¿Pero qué podemos

oponer nosotros a la acción siempre constante de los infinitos empleados de la jerarquía administrativa? ¿Quién combate en los pueblos las calumnias que pesan sobre nosotros? ¿Quién explica nuestros propósitos? ¿Quién hace conocer nuestras intenciones? Ni siquiera la prensa nos sirve para esto, porque aun cuando mejoremos la triste situación en que ella se halla, no podemos hacerla llegar a manos de los provincianos.

Tal es la verdadera situación de la oposición. Para ocultárnosla, unos toman el partido de resignarse, como el reo condenado, y otros esperan, confiando en el día de mañana, sin acordarse de que el tiempo fortifica las plantas más dañosas cuando han prendido en la tierra, y destruye las semillas preciosas que están esparcidas sin cultivo ni atención". (Op. cit. págs. 67-68).

Estas frases demuestran que, realmente, la oposición carecía de los recursos humanos y materiales para imponer una candidatura presidencial. Sin embargo, ello tan sólo prueba que estaba condenada a la derrota y esta en una democracia no es más que una de las dos eventualidades posibles; la otra es ganar.

Pero quedan algunas dudas, al margen de la operacionalidad política de la oposición de aquel entonces: ¿hasta dónde los regímenes emanados de la Constitución de 1833 y las prácticas de la intervención electoral de la autoridad administrativa, interpretaban el alma del pueblo?

Cuarenta años después de finalizado este diario de don José Victorino Lastarria, Chile se desangraría en los campos de batalla defendiendo los mismos principios que él entonces enarbó como sus banderas de lucha.

Y aún, en aquel tiempo, el propio don Manuel Montt tuvo que sufrir el embate furioso y desesperado de quienes buscaban una democracia que interpretara el consenso mayoritario de los chilenos.

Es el propio autor, que con voz de dolor impotente, nos hace el siguiente balance, ennegrecido de pesimismo: "¡Y sin embargo, esa causa execrable (el autoritarismo de Montt), que simboliza la ruina de la República ha vencido y ha hundido para siempre la causa de la libertad! La República y la libertad son vencidas por el oro, por la corrupción, por el egoísmo, por la traición, por la fuerza bruta, y éstos son los elementos que constituyen el poder vencedor. Sus triunfos cuestan más de 3.500 muertos que han quedado en los nueve ataques y batallas, de Santiago (20 de Abril), Illapel, Parral, Petorca, San Felipe, Valparaíso, Los Guindos, Loncomilla, Linderos de Ramadilla y en el prolongado sitio de La Serena. A éstos hay que agregar más de 500 desterrados o proscritos, otros tantos fugitivos y 6.000 personas que sufren por consecuencia de aquellos asesinatos, de aquellos destierros y de aquellas persecuciones..." (Op. cit. págs. 141-142).

¿Tal era el balance que hacía indispensable el triunfo de Montt ante candidaturas tan moderadas como las de Errázuriz y Cruz? Difícil sostener la tesis de la inevitabilidad de un gobernante, cuyo precio por mantenerse en el poder el primer año de su mandato, suman tal cúmulo de sangre y dolor.

Y la verdad de la clase, nos la da el propio Lastarria, un poco más adelante, en las mismas páginas de su diario. Nos relata que ha habido un banquete de homenaje al General Bulnes —vencedor de Cruz en Loncomilla— y que según la versión periodística de "El Mercurio", "la testera del salón estaba adornada con dos pabellones riquísimos: el español y el de la República como para completar el pensamiento de la manifes-

tación y darle mayor brillo y realce a los ojos de América". Y el autor se pregunta, "¿Cuál es ese pensamiento? El del orden. ¿Por qué se escoge el pabellón para significar este pensamiento? Porque, según el prospecto de un periódico retrógrado, que se reprodujo por todos los diarios retrógrados, el partido que se llama conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociedad de Chile, el espíritu español para combatir el espíritu socialista de la revolución francesa. ¡Raro capricho! Pretender españolizar más a Chile, es lo mismo que abjurar la independencia con todas sus consecuencias, y pretender que la sociedad no obedezca la ley natural del progreso humano" (Op. cit. pág. 142).

Conocidos estos párrafos nos encontramos, nuevamente, ante el viejo dilema que tras el orden se pretende, muchas veces, tan solo consolidar un statu quo que sirve a las minorías en perjuicio de las mayorías.

No cabe duda, después de leer las páginas de Lastarria, que tras las incidencias de la política contingente de la época, se debatía la vieja lucha entre el ideal libertario y justiciero y la modorra de impedir los cambios para no tener que sufrir molestias o riesgos, que a la larga se terminan pasando en forma superlativa y cruel.

C. O. V.

PANORAMA CINEMATOGRAFICO DE 1974

Rafael Otano

LAS 10 PELICULAS MAS TAQUILLERAS DEL AÑO 1974

1º El Padrino	527.000
2º Cabaret	395.000
3º Contacto en Francia	260.000
4º El Golpe	257.000
5º ¿Qué pasa Doctor?	191.000
6º Los ladrones	188.000
7º Los diamantes son eternos	182.000
8º La naranja mecánica	175.000
9º Jesucristo Superestrella	171.000
10º La aventura del Poseidón	144.000

Las estadísticas de espectáculos suelen ser algo rutinario. Se consignan y se comentan con la frivolidad con que un diskjockey aborda el hit-parade semanal y se archivan sin más. Los números quedan muertos. No se les saca el mensaje vivo que indudablemente encierran bajo su indiferencia matemática. Sólo los empresarios harán, por lo bajo, sus cálculos, pero a nivel específicamente comercial que no tiene mucho que ver con el cultural o el humanístico. Por desgracia, los resultados de la Copa Libertadores se analizan con más acuciosidad que los resultados de cualquier encuesta cultural. Al menos, así aparece ante el gran público.

Hace unas semanas se publicó la lista de las diez películas más taquilleras del año 1974 en Santiago. Y es bueno hacer hablar a estas cifras. Desentrañarlas con una reflexión sobre ellas o a pretexto de ellas. Porque nos dan una aceptable panorámica abierta a diversos interrogantes.

Un encabezamiento polémico: El Padrino.

Aproximadamente un santiaguino de cada cinco asistió a **El Padrino**. En Chile se repitió la historia de Estados Unidos, Europa y otras naciones latino-

americanas. **El Padrino**, desde su comienzo, batió todos los records de asistencia. Y ha sido preciso, según las informaciones, hacer un nuevo padrino para superarlo. Esto, pues, nos tranquiliza. No somos raras aves a destiempo y desconcierto de nuestro mundo. Estamos en la onda. Estamos bien. ¿Estamos bien?

Porque surgen dudas razonables. A contrapelo del medio millón, pasado, de santiaguinos que asistió (y acaso aplaudió) el film, y de los millones de norteamericanos y demás que hicieron lo mismo, hay que expresar una opinión. Creo que hay que expresarla, aunque nuestra crítica fue demasiado condescendiente con esta superproducción superdolarizada y superpropagandeada. **El Padrino** es un film mediocre con un guión mediocre basado en una novela mediocre. Puzzo será un artesano de best-sellers. En buena (o en mala) hora. Pero nada más. El best-seller es un niño prodigio que a veces resulta interesante y otras muchas estúpido. Algo de los dos aspectos, interés y estupidez, encierra precisamente este **Padrino**. Responde a nuestra curiosidad con una narración fácil y obvia de una superfacilidad total. En definitiva, después de haber leído o contemplado esta obra, nos quedamos como antes respecto al por qué y cómo, profundos de la mafia.

Respecto al director Coppola, si lo que ha hecho en **El Padrino** es todo lo que sabe hacer; si cargado de dólares, buenos actores y expectativas, no logra trascender lo convencional, hay que considerarlo un cineasta del montón. Y esto lo afirmo por encima de los óscars o desóscars que le hayan podido caer en suerte.

No niego, con esto, que **El Padrino** tiene aspectos apreciables (y a veces sobresalientes) en cuanto a actuación, ambientación y banda sonora. Incluso logra momentos felices, como las secuencias rodadas en Sicilia o las escenas finales. Pero eso es poco y su aporte, en general, es casi nulo.

Desde luego, no se puede comparar con películas gangsteriles como **Samurai**, **Borsalino** o **Contacto en Francia**.

Pero la máquina publicitaria, eficazmente montada, aquí, como en el resto del mundo, hipnotizó al público. Por otra parte, los empresarios chilenos necesitaban un Padrino que apadrinara sus salas semidesiertas. Y esto se logró. El público pagó con euforia los boletos recién reajustados y las reumáticas empresas pudieron desperezar un poco sus cajas de fondos. Como no hay mal que por bien no venga, esperamos que **El Padrino** haga posibles otros títulos no apadrinados.

La Segunda: **Cabaret**.

Es, sin embargo, consolador que **Cabaret** fuese contemplada por casi 400.000 espectadores. Fue en parte, hay que reconocerlo, consecuencia del primer entusiasmo. Ver las dos películas, **El Padrino** y **Cabaret**, era en aquellos momentos para mucha gente como andar sobre dos pies. El déficit de films, vía distribuidoras norteamericanas, nos había dejado con apetito. Y los primeros títulos fueron como la entrada más o menos suculenta que los invitados hambrientos devoran sin pensar demasiado.

Cabaret es un hito o quizá mejor, una encrucijada. Se encuentran y entrelazan en sus secuencias el idilio, la rememoración histórica, el género musical y el momento político. Y todos estos niveles logran fundirse en una perfecta y orgánica unidad. El desarrollo del idilio es reflejo y parábola del desarrollo de un trozo de historia alemana; los números musicales nos hacen penetrar en la confusa y bronca situación social que precedió la subida de Hitler al poder. Y todo unido, idilio, historia, música y política, se van entretejiendo potenciando y agudizando mutuamente hasta obrar un desenmascaramiento radical y sangriento del nazismo en su momento crítico de 1931. Pero con una nota de actualidad, de mensaje que todavía duele y supura en alguna oculta herida del organismo social.

La obra, con todo, no es perfecta. El director Bob Fosse parece perderse un poco cuando se aparta de lo musical y coreográfico. La película a veces se empantana un tanto. Pero la fuerza enorme del conjunto, la originalidad del tratamiento arrastra con todas estas dificultades menores y las hace olvidar casi por completo.

De **Cabaret** cada cual tomó lo que pudo o lo que supo. Su polifacetismo repartió encantos para

todos los gustos. Para el que iba a ver una película musical o la actuación de Liza Minnelli (que nacía como estrella según la propaganda) o el ambiente alemán anterior a la guerra. La hilazón de todos los aspectos, ese enhebre artístico y rotundo que constituye la esencia del film fue entrevisto a veces con excesiva vaguedad. De todos modos, por encima de estas consideraciones, su segundo puesto taquillero indica también una cantera de buen gusto en nuestro público que puede ser explotada y potenciada por el futuro. Quizá sea ésa la función fundamental de la crítica.

La calidad de la producción policial.

Los siguientes títulos de la encuesta filmica (**Contacto en Francia** y **El Golpe**) fueron ya de segunda o tercera ola de estrenos. Los dos, policiales; uno irónico y sutil, otro pintoresco y paródico. Ambos derrochan agudeza. La recreación ambiental de los dos es excepcional. Igualmente la caracterización y actuación de los personajes, tanto principales como secundarios. No son policiales con pretensiones más allá de sí mismos, al estilo de la última (y excelente) ola del cine francés, **El Círculo Rojo**, **El Inspector Max...** Su narración busca el divertimento, la emoción, el pasatiempo. Este es, sin duda, su objetivo último, aunque teñido de pinceladas hondamente humanas.

Otra buena policial de la encuesta es **Los Ladrones**. Pero aquí el dramatismo se va cerrando. Ya no existe la fisura de la ironía y de la parodia, de la risa o de la carcajada. **Los Ladrones** es una tragedia policial, bien llevada, con un crescendo que llega hasta el cenit del desastre y de la muerte.

Al considerar el éxito de estos tres policiales que no fueron, por otra parte, demasiado publicitados, me viene espontáneamente a la memoria la función del teatro preconizada por autores tan dispares y distantes como Lope de Vega, Moliere o Bertold Brecht que reconocían como objetivo del espectáculo el "dar gusto al público", "faire plaisir" o entretener. No se trata ciertamente de un rebajamiento ni prostitución del arte sometido al éxito comercial, pero sí de buscar el terreno en que la calidad se una a la amenidad, en que la novedad creadora (no rutinaria ni convencional) se una a la capacidad receptora concreta del espectador. Este terreno difícil es el gran invento que tienen que realizar en cada producción los medios que se llaman a sí mismos, por definición, masivos. A ellos ayuda ciertamente el tratamiento de géneros tradicionales como el policial desde nuevos

ángulos, más acordes a nuestra actual sensibilidad.

Esta sensibilidad llega a ser ya enfermiza en el caso del éxito de James Bond. Películas de exaltación del hombre eficaz como máquina, de la fantasía destructiva, de la división artificial y rígida entre el Bien defendido por el agente y el Mal encarnado en instituciones y fuerzas tenebrosas. Ese maniqueísmo engañoso, esa tecnolatría, esa fantasía morbosa y siniestra, ese falseamiento del héroe es la negación de cualquier visión humanista, es la apoteosis de la fuerza y de la violencia con visos de defensa apocalíptica de un bien absoluto e indiscutible. Una especie de lucha entre Dios y Satán. Pero ¿quién es quién? ¿Por qué se le asigna a cada cual un papel en este drama gratuitamente? ¿Por qué 007 es el bueno y sus enemigos los malos? Hay perversidad en el fondo de esta fantasía técnico-detectivesca. Los 182.000 espectadores de **Los Diamantes son eternos**, es una mala noticia.

Las tres últimas.

La Naranja Mecánica es, por encima del desagrado o terror (o catharsis) que pueda producir su contemplación, uno de los títulos más impactantes del año. Es la presencia inquietante del futuro. La acusación a lo que va a suceder, a lo que estamos gestando. El germen condenado por su fruto. El porvenir que nos retrotrae a la consideración de lo actual. En ese sentido, es un alegato ético. Kubrick logra un film-ficción despojado de los fáciles recursos tremendistas o exóticos de otras obras de este género. Y pienso, por ejemplo, en el bodrio imperdonable **El Hombre Omega** o en los diversos planetas de simios que van apareciendo periódicamente.

Su actualidad es tan terrible que, espontáneamente, intentamos olvidarnos de ella, negarla, con mil subterfugios, como un mal sueño. Pero **La Naranja Mecánica** está ahí obligándonos (como se le obliga al protagonista) a tener los párpados abiertos ante lo que se avecina, a contemplarlo y beberlo hasta el fondo como un purgativo repugnante. Es la presencia ética en este grupo de diez títulos taquilleros.

Y está también la presencia juvenil. Una obra cinematográfica auténticamente de jóvenes y para jóvenes. Desde su concepción, su tema y su tratamiento, hasta su actuación, su ritmo, su mensaje y su estilo. Una película que nos hace vibrar como una conmoción geológica. Su mensaje estalla con

la radicalidad de los veinte años: la imagen de Cristo convertida en un happening estremecido, en una liturgia pop y planetaria.

Jesucristo Superestrella es oxígeno. Es un Cristo polémico, inédito, nuevo. Pero es un Cristo vivo, palpable. Su magnetismo todavía nos atrae. Su lejanía histórica se hace superpresencia cinematográfica, inevitable, directa, arrolladora. La juventud asistió y asiste. Esa es su fiesta, su Cristo, su mística. El Evangelio se desgarró en spirituals y en clamores electrónicos. Escuchen Uds. la densidad del silencio en la sala durante la representación. Palpen el aire compacto que sucede al espectáculo. Un espíritu pasa y teje misteriosos lazos entre los asistentes.

En este caso el número de asistentes todavía no se puede contabilizar con exactitud. Seguramente subirá varios puestos. Quizá hasta el tercero, a continuación de **El Padrino** y **Cabaret**. En este caso habrá que tener en cuenta un doble fenómeno: la reincidencia de muchos espectadores que vieron varias veces el film. Y, en segundo lugar, la presencia mayoritaria del elemento juvenil. Es una película que muchos jóvenes nunca terminan de ver. ¿No es ésta una de las características del mejor cine?

En último lugar aparece **La Aventura del Poseidón**. Se basa, de algún modo, en un hecho histórico. El naufragio, con todo, tal como nos es narrado, ni puede ser más novelesco. Se juega con grandes recursos, con costosos trucos, con escenas aparatosas y en extremo efectistas. La presentación de los interiores del barco, en los diversos momentos del siniestro, es impactante, pero artísticamente poco eficaz.

La narración está dominada por la figura del héroe. Este es un sacerdote atlético, atractivo, emprendedor y líder indiscutible, todo en una pieza. Su figura pierde, a veces, contornos reales y se acerca peligrosamente al superman. Más aún, aparece como el ser al que hay que creer porque tiene en sí la razón sin demostración alguna. La arracionalidad en que se basa el film, la entrega irrestricta de la mente a un hombre porque es fuerte y capaz, lo hace especialmente irritante. Claro que las oleadas densas de melodrama y de filosofía barata logran, a veces, tapar este fondo simplista y amoral.

Las ausencias.

Después de este somero comentario a los títulos más comerciales, no puedo menos de recordar, aunque sea brevemente, las ausencias. Hay

varias e importantes. Comienzo por un film científico que, a pesar de su índole esencialmente pedagógica y expositiva, resulta una maravilla de construcción dramática. Se logra dar al contenido una impecable estructura narrativa.

Se trata de la **Crónica de Hellstrom**. La tesis central que sustenta, los insectos como futuros dominadores de nuestro planeta, busca sin duda, una especie de impacto apocalíptico, pero la exposición de argumentos, la dosificación bien medida de recursos, a veces terroríficos, el crescendo inevitable hacia la tragedia nos sumergen en el problema. El empleo adecuado de la fotografía y el color, la simplicidad del lenguaje y el ritmo hacen de esta obra una joya didáctica.

Otro film de primera calidad, obra maestra de cine-reportaje, de cine-biografía y de cine-problema es **El Caso Mattei**. **El Caso Mattei** permaneció en Santiago como dos o tres semanas en cartelera. Esto es realmente incomprensible porque se trata de una película de una actualidad y amenidad indiscutibles. Pasó sin propaganda, sin pena ni gloria, cuando nos daba tanto que pensar y que decir.

En el año cumbre de la crisis petrolera un film que toca a fondo un momento bastante negro de la historia de este producto, atrás. El protagonista y centro es el magnate Enrico Mattei, el hombre que intentó hacer de Italia una apreciable potencia petrolera para defender los intereses de la nación contra las grandes compañías internacionales. Mattei está presentado con un gran colorido humano. Sin prédicas excesivas ni grandes gestos, por medio de detalles; de cotidianidad y a veces de buen humor nos introducimos en sus móviles personales, en su fogosa mística. Es el apóstol del petróleo. La tenacidad, la ternura y la pasión de este hombre por su gente y por su empresa (y, en último término, por su nación y por las naciones desheredadas) se nos muestran en rápidas pinceladas en un reportaje ágil, que brinca de acá para allá, no a instancias de una linealidad cronológica, sino de un espíritu creador y sutil.

Mattei muere víctima de obscuras fuerzas. Su caso nunca pudo ser resuelto. Quedan todavía los interrogantes. Pero su cuerpo destrozado sobre el aeropuerto, esa semilla rota, es en sí una parábola evangélica, un signo de resurrección. La emoción íntima, la esperanza nos golpean ante la noticia: "Enrico Mattei ha muerto". El hombre que puso

corazón en el petróleo, el que hizo un canto de amor de esa viscosa palpitación verdinegra. El petróleo será algún día no sólo fuente de riqueza, sino fuente de vida. No sólo energía para máquinas, sino también para hombres.

Otro de los títulos claves del año ha sido **Muerte en Venecia** sobre la famosa narración de Thomas Mann. La obra de Visconti es una meditación estética (y a veces estetizante) sobre la crisis del artista ante la irrupción en su vida de la belleza absoluta. El protagonista, encastillado en su seguridad clásica apolínea, se siente invadido por una borrachera de perfección más allá de cánones y modelos. Más allá de su concepción voluntarista del quehacer estético. Ante esta irrupción desconcertante, el artista elige la muerte. La belleza es un reclamo trascendente que le empuja a romper con lo real.

La esquisitez decadentista del director italiano nos encierra en la angustia, en el vacío existencial sin salida.

El Círculo de Críticos de chilenos eligió esta película como la mejor del año. No puede negársele una alta calidad cinematográfica e incluso un profundo impacto en el público, aunque no fue película de masas. Con todo, creo que es a **Cabaret** a quien se debía esta distinción. No quizá por mejor formalmente. Pero sí por más plena, por más directa e integradora de diversos planos y niveles. Por más dolorosamente actual. **Muerte en Venecia** cae en el estetismo, en la contemplación, a veces morbosa. **Cabaret** emerge como una fuerza actual.

Para terminar, un film amable: **Luna de Papel**. Una maravilla de ternura. Un poema. El tiempo se detiene y empieza a avanzar de nuevo a un ritmo maligno y candoroso. La picaresca se convierte en cuadro camp. El ciego y el lazarillo. El estafador y su mascota. Y el camino y la soledad y una amistad en el blanco y negro chaplinesco de los años 30. **Luna de Papel**: fiesta, nostalgia, romanticismo, fotografía de feria. Y al final, descanso, regazo y sonrisa.

Otro films de excepcional calidad del año: **El discreto encanto de la burguesía**, una joya de humor y de retrato surrealista; **El Conformista**, terrible alegato social...

Esperemos el año 1975 que con los primeros estrenos, ofrece buenas perspectivas.

EL JARDIN DE LOS FINZI-CONTINI

El desaparecido Vittorio de Sica, a través de su larga carrera como director tuvo altos y bajos, y es indudable que en "El Jardín de los Finzi-Contini" nos encontramos ante una de sus obras cumbres. De Sica no alcanzaba niveles de dirección de tal maestría talvez desde su época neorrealista y, para quienes recuerdan sus obras de aquel periodo, ("Milagro en Milán", "Ladrones de Bicicletas", etc.) resultará sorprendente comprobar que pese a tratar en esta oportunidad un tema tan diferente, su genio se mantenía siempre en la cima.

"El Jardín" es un notable estudio de una época y de un grupo humano, relatado sin estridencias pero con una fuerza que sobrecoge. Desde las primeras escenas ubica al espectador en un ambiente nostálgico y de apariencia atractiva, en el cual las sombras de la guerra que va envolviendo a Europa se insinúan poco a poco, comprometiendo lenta pero irremesiblemente a los personajes. Los malos augurios son rechazados en un principio como improbables; tan ajenos son al idílico escenario de las historias. Pero, como suele suceder, la realidad resulta ser más brutal que las perspectivas más pesimistas.

Para los Finzi-Contini, así como para sus jóvenes amigos, el jardín es una verdadera torre de marfil que los separa del ambiente exterior. De esta manera se mantiene, en apariencia, a salvo el refinamiento; la deprimente realidad exterior no penetra y la decadencia general es mantenida, hasta el final, a raya. Así, cuando al final se cierran para siempre las puertas del jardín, no sólo ha caído el telón sobre una época de la historia contemporánea; también se ha terminado la dorada y despreocupada juventud de los personajes protagónicos, enfrentados ahora a la muerte o a la incertidumbre de la expatriación.

El tono contenido en que se desarrolla la película es uno de sus principales méritos. La melancolía es el sentimiento predominante, y los toques de dolor están engastados con una maestría única en este contexto. Escenas como la del llanto final de la abuela o la reprimida angustia de los padres de Giorgio —y de él mismo— al despedir a Ernesto que parte a estudiar a Francia, son reveladoras de esta característica del filme.

La eficaz actuación está, en todo momento, al servicio de la historia. El hermoso y, a veces, enigmático rostro de Dominique Sanda (Micol), la melancólica mirada y fugaz sonrisa de Lino Capolicchio (Giorgio), y el delicado y enfermizo aspecto de Helmut Berger (Alberto) prestan una credibilidad especial a sus personajes. Dignos de mención son también los demás actores, especialmente Romolo Valli, como el padre de Giorgio y la actriz que interpreta a la abuela.

Los aspectos fotográficos cooperan a la belleza plástica del filme al destacar la limpidez y colorido del jardín, la serena hermosura de Ferrara y los ambientes en que se mueven los personajes. La suave y difundida luz que en ocasiones parece envolverlos, la evocación de la

época (1937-1942) a través de trozos musicales de entonces, y la magníficamente conseguida ambientación, tanto exterior como interior, son decisivos puntos a favor de la película. Sin embargo, en ningún momento este atractivo visual oculta la desgarradora realidad que vivieron las familias judías italianas e Italia misma como nación ante el despiadado avance del fascismo. En medio de la ensoñadora luz del jardín al principio de la película, esta pesadilla parece tan lejana como distante son los recuerdos violentos del pasado de Ferrara. Pero la crueldad no sólo es atributo de un Renacimiento distante. A veces se presenta en los sitios y momentos más inesperados y testigo de esto es el pasado —tan próximo— que aquí se nos muestra. La oración hebrea, que como un lamento se escucha al final de la película parece simbolizar el martirio de un pueblo proyectado a través de los siglos.

En este momento en que la nostalgia filmica es cebo tan eficaz para atraer al espectador, "El Jardín", así como lo fueron "Cabaret" y "El Conformista", es no sólo una obra de envoltura atractiva sino que también un documento de contenido inteligente y honesto. Exhibida en Chile con cuatro años de atraso, es digno merecedor de todos los galardones internacionales que ha obtenido, entre los que destacan, el Oscar de la Academia (mejor filme extranjero de 1971) y el Oso de Oro del Festival de Berlín. En ella se da el caso, no demasiado común, de convergencia casi unánime de opiniones entre críticos y público. Sólo cabe lamentar la poco acertada elección de las salas de estreno (hecho que por desgracia se hace cada vez más frecuente: recordemos "El Conformista", "Locura de Verano" y otras), y la mala calidad de la traducción al español. Por falta de imaginación, o simplemente de conocimientos del traductor, los subtítulos suelen no representar lo que realmente los personajes dicen y producen confusión en el espectador.

EL HOMBRE QUE BURLO A LA MAFIA (Charley Varrick)

Hay una curiosa característica del espectador cinematográfico "medio" seguramente proveniente de los tiempos en que Hollywood dividía su producción filmica entre obras "de clase A" y "de clase B". Esta característica es la que lleva al público a suponer que cualquier filme del género dramático, especialmente si aborda un tema "trascendente" y es de ambiciosa realización debe, necesariamente, pertenecer a la clase A. Por el contrario, si el filme pertenece al género policial o es un Western, por dar un ejemplo, puede ser entretenido quizás, pero no debe aspirar a ser considerado de calidad. Estas reflexiones vienen a la mente cuando se presencia una película como "Charley Varrick" ("El hombre que burló a la mafia") que acumula méritos variados como para competir y derrotar en calidad a presuntuosas obras de contenido "serio". Don Siegel, el director, a quien se deben películas como "Amor de Víbora" (The Killers"), "Madigan", "The Beguiled" y otros excelentes "thrillers" está nuevamente en un terreno familiar y saca de él un partido como pocos lo harían. Secundado por la estupenda actuación de Walter Matthau (uno de los mejores actores norteamericanos actuales) y por un seleccionado grupo de figuras secundarias, Siegel compone una historia de creciente entretenición y acción mantenida. Por supuesto que tampoco faltan los toques de ingenio que le son tan propios.

La tendencia a evaluar las películas de acuerdo al género a que pertenecen y no basándose en sus méritos propios probablemente fue

nutrida por los dignos y seudoelegantes dramas de la M. G. M. de los años treinta. Sea cual sea su origen, amén de haber hecho daño al público ha obnubilado a no pocos críticos. Ha afectado injustamente a filmes como "La Pandilla Salvaje" de Peckinpah, "La Flecha Roja" de Delmer Daves y a varios del mismo Don Siegel. Por otra parte ha llevado a sobre evaluación, igualmente injusta de dramones ambiciosos pero malogrados, como "Juicio en Nuremberg", "La Nave del Mal" y otras varias, para no nombrar al 90% de los filmes que fueran candidatos al Oscar en las décadas del 50 y 60, por ejemplo.

Es curioso constatar esta tendencia en publicaciones destinadas a público predominantemente femenino. Esto talvez se deba a que se sienten obligadas a proteger a sus lectoras contra las películas policiales, de terror o del Oeste, suponiendo, a priori, que son de mala calidad. También suele darse el caso que en estas revistas se asuma que las lectoras "no entenderán" ciertas obras de realizadores contemporáneos, como si apreciar un filme moderno requiriera del conocimiento de un código especial para captar todo su "denso simbolismo". En la práctica quienes reciben estas advertencias demuestran, a menudo, conocer mucho más de cine que lo que algunos críticos suponen y, debieran sentirse agraviadas con quienes les hacen tan flaco favor.

Mario Romero

EL CLIMA DE CHILE

Benjamín Vicuña Mackenna.
Editorial Francisco de Aguirre.
Buenos Aires; 1970 - 399 págs.

Este libro, dedicado a tres amigos "que no hacen depender la prosperidad y desarrollo de la agricultura nacional del viejo sistema, es decir, del aguacero, la rastra y la rutina, sino del trabajo que es virtud, del estudio que es progreso, de la industria que es riqueza y especialmente de la protección y bienestar del labriego productor y cooperador, que es la solución del más arduo, importante y antiguo problema social, político y económico a que está ligada la emancipación moral e intelectual de nuestra amada patria" fue escrito en 1877.

Nació como un desafío a los agricultores que sostenían que las grandes lluvias, "el diluvio" caído en Chile en aquel año, era el peor de su historia y marcaba un cambio radical en su clima. Se trataba, entonces, de demostrar de que esos arrebatos de pesimismo no respondían a la realidad y que "el clima de Chile no se ha alterado, por tanto, sustancialmente en el espacio de dos siglos" y que "el temple de nuestro suelo ha sido como su raza, característicamente conservador".

Y eso es lo que hace el múltiple Vicuña Mackenna recogiendo cuanto antecedente histórico había a la sazón disponible para descubrir cuál había sido, históricamente, la realidad de nuestro clima con su estabilidad básica y sus cambios fenólicos.

Y así es como si Almagro encuentra a Chile convertido en un diluvio universal, con todos sus ríos impasables, cuatro años después Pedro de Valdivia le puede escribir su célebre carta al rey Carlos I, que no se conoce otro clima ni mayor fertilidad que el de esta tierra. Y así también como suelen venir grandes sequías que todo lo convierten en desolación, hasta el punto de que si no hubiera sido por la necesidad que Lima tenía de nuestro cebo "es más probable que el buen rey Felipe III, o el IV, o Carlos II, su hijo y su nieto, que fueron tres imbéciles bajo una sola corona, habrían expedido una real cédula para despoblar a Chile desde Castro hasta San Francisco de la Selva...".

Es de todas estas observaciones históricas que Vicuña Mackenna puede llegar a probar, a lo largo de los siglos cierta regularidad en las manifestaciones climáticas: "I.— La sucesión regular de sus inviernos iguales y moderados, como base, como constitución climatológica, como tipo de zona atmosférica, como **regla fija**. II.— Los súbitos aluviones. III.— Los períodos más o menos largos de sequedad que preceden y siguen a aquéllos. Estos dos últimos fenómenos como **excepción**".

Todo esto descrito con acopio de detalles sobre las modalidades que los chilenos de los diferentes tiempos pusieron en obra para enfrentar los cambios de su clima. Como observa el autor, lamentándose sarcásticamente de la falta de datos suficientes para su estudio, "Nuestro observatorio astronómico ha estado enclavado fijo en los altares. La vir-

gen del Socorro fue el único azogue de la colonia; San Isidro fue su pluviómetro de mejor consulta y si nos hubiera sido forzoso completar la lista de los instrumentos de observación... no habríamos tenido más arbitrio que exponer a la intemperie las imágenes de Nuestra Señora del Rosario 'la grande' y Nuestra Señora del Rosario 'la chica'".

Así se van sucediendo en sus páginas, los comentarios sobre las grandes sequías y sobre las grandes "venidas" que sufrió Santiago hasta escribirse el libro. Y además, la falta de respeto que el chileno heredara del español para con los bosques, la historia de los grandes canales de regadío del Valle Central, la necesidad imperiosa de construir represas y embalses que regulen el curso intermitente de las aguas, el aumento del potencial agrícola chileno y muchos otros temas de interés para el lector corriente, el agricultor, el científico y el costumbrista surgen de la pluma siempre sorprendente de Vicuña Mackenna.

Y ese acopio de materiales le permite decir al ilustre autor: "El clima de Chile, que en cierta medida es Chile mismo, que es la patria y sus más dulces atributos de vegetación y luz, de fecundidad y armonía, de paisajes inimitables en los sombríos y templados valles, de majestad silenciosa y aterrante en los senos de sus nieves de eterno refrigerio y de impercedero raudal; ese clima dulce, regulador, alternado blandamente en sus transiciones, fijo de estación en estación, y especialmente estable, que es lo que en su cielo y en su suelo el extranjero encuentra más digno de alabanza, no ha sido alterado, dichosamente, en lo más mínimo".

Leyendo este libro entretenido e ilustrativo nada permite pensar que de 1877 hasta la fecha tampoco el clima de Chile haya variado su tradicional amabilidad para con los chilenos.

C. O. V.

NIÑO DE LLUVIA

Benjamín Subercaseaux.

Editorial Zig-Zag.

Santiago, 1973. 232 págs. 4ª Edición.

Hace poco más de un año murió Benjamín Subercaseaux, cuando ya estaba en prensas la cuarta edición de esta "autobiografía de su propia infancia". Como dice la presentación del libro, esta edición tiene, además, una importancia adicional: "Como Subercaseaux era un corrector interminable de sus libros, rehizo y completó tanto la primera como la segunda edición de esta obra. La tercera, a su vez, volvió a corregirla y dichas correcciones aparecen en esta cuarta edición, que el lamentable fallecimiento del autor hace que sea considerada como la versión definitiva".

La obra se lee con el agrado y la rapidez de toda la obra de su autor. Llena de gracia, de reflexiones agudas y punzantes, de puntos de vista originales. Pero sobre todo, con una sorprendente capacidad de evocación de las experiencias de la infancia y de los sentimientos y los puntos de vista de un niño.

Ambientada, en el mundo del autor, la aristocracia santiaguina del 1900, tiene, además el sabor a un cuadro costumbrista. Los tiempos de las casas de tres patios, de las mudanzas de la playa cada verano, de las tías románticas absorbidas por la poesía francesa, de los paseos en coche por el Parque Cousiño y de ese mundo encantado de las em-

pleadas domésticas con sus supersticiones, sus penaduras y sus apariciones del demonio con olor a azufre.

En resumen, un libro refrescante en el cual se mezcla la perenne naturaleza de los niños, sus gustos, sus temores y sus descubrimientos con las costumbres de un mundo santiaguino que ya se fue.

C. O. V.

EL NIÑO QUE ENLOQUECIO DE AMOR

Eduardo Barrios.

Biblioteca Popular Nascimento.

Santiago, 1974. 118 págs. 4ª Edición en BPN.

Esta pequeña obrita, aparecida en 1915, hace ya sesenta años, mantiene su actualidad y sigue siendo lectura obligada de todos los adolescentes de nuestro país.

Escrita casi con ingenuidad, en sus páginas se va viendo reflejado ese amor imposible y silencioso que todo niño sintió alguna vez dentro de sí y jamás se atrevió a confesar ni a sus más cercanos confidentes.

Los sentimientos van brotando del alma atormentada de este niño sensible que se debate entre las exigencias de aclarar su pasión y la necesidad de mantener el secreto ante los ojos de la gente de su casa. Demasiado sensible, en definitiva, sometido a un cuadro familiar difícil aun cuando él no lo alcanza a percibir, su pequeña mente no resiste la tensión y termina enloqueciendo.

Como cada vez que se lee esta pequeña obrita, no puede dejar de cerrarse la última página con un dejo de pena y comprensión.

Esta edición va acompañada de los versos que personas como Daniel de la Vega, Gabriela Mistral, Carlos Préndez Saldías, Roberto Meza Fuentes, Angel Cruchaga Santa María y otros, escribieron al "niño que enloqueció de amor".

Es un esfuerzo de mantener la literatura chilena clásica al alcance de todas las generaciones de chilenos que debiera agradecerse a la Editorial Nascimento y a Alfonso Calderón, director de esta colección.

C. O. V.

EL PROCESO LUTERO 1517-1521

Daniel Olivier.

Editorial Francisco de Aguirre.

Buenos Aires, 1973. 268 págs.

Daniel Olivier, el autor, es un agustino. Es decir, hermano de orden del gran Reformador Protestante, Martín Lutero. Y el hecho no demuestra ser banal en la obra, puesto que el autor no puede esconder un cierto afán apologético del monje alemán, y no dejar, tampoco, de mantener encendida la llamita de las rivalidades intra-elesiásticas del mundo católico.

Lutero, fue declarado hereje y condenado; de esa manera nació el más importante cisma de los tiempos modernos en el mundo cristiano. Y lo fue después de un proceso lleno de irregularidades canónicas, tortuosidades políticas, celos interuniversitarios y la animadversión de dominicos y franciscanos a la orden de San Agustín.

Mirado desde la historia, el juicio a Lutero es una vergüenza de tomo y lomo, en el que no se respetó ningún valor y ningún procedimiento jurídico o moral.

Sin embargo, tampoco queda duda de la benévola obra de Olivier, de que Lutero, efectivamente, entró en cisma y en herejía; que su soberbia era muy superior a lo que señalaban la humildad de sus palabras, y que su voluntad de romper con la Iglesia Jerárquica se fue haciendo cada vez más clara y decidida.

En resumen puede decirse, como conclusión, que el asunto fue desdolorosa e injustamente llevado desde Roma pero que, al final, el propio acusado terminó por ser su propio testigo de cargo en materias que estaban más allá —y que siguen estándolo— de la discusión libre de los fieles.

Sin embargo, hay algo en el libro de Olivier, que lo recorre entero como melodía de fondo, y que él aun sin explicitarlo lo termina haciendo aparecer como un hecho fundamental.

Se trata del cuadro histórico en que la disputa se desarrolló: el reinado del Papa Medicis, León X, y el período de transición del Imperio Germano entre Maximiliano y el nuevo Emperador Carlos V, Rey de España. Y como elemento clave en el hastío del pueblo alemán ante la corrupción y los excesos de la Curia Romana, llena de intrigas, pequeñeces, sedienta de poder y de riqueza.

¿Por qué Lutero, adquiere tan rápidamente una influencia tan grande y tan masiva? ¿Será, en definitiva, por la trascendencia de sus tesis sobre los sacramentos, sobre la Fe, sobre el matrimonio y sobre la infalibilidad de los Concilios?

Ciertamente, no. Lo sustancial, es que Lutero inicia su prédica y su rebelión contra la práctica de las "Indulgencias", mediante la cual la Iglesia Romana, vendía la salvación de las almas por oro cantante y sonante. Es ante ese escándalo religioso y esa corrupción financiera (en la cual todos terminaban comprometidos) que se levanta por primera vez la voz del monje agustino; y es a raíz de ella, que la Curia afectada en sus intereses más materiales, inicia la persecución de Lutero.

Luego, a medida que la lucha se encrespa, la voz de Lutero se irá alzando más y más contra la propia institución del Papado y terminará planteando la Reforma Total de la Iglesia, con la abolición de sus estructuras romanas y su bagaje magisterial y canónico.

Sin embargo, lo sustancial es que Lutero tiene eco porque recoge el resentimiento de la cristiandad en contra de Roma. Y eso es algo popular, por cuanto, son los súbditos del imperio los que deben estrujar cada vez más sus bolsillos para financiar las grandes catedrales renacentistas y las nuevas cruzadas contra el poder otomano.

El problema de la herejía, en sí misma, no tiene la importancia histórica de la comprobación de que ella jamás hubiera cundido como un reguero de pólvora por toda Europa, si la Iglesia Romana hubiera sido el fiel reflejo de Jesucristo su fundador.

Como bien nos dice Maritain, toda herejía tiene implícita la parte de verdad evangélica que los cristianos, con sus traiciones, terminan por esconder de los ojos del pueblo. En el caso de Lutero, nadie podría negar hoy día la justicia de su crítica a una estructura religiosa incapaz de liberarse de sus ataduras temporales, en que el Papa es factor de todas las luchas políticas de su tiempo, y donde desde el propio Colegio

de Cardenales se levanta el puñal asesino contra el sucesor de Pedro, como ocurrió con el caso del propio León X.

Tampoco, nadie podría negarle a Lutero, desde la perspectiva renovada de la Iglesia, la verdad de muchas de sus afirmaciones y su sed por volver a las Escrituras como fuente de toda revelación. Y es así como en 1970, el Cardenal Willebrands, le reconocía a los luteranos, que el Concilio Vaticano II había aceptado muchas de las exigencias "que habían sido expresadas por Martín Lutero".

Miradas las cosas así, no cabe duda que todo esfuerzo renovador y purificador debe enfrentarse con las estructuras viciadas que pretende reformar. Lo importante es saber encontrar siempre el justo término medio en que se salve la eficacia institucional con la renovación de la verdad.

Después de 450 años, la obra de Lutero es un buen signo de los riesgos que toda tarea reformadora implica. Por una parte, muchas de sus críticas y proposiciones terminaron abriéndose paso hasta convencer por su propio ingrediente de verdad. Pero, por la otra, cuatrocientos años después hayan al pueblo protestante, dividido en mil denominaciones o Iglesias, carente de conducción doctrinal clara y dejado al albur de miles de iniciativas individuales que nacen y mueren sin dejar huella en la historia. Mientras tanto, la Iglesia Católica, fuerte en su unidad, sigue acumulando sabiduría y fuerza espiritual al servicio de un mundo más humano, habiendo dejado en el pasado, como una vergüenza, los tiempos de la Inquisición y la perversión romana.

En resumen, el libro de Daniel Olivier debe ser leído, no sólo por lo ameno y lo instructivo, sino porque además está lleno de sugerencias.

C. O. V.

LAS SORPRENDENTES MEMORIAS DE BALTAZAR.

Claudio Orrego.
Ediciones Broccal - Santiago, 1974.

Los niños, los animales, algunas especies de duendes y no pocas hadas, el aire, un árbol, un rayo de sol, y hasta un tosco mineral son "entidades" sobre las cuales ha sido, es y será siempre posible construir personajes literarios que le digan al hombre las verdades del hombre. La despistada ingenuidad con que el Principito de Antoine de Saint-Exupery abrió sus labios sobre este planeta tan distinto al suyo, es quizá el primer recuerdo-ejemplo que acude a nuestra memoria al escribir estas líneas; y la conciente verborrea de Juan Sebastián Gaviota es, por otros motivos, un ejemplo no ejemplar del género sobre el tapete.

Este género solicita, cuando no exige, del autor, el trabajo delicado de lo sugerente, candor, algún understatement, cierto ángel que es más de la poesía que de la prosa, una verdad o más de una, amor, una estructura interna, atmósfera, que haga verosímil lo inverosímil, y otras cosas.

Ahora bien, Claudio Orrego nos entrega un emotivo oso prisionero, hablante y reflexivo, que desde su encierro en el zoológico contempla al mundo de los humanos, palpándolo tangencialmente a través de trazos de relaciones, (con una niña pobre, con un veterinario, con un guardia malo), alterna algunas evocaciones de su mundo original; contrapunto que le permite realzar la bondad natural de sus iguales y su simplicidad,

sobre las complejidades y extravío de los humanos. A medida que la historia avanza el oso va descubriendo las posibilidades y el valor de la libertad interior, a la vez que salva su juicio sobre los hombres al intuir, y ocasionalmente comprobar, en éstos la facultad de amar, osuna facultad a flor de piel, que él desea con sincero fervor que el hombre haga suya rescatándola desde su propio corazón.

El lenguaje de esta obra es extremadamente simple y, salvo excepciones, las frases son de corta extensión de modo que su contenido se asimila en transcurso de tratos breves y concisos. Las ideas de bondad, justicia, piedad y otras del espectro moral, fluyen con accesibilidad demasiado fácil.

Asombra que este autor no haya sentido en el pasado una tentación irrefrenable por escribir cuentos para niños. "Las sorprendentes memorias de Baltazar" no constituye un cuento para niños, y se queda a medio camino en su trayecto hacia el estrato de las obras cándido-inteligentes. Este es un libro con intención; quiere decir y dice lo que se propone. Estimamos, sin embargo, que desde un punto de vista literario, el repertorio de ideas que contiene se encuentra con demasiada frecuencia conjugado de manera del todo explícita. Las ideas, entonces, "salen" del oso Baltazar cortando el puente de magia (por así designar la condición fabulosa implícita en un animal-persona) en que se sustenta el clima de maravilla necesario en un trabajo de esta naturaleza.

Orrego acierta en la decantación de su estilo hasta el punto de lograr, a través del mecanismo de su lenguaje, una sencillez y pureza que lo dejan de pie al borde mismo del territorio de la prosa poética. Si bien a veces pisa el otro lado del límite, se echa de menos un envión que, sin timideces, le cristalice el decir más allá del decir solamente.

José Luis Rosasco

Tres poemas de Francisco Medina Cárdenas.
Chileno. 26 años.

Sol invisible

I

*El hombre sueña entre éxtasis y cabellos dulces;
la magia profunda marca tu pupila ciega
en una bella fusión de aceite, aliento y agua,
y cenizas que clavan la oxidada médula.*

II

*El hombre sueña entre ángeles de sonrisas azules.
Pulsan los nitratos los cimientos de las arterias piedra
y se escucha el húmedo reloj de las agujas.
Un pedazo de lágrima salta sobre espejos
solitarios, anillos verdes, oscuros y algo extraños.*

III

*El hombre sueña entre trompetas que nacen del viento,
resuena el grito astral del crepúsculo;
pero aún no concluye: signos, amor, teorema de huesos;
cambia el labio solitario por un párpado de luna.*

IV

*El hombre sueña infinitos entre soles invisibles:
cadenas del recuerdo, constelaciones de madreporas,
cántico de estrellas repleto de pupilas rojas
que junta encima de sus cansados brazos blancos.*

V

*El hombre siempre sueña leyendas dulces
que el destino despedaza, martillando
la corola y el barro amargo queda.*

VI

*El hombre sueña imágenes y pájaros de humo,
es un torrente de fuego que fluye;
como guitarra desbocada,
del cabello solar hacia los conductos del agua,
lenguas de herméticos ritos y sexo
que empuja violentas cenizas.*

El corazón del Poeta

*La sangre del cuerpo
destella
melancolía viva
por los orificios de los ojos,
por las potencialidades
de las venas
de piedra amarilla,
por el golpe continuo
de los zapatos cansados,
por el letargo
de la boca seca.*

*La vida
pisada lejana
El ojo
pupila de tierra
Las manos
papeles de humo
La boca
dibujo olvidado
El alma
celda entreabierta
La rodilla
polvo viajero
Los huesos
cruces de acero
La risa
cuerpo flexible
El pecho
herida inconclusa
La lengua
lamento pequeño
La poesía
fuego innato
El corazón
solitario camino
La tristeza
ruido del viento*

*¡Su accionada vida
se desploma en la piedra,
llega el silencio!*

Lamento de Sangre

I

*La lluvia cae entre racimos de barro, claman
las piedras y lloran los huesos blancos del hombre.
¡Pobreza!*

*Cruces calientes deforman los ojos
de una mujer que mira, no entiende
aquella saliva del cielo, dime
¿por qué siempre el dolor?
Ella. Pan. Pedazo de azúcar. Elia. Relámpago
tras la quieta bisagra del mundo de espejos.
Ella. Sombra. Ella. Alma infinita*

II

*Escucha el lamento. Son los oídos
de los caminos; pero los hombres
se tragan billetes y la conciencia, todo.
¡Ay qué dolor!
No entienden al pueblo, aquellos latidos
celestes que llenan las calles
en medio de lenguas de fuego.
Tienen pupilas de niebla, una triste pestaña
de almíbar; pero arrojan pedazos de rabia
y hartos puños de agujas
porque demonios oscuros danzan sus huesos,
como navajas, en clásicas tumbas de sexos
que aplasta el zapato.
Escucha el lamento entre sangre de infierno.*

III

*¿Por qué aún no tienen tambores azules?
No quieren los ceros que humillan adentro,
denigran su espíritu tierno y endurece muchas ideas.
¡Basta ya comediantes, payasos de plomo!
¡Lamento de sangre es la pobreza!
Canto de arcángel y mucho horizonte,
ése es su sueño.
Llenarles las venas con tierra y profunda alegría,
montones de flores y vientos astrales
y fuego amoroso y harta arena en la boca.*

IV

*¡Oh lluvia que caes entre racimos de barro!
Sollozan los hombres y las abejas. Es ella,
aún nos sonríe, conoce su breve destino.
¡Oh lluvia que caes entre racimos de barro!
¡Detiene esta cruda agonía!
Muchos martillos y grises dibujos
trituran el universo del niño.
Ella se apaga la estrella que lleva dentro del pecho,
no llora. El agua corre. Ella. La sombra
del mundo está quieta. Silencio.*

I

LA RECONCILIACION, CAMINO HACIA LA PAZ

Mensaje de Pablo VI para la celebración
de la "Jornada mundial de la Paz",
1º de enero de 1975

A todos los hombres de buena voluntad. He aquí nuestro Mensaje para el año 1975. Todos lo conocéis: Hermanos, hagamos la paz. Nuestro mensaje es muy sencillo, pero tan serio y exigente a la vez que pudiera parecer ofensivo: ¿no existe ya la paz? ¿Qué más se puede añadir a lo que ya se ha hecho y se está haciendo en favor de la paz? La historia de la humanidad ¿no está caminando, por sus propios medios, hacia la paz universal?

Sí, así es; o mejor, así lo parece. Pero la paz debe ser "hecha", debe ser engendrada y producida continuamente; es el resultado de un equilibrio inestable que sólo el movimiento puede asegurar. Las mismas instituciones que en el orden jurídico y en el concierto internacional tienen la función y el mérito de proclamar y de conservar la paz alcanzan su providencial finalidad cuando están continuamente en acción, cuando en todo momento saben engendrar la paz, hacer la paz.

Esta necesidad brota principalmente del devenir humano, del incesante proceso evolutivo de la humanidad. Los hombres suceden a los hombres, las generaciones a las generaciones. Aunque no se verificase ningún cambio en las situaciones jurídicas e históricas existentes, sería en todo caso necesaria una obra siempre *in fieri* para educar a la humanidad a permanecer fiel a los derechos fundamentales de la sociedad: éstos tienen que permanecer y guiarán la historia durante un tiempo indefinido, a condición de que los hombres que cambian, y los jóvenes que vienen a ocupar el puesto de los ancianos que desaparecen, sean educados sin cesar en la disciplina del orden que tutela el bien común y en el ideal de la paz. En este sentido, hacer la paz significa educar para la paz. Y no es una empresa pequeña ni tampoco fácil.

Pero todos sabemos que en la escena de la historia no cambian únicamente los hombres. Lo hacen también las cosas, es decir, las cuestiones, de cuya equilibrada solución depende la convivencia pacífica entre los hombres. Nadie puede sostener que hoy en día la organización de la sociedad civil y del contexto internacional es perfecta. Quedan todavía potencialmente abiertos muchos, muchísimos problemas; quedan los de ayer y surgen los de hoy; mañana brotarán otros nuevos, y todos esperan una solución. Esta solución, afirmamos, no puede ni debe venir de conflictos egoístas o violentos, y tanto menos de guerras sangrientas entre los hombres. Lo han dicho hombres sabios, estudiosos de la historia de los pueblos. Nos también, inermes en medio de las rivalidades del mundo,

pero fortalecido por la palabra divina, lo hemos dicho: todos los hombres son hermanos. Finalmente, la civilización entera ha admitido este principio fundamental. Por lo tanto, si los hombres son hermanos, pero surgen todavía entre ellos nuevas causas de conflicto, es necesario que la paz se convierta en una realidad operante y orientadora. Hay que hacer la paz, hay que producirla, hay que inventarla, hay que crearla con ingenio siempre vigilante, con voluntad siempre nueva e incansable. Por eso estamos todos persuadidos del principio que informa la sociedad contemporánea: la paz no puede ser ni pasiva ni opresiva; debe ser inventiva, preventiva, operativa.

Vemos con satisfacción que estos criterios orientadores de la vida colectiva en el mundo son universalmente reconocidos hoy día, al menos en línea de principio. De ahí que nos sintamos en el deber de dar las gracias, de hacer el elogio, de animar a los hombres responsables y a las instituciones destinadas actualmente a promover la paz en la tierra por haber escogido, como primer artículo de su programa de acción, este axioma fundamental: sólo la paz engendra la paz.

Dejadnos pues, hombres todos, repetir de manera profética el mensaje del reciente Concilio Ecuménico, hasta los confines del horizonte: "Debemos empeñarnos con todas nuestras fuerzas a preparar una época en que, por acuerdo de las naciones, pueda prohibirse absolutamente cualquier tipo de recurso a la guerra... la paz ha de nacer de la mutua confianza de los pueblos y no debe ser impuesta a las naciones por el terror de las armas".

"...Los que gobiernan a los pueblos, que son garantes del bien común de la propia nación y al mismo tiempo promotores del bien de todo el mundo, dependen enormemente de las opiniones y de los sentimientos de las multitudes. Nada les aprovecha trabajar en la construcción de la paz mientras los sentimientos de hostilidad, de menosprecio y de desconfianza, los odios raciales y las ideologías obstinadas, dividen a los hombres y los enfrentan entre sí. Es de suma urgencia proceder a una renovación en la educación de la mentalidad y a una nueva orientación en la opinión pública".

"Los que se entregan a la tarea de la educación, principalmente de la juventud, o forman la opinión pública, tengan como gravísima obligación la preocupación de formar las mentes de todos en nuevos sentimientos pacíficos".

"Tenemos todos que cambiar nuestros corazones, con los ojos puestos en el orbe entero y en aquellos trabajos que todos juntos podemos llevar a cabo para que nuestra generación mejore" (Constitución *Gaudium et spes*, 82).

Y es precisamente con vistas a esto por lo que nuestro mensaje se despliega en torno a su punto característico e inspirador, afirmando que la paz en tanto vale en cuanto aspira a ser interior antes de ser exterior. Hay que desarmar los espíritus, si es que queremos impedir de manera eficaz el recurso a las armas que hieren los cuerpos. Hay que proporcionar a la paz, es decir, a todos los hombres, las raíces espirituales de una forma común de pensar y de amar: No basta, escribe Agustín, maestro ideador de una Ciudad nueva, no basta para asociar a los hombres entre sí la identidad de naturaleza; se hace necesario enseñarles a hablar un mismo lenguaje, es decir, a comprenderse, a poseer una cultura común, a compartir los mismos sentimientos: de lo contrario el "hombre preferirá encontrarse con su perro antes que con un hombre extraño" (cf. *De Civitate Dei*, XIX, VII: PL 41, 634).

Esta interiorización de la paz es auténtico humanismo, verdadera civilización. Afortunadamente está ya en camino. Madura con el progreso del mundo. Halla su poder de persuasión en las dimensiones universales de las relaciones de toda clase que los hombres están estableciendo entre sí. Es una labor lenta y complicada, pero que, por muchas razones, se impone por sí misma: el mundo camina hacia la unidad. Sin embargo, no podemos hacernos ilusiones: al mismo tiempo que la pacífica concordia entre los hombres se va difundiendo — a través del progresivo descubrimiento de la función complementaria e interdependiente de los países; de los intercambios comerciales; de la difusión de una misma visión del hombre, por lo demás siempre respetuosa de la originalidad y de lo específico de las diversas culturas; a través de la facilidad de los viajes y de los medios de comunicación social, etc—, debemos notar que en la actualidad se van consolidando nuevas formas de recelosos nacionalismos cerrados en sus manifestaciones, de toscas rivalidades basadas en la raza, la lengua, la tradición; hemos de notar también que permanecen situaciones tristísimas de miseria y de hambre, surgen potentes expresiones económicas multinacionales, cargadas de antagonismos egoístas; se organizan socialmente ideologías exclusivistas y dominadoras; hacen su explosión conflictos territoriales con impresionante facilidad; y sobre todo las armas mortíferas, capaces de producir destrucciones catastróficas, aumentan en número y en potencia, imponiendo de este modo al terror el nombre de paz. Sí, el mundo camina hacia su unidad, pero a la vez aumentan terroríficas hipótesis que proyectan un horizonte con mayor posibilidad, mayor facilidad, mayor peligro de choques fatales que, bajo ciertos aspectos, se consideran inevitables y necesarios, como si los reclamara la justicia. ¿Llegará un día en que la justicia no sea hermana de la paz, sino de la guerra? (cf. San Agustín, *ib.*).

No jugamos a las utopías, ya sean optimistas o pesimistas. Queremos atenernos a la realidad; la cual, con esa fenomenología de esperanza ilusoria y de lamentable desesperación, nos advierte una vez más que algo no funciona bien en la máquina monumental de nuestra civilización; ésta podría explotar en una indescriptible conflagración por un defecto en su construcción. Decimos defecto y no falta; es decir, el defecto del coeficiente espiritual, que sin embargo admitimos que está ya presente y operante en la economía general del pacífico desarrollo de la historia contemporánea y que es digno de todo favorable reconocimiento y aliento; ¿no hemos asignado a la UNESCO nuestro premio que lleva el nombre del Papa Juan XXIII, autor de la encíclica **Pacem in terris?**

Pero nos atrevemos a decir que hay que hacer más, hay que valorizar y aplicar el coeficiente espiritual de tal forma que resulte capaz no sólo de impedir los conflictos entre los hombres y de predisponerlos a sentimientos pacíficos y civiles, sino también de producir la reconciliación entre los mismos hombres, es decir, de engendrar la paz. No basta reprimir las guerras, suspender las luchas, imponer treguas y armisticios, definir confines y relaciones, crear fuentes de intereses comunes, paralizar las hipótesis de contiendas radicales mediante el terror de inauditas destrucciones y sufrimientos; no basta una paz impuesta, una paz utilitaria y provisoria; hay que tender a una paz amada, libre, fraterna, es decir, fundada en la reconciliación de los ánimos.

La sabemos que es difícil; más difícil que cualquier otro método, pero no es imposible; no es pura fantasía. Nuestra confianza está puesta

en una bondad fundamental de los hombres y de los pueblos. Dios ha hecho saludables las generaciones (**Sab** 1, 14). El esfuerzo inteligente y perseverante por la mutua comprensión de los hombres, de las clases sociales, de las ciudades, de los pueblos, de las civilizaciones entre sí, no es estéril.

Nos alegramos, de manera especial en vísperas del Año Internacional de la Mujer, proclamado por las Naciones Unidas, de la participación cada vez más amplia de las mujeres en la vida de la sociedad, a la que ofrecen una aportación específica de gran valor, gracias a las cualidades con que Dios las ha adornado: intuición, creatividad, sensibilidad, sentido de piedad y de compasión, amplia capacidad de comprensión y de amor permiten a la mujer ser, de manera muy particular, artífice de la reconciliación dentro de las familias y de la sociedad.

Asimismo, es para Nos motivo de especial satisfacción el poder comprobar que la educación de los jóvenes para una nueva mentalidad universal de la convivencia humana, mentalidad no escéptica, no vil, no inepta, no olvidadiza de la justicia, sino generosa y amorosa, ha comenzado ya y ha hecho progresos; posee imprevisibles recursos para la reconciliación y ésta puede indicar el camino de la paz, en la verdad, en el honor, en la justicia, en el amor, y por tanto en la estabilidad y en la nueva historia de la humanidad.

¡Reconciliación! Hombres jóvenes, hombres fuertes, hombres responsables, hombres libres, hombres buenos: pensáis en ella? ¿No podrá esta mágica palabra entrar en el diccionario de vuestras esperanzas, de vuestros éxitos?

Este, éste es para vosotros nuestro mensaje de esperanza: ¡la reconciliación es el camino hacia la paz!

¡Para vosotros, hombres de Iglesia! ¡Hermanos en el episcopado, sacerdotes, religiosos y religiosas! Para vosotros, miembros de nuestro laicado y fieles todos!

El mensaje sobre la reconciliación como camino hacia la paz exige un complemento, por más que esto vosotros ya lo sabéis y lo tenéis presente.

No es sólo una parte integrante, sino esencial de nuestro mensaje, como sabéis. Porque nos recuerda a todos que la primera e indispensable reconciliación que hay que conseguir es la reconciliación con Dios. Para nosotros, los creyentes, no puede haber otro camino hacia la paz distinto de éste: es más, en la definición de nuestra salvación coinciden reconciliación con Dios y paz nuestra, la una es causa de la otra. Esta es la obra de Cristo. El ha reparado la ruptura que produce el pecado en nuestras relaciones vitales con Dios. Recordemos a este respecto, entre otras, aquellas palabras de San Pablo: "Todo es de Dios que nos ha reconciliado con El por medio de Cristo" (**II Cor.**, 5, 18).

El Año Santo que estamos para comenzar quiere suscitar nuestro interés por esta primera y feliz reconciliación: Cristo es la paz; El es el principio de la reconciliación en la unidad de su Cuerpo místico cf. **Ef** 2, 14-16). A 10 años de la conclusión del Concilio Vaticano II haríamos bien en meditar más profundamente el sentido teológico y eclesiológico de estas verdades básicas de nuestra fe y de nuestra vida cristiana.

De ahí, una consecuencia lógica y obligada, y al mismo tiempo fácil, si de veras estamos en Cristo: debemos perfeccionar el sentido de nuestra unidad; unidad **en la Iglesia**, unidad **de la Iglesia**, comunión mis-

tica constitutiva la primera (cf. **I Cor I**, 10; 12, 12-27); restauración ecuménica de la unidad entre todos los cristianos la segunda (cf. Decreto Conciliar **Unitatis redintegratio**); una y otra exigen una propia reconciliación que debe aportar a la colectividad cristiana aquella paz que es un fruto del Espíritu, consiguiendo a la caridad y a su gozo (cf. **Gál. 5, 22**).

También en estos campos debemos "hacer la paz". Llegará ciertamente a vuestras manos el texto de nuestra "**Exhortación sobre la reconciliación dentro de la Iglesia**", publicada en estos días; os pedimos en nombre de Jesucristo que meditéis este documento y que saquéis propósitos de reconciliación y de paz. Que nadie piense en eludir esta indeclinable exigencia de la comunión con Cristo, la reconciliación y la paz, aferrándose a sus habituales posturas de contestación para con la Iglesia; procuremos por el contrario que todos y cada uno den una nueva y leal contribución a esta filial, humilde, positiva edificación de este Iglesia suya. ¿No recordaremos las postreras palabras del Señor, como apología de su Evangelio: "Para que alcancen la unidad perfecta; y conozca el mundo que Tú me enviaste" (**Jn.**, 17, 25)? ¿No tendremos el gozo de ver a los hermanos resentidos y lejanos que vuelven a la antigua y gozosa concordia?

Deberíamos orar para que este Año Santo dé a la Iglesia católica la inefable experiencia de la restauración de la unidad de algún grupo de hermanos, tan próximos ya al único rebaño, pero que titubean aún a traspasar el umbral. Y oraremos por los seguidores sinceros de otras religiones para que se desarrolle el amistoso diálogo iniciado con ellos y para que juntos podamos colaborar por la paz mundial.

Y ante todo deberemos pedir a Dios para nosotros mismos humildad y amor, con el fin de dar a la profesión límpida y constante de nuestra fe la virtud atrayente de la reconciliación y el carisma fortalecedor y grandioso de la paz.

Y terminamos con este saludo de bendición: "la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (**Fil.**, 4, 7).

Vaticano, 8 de diciembre de 1974. — **Paulus PP. VI**

II

LOS CRISTIANOS EN LA VIDA SOCIAL Y POLITICA

CARTA PASTORAL DEL EPISCOPADO PORTUGUES

Introducción

1. Sensibles a las llamadas que de todas partes se nos dirigen y a la obligación de darles una respuesta, juzgamos llegada la oportunidad de decir una palabra de orientación en este momento de profundos cambios en la vida del pueblo portugués.

En calidad de pastores colocados al frente de las Iglesias que peregrinan por las tierras de Portugal, dirigimos esta carta especialmente a los sacerdotes, religiosos y laicos de nuestras diócesis. Pero la ofrecemos también de buen grado a los demás portugueses de buena voluntad, deseosos de saber cuál es el pensamiento de los obispos y qué es lo que proponen a los cristianos en la presente coyuntura de la vida nacional.

CONTRIBUCION DE LOS CRISTIANOS A LA VIDA SOCIAL

2. A este comprensible deseo podemos responder ya desde ahora que los cristianos tienen una contribución propia que aportar a la construcción de la ciudad humana, además de la que tienen en común con los restantes ciudadanos y que han de dar de forma ejemplar. Se trata del servicio de iluminación evangélica y de animación cristiana del orden temporal.

Dicho servicio forma parte de la misión de la Iglesia de salvar a todos los hombres o, lo que es lo mismo, de anunciarles el admirable proyecto de vida que Dios les ofrece —hacerlos hijos suyos y herederos de la Patria celeste—, proporcionándoles al mismo tiempo los medios necesarios para su plena realización.

Esta salvación la llevó radicalmente a cabo Jesucristo que, siendo Hijo de Dios, se hizo hombre para revelar a los hombres los designios del Padre, para liberarlos del pecado que se les opone y para enseñarles el camino de comunión de amor y de vida que los realiza. La Iglesia, comunidad de los hijos de Dios y sacramento

universal de salvación, proyecta en el tiempo y en el espacio la obra salvífica de Cristo.

Aunque centrada en el hombre, ya que se dirige a todos los hombres y abarca todo el hombre —con sus solidaridades y situaciones— la salvación se extiende también, como consecuencia natural, al mundo en que los hombres viven y se integran.

En la construcción de este mundo no puede perderse de vista el proyecto de Dios para con los hombres, ni despreciar las potencialidades que la fe y la caridad despierten en los cristianos, poniéndolos al servicio de las más altas expresiones de la verdad, de la justicia, de la fraternidad y de la paz.

Tener presentes las perspectivas del plan divino en la concepción de los proyectos humanos e infundir en la vida social las energías propias de la vida cristiana: he ahí el papel específico que los católicos portugueses pueden y deben desempeñar, en esta hora llena de promesas y riesgos, para asegurar al país un futuro verdaderamente humano.

OBJETIVO DE LA PRESENTE CARTA PASTORAL

3. La presente Carta pastoral se propone servir de ayuda a una lectura cristiana de los últimos acontecimientos de la vida portuguesa. Es importante someterlos a juicio según los valores del Evangelio y descubrir los compromisos que debe asumir cada cristiano portugués como consecuencia de su vocación de hombre y de bautizado.

Para la reflexión que proponemos, indicamos algunos puntos y esbozamos algunas líneas de pensamiento y de conducta. Compete sobre todo a los laicos, individualmente o en grupo, hacerla con seriedad y a partir de ella, tomar las resoluciones que los lleven a la necesaria acción.

Recordamos de nuevo palabras repetidas en documentos del Magisterio (**Populorum progressio, 81; Octogesima adveniens, 48**): "Los laicos deben asumir como tarea propia la renovación del orden

temporal. Si el papel de la jerarquía consiste en enseñar e interpretar auténticamente los principios morales a seguir en este campo, es propio de los laicos, por iniciativa propia y sin esperar pasivamente órdenes y directrices, imbuir de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida".

4. Después de considerar, en la primera parte, algunos aspectos más significativos de la actualidad nacional, trataremos, en las dos restantes, sobre el concepto cristiano de democracia y sobre los criterios a seguir en las opciones políticas que las nuevas circunstancias invitan a tomar.

I. El momento actual de la vida portuguesa.

5. El movimiento del 25 de abril puso fin a un régimen político de casi medio siglo y abrió al pueblo portugués la posibilidad de un futuro marcado por el ideal democrático.

Liberadas o despiertas un buen número de fuerzas, la vida de los portugueses, especialmente en los grandes centros urbanos, entró en un período de tal efervescencia que hace casi imposible seguir los acontecimientos de cada día. Faltan tiempo y serenidad para reflexionar sobre lo que sucede y descubrir su significado real. Pero es necesario hacerlo. Y nuestra primera llamada a los cristianos es para pedirles que no se limiten a dejarse llevar por el curso de los acontecimientos, sino que, con un esfuerzo de observación juiciosa y lúcida, procuren ver en qué medida son signos de los tiempos apuntando hacia rumbos que deban explorarse.

A) Situar este momento en la historia.

6. Como ya dábamos a entender en el breve comunicado del 26 de abril, lo que acontece en el país es demasiado importante como para limitarse a observarlo al simple nivel de los hechos episódicos que llenan diariamente las columnas de los periódicos y los noticiarios de la radio y de la televisión.

Conviene, ciertamente, hacer un cuidadoso análisis de los más significativos. Más adelante nos detendremos en algunos. Pero una correcta valoración de la hora actual implica considerarla desde más atrás, situándola en una perspectiva histórica, indispensable para medir su importancia relativa y detectar sus dinamismos profundos.

EL FINAL DE LOS PERIODOS HISTORICOS

7. Bajo esta luz comienza a tomarse conciencia de que el momento presente de la vida nacional encierra, a la vez, dos períodos históricos: el período de medio siglo —corto si se compara con la vida de la nación pero largo si se tienen en cuenta los individuos— dominado por el régimen autoritario ahora derribado, y el período que abarca más de cinco siglos —el cual sobrepasa la mitad de la historia patria, viva en los estratos más profundos de la memoria popular— que tuvo su origen en la epopeya marítima.

El alma del pueblo, con sus criterios y sentimientos, no puede reaccionar de igual manera al final de ambos períodos de su historia y es conveniente distinguirlos a pesar de los lazos circunstanciales y, hasta cierto punto causales, que los ligan en la fase final.

8. El primer período, de mayo de 1926 a abril de 1974, hay quien lo interpreta como resultado de un doble accidente en la ruta histórica del pueblo portugués: una experiencia democrática con malos resultados que duró cerca de un siglo, seguida de la institución de un régimen que, acogido en la inminencia de una crisis colectiva como régimen de salvación y renovación nacional, no consiguió escapar completamente a la seducción de los modelos totalitarios que estaban creciendo en prestigio en la Europa de aquel tiempo.

Sería injusto omitir lo positivo que el país le debe, como lo negativo que de él heredó. Que los portugueses, atentos a las lecciones del pasado, impidan la repetición de accidentes de este tipo.

Sin querer adelantar juicios que pertenecen a la historia, nos limitaremos a hacer una rápida referencia a la posición del régimen cesante de cara a Ultramar, por sus incidencias en la forma en que está cerrándose el segundo de los períodos que examinamos.

9. En el clima de exaltación nacionalista que tuvo lugar durante los primeros años de ese régimen, volvió a resurgir el sueño del imperio. Se acogieron con especial agrado la Exposición Colonial (Oporto, 1934) y la del Mundo Portugués (Lisboa, 1940), integrada ésta en las celebraciones del Doble Centenario de la Fundación y Restauración de Portugal. Al pueblo le gusta contemplarse en las glorias de su historia y tiene razón para ello. Pero lo que más importa es que no pierda el sentido de su marcha. Y el futuro se encargará

de decir si la política centralista, adoptada ya anteriormente en diversas ocasiones y repetida por los nuevos gobernantes, no fue contra la corriente que, desde hacía largo tiempo, abogaba, sin usar la palabra, por una descolonización lenta pero progresiva.

Sin minusvalorar el salto de progreso verificado especialmente en el curso de los últimos años, pero sin dejar de tener igualmente en cuenta la deficiente promoción cultural, social y política de las poblaciones locales que lo acompañó, puede preguntarse si esa política no habrá constituido un obstáculo en el proceso natural de evolución del Ultramar, precisamente en una situación en que las circunstancias exigían su aceleración.

Sea como fuere, la situación a que se llegó es, en buena parte, el punto de arranque de las dificultades actuales y de una cierta sensación de fracaso en aquello mismo que debería ser el broche de oro de medio milenio de historia nacional.

Dios quiera que se encuentre pronto la solución digna y justa de tan ingente y complejo problema del Ultramar y que se instaure en todo él la verdadera paz que todos deseamos. Que el Señor, que sabe sacar bien del mal, haga surgir de los errores de los hombres y de la historia un futuro prometedor para los pueblos a quienes Portugal quiso dar, en partida sincera, su propia alma.

POSTURA DE LA IGLESIA

10. En los dos períodos a que hemos hecho alusión, la Iglesia mantuvo una presencia encarnada, que le es connatural, aun con todos los riesgos inherentes.

Nadie desconoce cómo vivió de cerca la gesta marítima, empeñada a fondo en una actividad misionera y civilizadora que, a despecho de todas las sombras que puedan oscurecerla, quedó como una de sus más bellas realizaciones.

Como continuación de esa actividad y en un momento en que se prevé un nuevo estatuto para los territorios ultramarinos, afirmamos la determinación de mantener y fomentar los lazos de cordial fraternidad entre las Iglesias metropolitanas y las jóvenes Iglesias ya creadas o que lo serán en el futuro, con intercambio de servicios y experiencias o en forma de ayuda personal y material, de acuerdo con las necesidades y posibilidades de cada una.

Y hacemos un llamamiento al pueblo cristiano para que continúe viendo en la actividad misionera una obligación que vincula a toda la Iglesia y se

disponga a responder con redoblado celo a las futuras necesidades de las diócesis de Ultramar.

11. Como se sabe, el período del último medio siglo sucedió a tiempos difíciles para la Iglesia en Portugal. Ella no podía dejarse de alegrar con la libertad, el orden y la seguridad que el nuevo régimen prometía. Correlaciones y coincidencias de diversos órdenes ocasionaron una evolución paralela de la Iglesia y del Estado en algunos aspectos. Las relaciones entre ambos discurrieron, durante casi todo el período, en un clima de entendimiento, sin perjuicio de una clara distinción de sus respectivas competencias, es decir, en términos que es de desear continúen sustancialmente en vigor.

12. La Iglesia no dejó de sufrir por las deficiencias del régimen y tiene conciencia de haber contribuido a disminuirlas. Si no siempre los denunció públicamente o del modo querido por algunos, lo hizo muchas veces mediante diligencias directas, en la forma que estimó más oportuna o eficaz, dentro de unos condicionamientos que no han sido únicos, en la historia moderna de Europa.

Por ello acepta que, tanto a nivel de jerarquía como de laicado, puedan pesar sobre ella responsabilidades por errores cometidos o participados. Negarlo sería desconocer que, aunque el Espíritu de Dios la conduce y anima con indefectible asistencia, se compone de hombres, sujetos a las vicisitudes y limitaciones de la condición terrena. En consecuencia tiene siempre presente la invitación evangélica a la penitencia que le compete escuchar y pedir; y quiere entenderla en el doble sentido de conversión personal de sus miembros a una vida cristiana cada día más perfecta y de renovación de las estructuras y actuaciones pastorales que, a la luz del Concilio, se hicieran necesarias para el cabal desempeño de su misión.

B) HACER LA CRITICA DE LOS ACONTECIMIENTOS.

13. La perspectiva histórica nos ayuda, como hemos dicho, a relativizar los acontecimientos y a detectar los dinamismos profundos que tienden a orientarlos en determinadas direcciones. Pero ello no dispensa de una observación crítica de los hechos, que, aparte de los valores que descubre en ellos, permite detectar igualmente, en su fuerza evolutiva, dinamismos, acaso nuevos, que pueden cambiar el curso de la historia. Y nos encontramos en tiempos de grandes cambios. Por otro

lado, son los sucesos cotidianos los que más despiertan la atención de todos. Sobran, por tanto, razones para no dispensarnos de valorarlos.

LUCES Y SOMBRAS

14. En primer lugar, es indudable que el movimiento del 25 de abril se llevó a cabo bajo el signo de la liberación. Operó una revolución sin derramamiento de sangre, proclamó el acceso a las libertades cívicas, reintegró a la comunidad presos y exiliados políticos, despertó nuevas esperanzas en amplios sectores deprimidos de la población y desarmó el ostracismo a que gran parte del mundo nos condenaba; y, además de estas cosas, prometió un Portugal nuevo a construir por todos los portugueses sobre las bases democráticas. En todo ello se encuentran valores evangélicos con los que nadie dejará de congratularse.

15. Pero no todo es luz en este panorama. A oscurecerlo contribuyen los abusos de libertad, los oportunismos, la demagogia, las venganzas o, incluso, las persecuciones. Tampoco faltan manchas que ensombrecen sectores tan importantes como la información, las relaciones laborales o la vida escolar. Continúan llegándonos quejas y protestas de presos en espera de juicio, de víctimas de "purgas" arbitrarias, de personas y hasta de sectores de la población que denuncian o temen ultrajes a sus derechos. Y son de dominio general los abusos de grupos extremistas. A la vez que una justa alegría, se vive también, en el Portugal de hoy, la experiencia de la perplejidad y de la inseguridad.

Con todo, no queremos sobrevalorar estos aspectos sombríos, ya que, en parte, son resultado del condicionamiento propio de la fase transitoria de la mutación social en que nos encontramos. Confiamos que, a la turbación que la caracteriza, sucederá el tiempo clarificador de la sedimentación de las ideas y de los valores. Y tenemos la esperanza de que prevalezcan los mejores.

PROBLEMAS GRAVES DE ESTE MOMENTO

16. Además de lo bueno que trajo la revolución de abril y de los males que siempre acompañan a la instauración de la libertad, no podemos olvidar los problemas con que se enfrenta el país en el momento actual. Basta enumerar los principales para hacerse una idea de su naturaleza y

de su magnitud: el destino del Ultramar, la reestructuración política del país y el peligro de una crisis económico-social.

El peso de sus consecuencias, como la responsabilidad de su solución, recaen, no solamente sobre los gobernantes, sino sobre la nación entera. Cada individuo portugués debe contribuir con realismo, clarividencia, buen sentido, coraje y generosidad a la ingente tarea de afrontar y resolver tan grandes problemas.

Sobre el problema ultramarino ya hemos dicho algo anteriormente. Sobre los dos restantes, haremos a continuación algunas consideraciones.

LA REESTRUCTURACION POLITICA DEL PAIS

17. La reestructuración política del país ha de entenderse en un sentido muy amplio. No solamente está en juego la forma de gobierno. Se trata de reconstruir la vida política, social, económica y cultural portuguesa de acuerdo con nuevos modelos que tienen el deber, entretanto, de huir de la seducción de reducirse a figurines extraños a nuestra realidad. Para llevarlo a cabo se preconiza la vida democrática y no pensamos que haya de seguirse otro camino siempre que por ella entienda, como proponemos más adelante, la que da a cada ciudadano la oportunidad real de participar activa y responsablemente en la elección y realización del género de sociedad que desea.

18. Sin embargo, en sano realismo, es importante tener en cuenta el grado de practicabilidad de los procesos de esta vía. En una población de escasa iniciación política y sin experiencia democrática, los grupos minoritarios, bien entrenados en la lucha por el poder, llegan fácilmente a alcanzarlo si no encuentran contendientes de altura, y en nombre del pueblo, de la democracia o de la libertad, terminan por imponer soluciones que la mayoría no desea.

No faltan ya ejemplos de asaltos de éstos a autarquías locales, a empresas públicas y privadas, a órganos de información, a centros de enseñanza, a organismos sindicales, etc. De esta forma surgen situaciones de hecho, irregulares e incluso ilegales que, en un régimen normal, respetuoso del Derecho, los poderes públicos tienen el deber de impedir o sanar.

Su intervención no dispensa, sin embargo, del esfuerzo urgente de formación democrática de nuestro pueblo que, por otro lado, comporta los riesgos de una iniciación experimental como la que se está verificando.

EL PELIGRO DE UNA CRISIS ECONOMICO-SOCIAL

19. El tercer gran problema, con que se enfrenta en este momento el país, es el peligro de una crisis económico-social. Sin entrar en pormenores de carácter técnico, que no son de nuestra competencia, juzgamos conveniente una breve alusión a fenómenos de todos conocidos, que afectan duramente a no pocas personas, especialmente a las clases económicamente más débiles del mundo rural y del mundo obrero.

El relativo desarrollo de la economía nacional durante los últimos años no ha beneficiado proporcionalmente a los sectores menos favorecidos de la población, que se han mantenido en una situación de inferioridad injusta, agravada aún más por la inflación galopante. Consecuencia de ello son, entre otras, la acentuación de las tensiones sociales, el éxodo rural y la emigración masiva. Los contactos pastorales con los emigrantes portugueses esparcidos por el mundo, nos permiten testificar que, junto a la alegría de una cierta promoción, principalmente económica, la emigración lleva consigo amargas desilusiones, sufrimientos y tragedias.

20. A las dificultades económicas anteriores se han unido otras, provocadas por la situación presente. El clima de efervescencia a que hemos aludido, la aparición de reivindicaciones y conflictos en las empresas y la intensa actividad sindical con reuniones casi permanentes, si bien es cierto que han obtenido para algunos sectores del trabajo derechos o mejoras reclamadas, ha originado un descenso de la producción nacional de la que depende fundamentalmente la riqueza del país.

Por otra parte, el estancamiento o la quiebra de empresas, provocadas por conflictos y reivindicaciones laborales o por dificultades financieras, han originado un crecimiento del desempleo que podrá agravarse en caso de un regreso importante de emigrantes, colonos ultramarinos y militares licenciados.

Un clima de inseguridad está causando, finalmente, un peligroso estancamiento en el desarrollo económico del país, por la disminución de las inversiones nacionales y extranjeras y de la entrada de divisas de los emigrantes y turistas.

LLAMAMIENTO A LA CONCIENCIA DE LOS PORTUGUESES

21. Hacemos votos para que la vuelta de la economía a la normalidad, el acierto de las medidas tomadas y a tomar, y la entrada en juego de

nuevos recursos, puedan aclarar en poco tiempo el panorama. Pero frente a él, no podemos dejar de apelar a la conciencia cívica y a los sentimientos cristianos de los portugueses.

Que todos, poniendo generosamente el bien común por encima de los intereses particulares y poniendo armónicamente manos a la obra, eviten lo que pueda contribuir a un empeoramiento de la situación, retornen con mayor diligencia al ritmo normal de las actividades productivas y procuren, con espíritu de justicia y de caridad fraterna, ayudar a quienes, por ser más frágiles social y económicamente, hayan sido o vayan a ser las mayores víctimas de la crisis.

Recordemos especialmente a los trabajadores que, tanto sus reivindicaciones, aun cuando estén fundadas en justas aspiraciones, como el ejercicio del derecho de huelga, en sí legítimo, están condicionados por las exigencias del bien común y por las posibilidades de las empresas y de la economía nacional. Recordemos igualmente a los empresarios que las mismas exigencias del bien común hacen ilícitos los procedimientos lesivos de esa economía.

Pedimos a los poderes públicos y a las empresas la adopción de todas las medidas necesarias para la creación de nuevos puestos de trabajo y para garantizar la satisfacción de las necesidades humanas de quienes se hallan en situación de desempleo y de sus familias.

Finalmente, recomendamos a todos disciplina de vida y de trabajo y sensatez en el uso de los bienes económicos, sin las que resulta imposible la creación de riqueza y, sobre todo, su debida distribución.

Pedimos a las organizaciones católicas que se dedican al apostolado socio-caritativo que afronten con inteligencia la situación presente y le respondan con las expresiones más oportunas de una caridad creativa y celosa, en constante apelación a la justicia social.

II. El proceso cristiano de democracia.

22. Con el 25 de abril, de un día para otro, la palabra democracia adquirió entre nosotros una vigencia comparable a la que tuvo al final de la guerra de 1939-1945 en una Europa que se liberaba del nazismo. La oímos hoy, pronunciada en tono eufórico por mucha gente; y si en boca de la mayoría no tiene más que un significado emocional y vago, en otros expresa o encierra concepciones bien diversas, por no decir antagónicas. Y es que hay democracia y democracia.

LA DEMOCRACIA SEGUN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

23. Ya a fines del siglo pasado, en otro brote de euforia democrática, León XIII distinguía democracia liberal, democracia socialista y democracia cristiana, entendiéndolas en sentidos que hicieron ya su tiempo.

En el célebre radiomensaje de Navidad de 1944, cercano ya el fin de la guerra, Pío XII, con flagrante oportunidad, nos dejó una lección de maestro, rebosante todavía de actualidad, sobre el concepto cristiano de democracia.

Más recientemente, en un tiempo en que la democracia dejó de ser objeto de polémica, los documentos de los dos últimos Papas, del Vaticano II y del Sínodo de los Obispos casi olvidan la palabra, pero sin dejar, por eso, de profundizar su contenido en la doble dirección de los derechos humanos y de la participación activa en la vida de las comunidades.

Encontramos, pues, en el Magisterio de la Iglesia, abundantes y modernas enseñanzas de las que podemos deducir el concepto cristiano de democracia al que se contraponen otras concepciones, especialmente la liberal y la marxista. Pero, antes de pasar a estas enseñanzas, digamos una palabra introductoria sobre la democracia y las democracias.

QUE ES LA DEMOCRACIA

24. Es clásica esta definición: "Democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo". Sin entrar en análisis minuciosos, diremos que nadie objeta que el gobierno sea para el pueblo y que esté a su servicio y no al servicio de los gobernantes; diremos también que pocos discuten que el poder venga del pueblo, y los teólogos explican que tal concepción es perfectamente compatible con la idea del origen divino del poder.

El problema, teórico y práctico, se plantea en relación con el tercer punto: ¿cómo puede el pueblo ejercer el poder? Dejando aparte, por no viable, el ejercicio directo del poder, queda el recurso de confiar las funciones de gobierno a gobernantes que reciben del pueblo la autoridad competente.

La forma de llevarlo a cabo, la extensión de los poderes, el control de su ejercicio, las relaciones gobernantes-gobernados es lo que se encuentra concebido y realizado en términos muy diversos, en correspondencia con los diferentes

conceptos de democracia que dependen, a su vez de las ideas básicas que se tengan sobre el hombre, sobre la sociedad y, consiguientemente, sobre el Estado. Pueden reducirse a tres, de los que conviene hablar, aunque de forma muy esquemática.

EL CONCEPTO LIBERAL DE LA DEMOCRACIA

25. El primer concepto de democracia se inspira en las ideas de la Revolución Francesa, cuyas raíces se hunden en movimientos filosóficos y religiosos de los siglos anteriores. Estas ideas ponen el acento en la libertad individual como bien mayor, además de la igualdad.

En una sociedad de individuos, sin cuerpos sociales intermedios, el Estado aparece fundamentalmente con la misión de salvaguardar el ejercicio de las libertades de los ciudadanos. Su poder de iniciativa es mínimo. Esta pertenece a los ciudadanos. En un sistema de libre competencia triunfan los más hábiles y los más fuertes.

En el campo económico, este tipo de democracia favorece el capitalismo y le da base ideológica. A él se debe el rápido aumento de la riqueza, pero también su desigual distribución. Aun partiendo del principio de que todos los hombres son iguales, el culto de la libertad individual acabó por contraponer en estas democracias, por paradójico que parezca, el grupo de los muy ricos al grupo de los muy pobres.

La Iglesia, desde León XIII en la *Rerum novarum* hasta Pablo VI en la *Octogesima adveniens*, lo ha denunciado y condenado repetidamente considerándolo en la pureza de su construcción ideológica.

EL CONCEPTO MARXISTA DE LA DEMOCRACIA

26. El segundo concepto de democracia se inspira en el pensamiento marxista. Otorgando éste, como el capitalismo, la primacía a lo económico, considera que la fuente de todas las alienaciones del hombre subsistirá mientras no se llegue a la completa socialización de los medios de producción. Para conseguirlo, es preciso, en la perspectiva más ortodoxa, la conquista revolucionaria del poder, la instauración de la dictadura del proletariado y la consiguiente extinción de todas las clases.

A esta primera fase, que en la óptica de los

teorizadores no debe ser demasiado larga, sigue la fase del socialismo colectivista, durante el cual irá teniendo lugar la desaparición progresiva de las restantes alienaciones entre las que se encuentran la estatal y la religiosa. Finalmente se llega al período del comunismo, en que el hombre obtendrá la posesión definitiva y edénica de sí mismo por la reconciliación con su semejante, con la naturaleza y consigo mismo.

Las realizaciones marxistas se encuentran en la actualidad en las fases iniciales de este proceso, del que son ejemplo característico las llamadas democracias populares.

En este concepto de democracia el poder procede también del pueblo, entendiéndose aquí por pueblo el núcleo de las clases trabajadoras. De ellas surgen los militantes y los cuadros del partido, conscientes del sentido fatalístico de la historia, dispuestos a realizarlo y empeñados en el fomento de la lucha de clases. Son ellos los intérpretes más auténticos de los intereses y aspiraciones de las masas.

El partido, aparato y fuente directa del poder, se estructura en forma piramidal a partir de las células de la base. Los niveles superiores se forman con elementos del nivel inmediatamente inferior por un proceso de selección de los que mejor consiguen captar el pensamiento de su escalón. El riguroso seguimiento de este sistema de selección explica cómo, en la lógica del sistema, cuanto más alto se está en la jerarquía del partido, tanto mejor intérprete se es del pensamiento de las masas y mejor se sabe conducirlos. A éstas compete obedecer confiadamente. El partido es, evidentemente, único, y detenta toda la autoridad que ejerce en forma de gobierno dictatorial, de acuerdo con la exigencia de eficacia revolucionaria propia de la ideología marxista.

Según la Iglesia, esta doctrina es condenable no solamente por sus presupuestos materialistas y ateos, sino también por una profunda incompatibilidad entre los conceptos marxista y cristiano de democracia.

EL CONCEPTO CRISTIANO DE LA DEMOCRACIA

27. Finalmente, este concepto cristiano de democracia parte de la concepción del hombre como persona libre y responsable, con destino propio y trascendente, pero esencialmente solidario de los demás hombres. Esta solidaridad se expresa en la integración natural en grupos sociales, desde la familia hasta el Estado, pasando por la es-

cuela, la empresa, el sindicato, la Iglesia, las comunidades cívicas, etc.

En este concepto de democracia, el Estado no se limita a una función policial ni se convierte en señor omnipotente como en las democracias de los dos primeros tipos, sino que, evitando los extremos, desempeña en la vida de los hombres el importante papel de promover el bien común en el respeto de la competencia de los organismos intermedios y supliendo sus eventuales carencias. A través de órganos de diálogo y de participación, entre los que destacan los medios de comunicación social, los partidos políticos y los sindicatos, todos y cada uno de los hombres toman parte activa y responsable en los diversos estratos de la vida social.

El concepto cristiano de democracia, que brota al mismo tiempo de la vida y de afirmaciones doctrinales que la interpretan, se nos presenta con un realismo y con una verdad que no se encuentran en los otros. Por otro lado, las otras democracias, en sus realizaciones concretas, tienden en la práctica cada vez más a buscar en la concepción cristiana las formas que permitan mitigar la rigidez de sus esquemas teóricos.

PUEBLO Y MASA

28. Democracia y pueblo son realidades correlativas. En el mensaje de Navidad a que ya hemos aludido, Pío XII distingue con claridad entre pueblo y masa. "Esta, dice, es el enemigo capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad".

Continúa explicando después cómo en la masa la libertad degenera en la pretensión tiránica de dar libre curso a los impulsos y apetitos humanos, sin respetar a los demás; la igualdad degenera en una nivelación mecánica, en uniformidad de coro único. El sentimiento de honra, la actividad personal, el respeto de la tradición, la dignidad propia, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, va diluyéndose poco a poco hasta desaparecer. Solamente quedan por una parte la multitud de los engañados y, por otra, los oportunistas y los explotadores que llegaron a posiciones de privilegio o de poder no por vía democrática, sino demagógicamente, por la ruta del dinero y de la organización.

EXIGENCIAS DE UNA SANA DEMOCRACIA

29. Según la concepción cristiana, la democracia más que simple forma de gobierno de las

naciones es un sistema de vida social en el que el hombre, lejos de considerarse simple objeto o elemento pasivo, se convierte, por el contrario, en sujeto, fundamento y fin de todas las expresiones de esa vida.

Para llegar a esa democracia se necesita un cierto grado de madurez cultural y cívica en los ciudadanos. En las sociedades políticamente subdesarrolladas, la democracia es utópica; y una instauración extemporánea de los procesos democráticos degenera con facilidad en una anarquía que prepara el camino a las dictaduras.

La madurez de los ciudadanos que supone la verdadera democracia, se manifiesta en la capacidad de poseer opiniones justas, de saber expresarlas convenientemente y de hacerlas valer en conformidad con el bien común; y ello en todos los niveles de la vida comunitaria de los hombres, en los que se encontrarán estructuras de diálogo y participación normales en una sociedad democrática.

30. La verdadera democracia no sacrifica a los hombres de hoy en aras de la utopía de una sociedad futura. Tiene en cuenta primordialmente al hombre, al hombre como persona; respeta su dignidad y sus derechos; lo afronta en sus encuadramientos sociales, comenzando por la familia; sabe escucharlo en relación con los deberes y sacrificios que el bien común le exige y le llama a una participación responsable en la vida de la comunidad.

Esto exige a todas las personas un alto espíritu de servicio, servicio en la autoridad de quienes son llamados a ocupar puestos de mando y servicio de obediencia colaborante en todos; sentido de servicio que supone una fina conciencia moral y un fuerte sentido de solidaridad fraterna. En este nivel de las bases espirituales de la verdadera democracia es donde, sobre todo, la Iglesia tiene un importante papel que desempeñar en su realización.

ESPIRITU CRISTIANO DE LA SANA DEMOCRACIA

31. Un tratadista cristiano de la democracia llega a decir que "no existe espíritu democrático que no sea de inspiración evangélica o que pueda subsistir sin esa inspiración". Y, desarrollando esa idea, concluye que la vivencia de la democracia es tan exigente que es posible únicamente gracias a una inspiración y a una fe heroicas que únicamente Jesucristo puede suscitar en el mun-

do" (cf. Maritain, **Christianisme et démocratie**, pp. 55-56).

En el mismo sentido, Pío XII afirma en el mensaje anteriormente citado que "la Iglesia tiene la misión de anunciar a un mundo ávido de formas democráticas cada vez mejores y más perfectas, el más alto y necesario de sus mensajes: la dignidad del hombre y su vocación de hijo de Dios".

A la luz de estas cosas, podemos decir que la Iglesia ha contribuido en gran medida a los fundamentos y realización de la democracia con la denuncia de todas las idolatrías, con el evangelio de la fraternidad que predica, con la conciencia que da a los hombres de su propia dignidad, de sus derechos y de sus deberes y con el interés que pone en el triunfo de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz en el mundo en que vivimos.

CONSTRUIR LA SANA DEMOCRACIA

52. No dudamos en declararnos partidarios de esta democracia e invitamos a todos a un esfuerzo común para instaurarla entre nosotros, haciéndonosla descubrir a nuestro pueblo, cultivando el espíritu que debe animarla y colaborando con inteligencia y generosidad en la creación de las estructuras necesarias para darle forma en todos los niveles y sectores de la vida del país.

Las circunstancias actuales nos impulsan a examinar dos de estas estructuras que desempeñan un papel decisivo en la educación del pueblo para la democracia: la libertad de enseñanza y los medios de comunicación social.

DEMOCRACIA Y LIBERTAD DE ENSEÑANZA

33. La primera es la enseñanza. Dentro de la perspectiva cristiana de democracia, su mayor exigencia es hacer de cada hombre una persona, con todo lo que esta palabra encierra de conciencia de sí y de sentido de los otros. La auténtica enseñanza, en la línea de la educación familiar, forma personalidades y crea solidaridades. No actúa, por tanto, a estilo fabril, de producción en serie; sino con el pleno respeto a las personas y a las familias, y a las respectivas opciones ideológicas y religiosas. El monopolio estatal de la enseñanza podrá situarse en la lógica marxista de las democracias populares, pero no de la verdadera democracia por la que abogamos. En ésta,

como podemos observar en los países de mayor prestigio democrático, la enseñanza es primordialmente libre, siendo de competencia estatal su apoyo y la suplencia de sus lagunas con las estructuras de la enseñanza oficial.

En la situación concreta portuguesa, queremos manifestar la esperanza —que es deseo y confianza— de que, en la abertura democrática actual, el Estado asegure las condiciones legales, financieras y de equiparación pedagógica, indispensables para una existencia digna, aunque sin privilegios, de la enseñanza libre. Lo creemos un derecho de las familias, como afirma claramente el Concilio en la Declaración sobre la Libertad religiosa (*Dignitatis humane*, 5). Que todos los que piensan de este modo y, en primer lugar, lo hagan valer, recurriendo a los medios propios de la democracia.

DEMOCRACIA Y LIBERTAD DE PRENSA

34. La segunda Institución a que hemos aludido son los medios de comunicación social, especialmente los órganos de información diaria. Si queremos que estén al servicio de la opinión pública, y no de la masificación del pueblo o de intereses de grupo, es necesario que evolucionen entre nosotros hacia una mayor libertad y dignidad. De otra manera, si no informan con la suficiente generalidad y claridad, con la diversidad propia de una información libre, y con la seriedad incompatible con procesos irresponsables, se abren a ataques injuriosos o difamadores y a una acogida de propagandas corrosivas. Es de lamentar la audiencia que algunos órganos prestan a campañas literarias y libertinas, que van desde la sistemática difusión de ideas materialistas hasta la pornografía más degradante.

El rechazo del sistema de censura no excluye la necesidad de una justa reglamentación de la libertad de prensa: Esta no basta, sin embargo. En un contexto democrático, esa libertad tiene su base especialmente en la conciencia profesional de los informadores y en el sentido crítico del público. Apelamos, pues, a los periodistas cristianos para que, poniendo manos a la obra, se comprometan, con los demás, en la promoción de una prensa cada vez más digna; apelamos a los educadores y a todos los que se encuentren en condiciones de hacerlo para que se entreguen a la urgente tarea de iniciar al público en el uso de los diversos medios de comunicación social y en la forma de actuar frente a lo bueno y malo que

difunden: y apelamos también a los católicos para que apoyen con inteligencia y generosidad los órganos de información y de inspiración cristiana.

III.— El cristiano y la opción de partidos

35. El movimiento del 25 de abril, al franquear las puertas a la democracia, lanzó a los portugueses el desafío de ser ellos quienes habrían de escoger y construir el Portugal del mañana. Que ninguno, que sea cristiano y portugués, lo pase por alto rehuendo una obligación de la que tendrá que dar cuenta a Dios y a las generaciones venideras.

EL PORTUGAL DEL MAÑANA

36. Se plantea irremediamente una pregunta de capital importancia: ¿Qué clase de Portugal construir? Se halla en juego un proyecto fundamental y comienzan a pulular modelos concebidos a la luz de ideologías y, quizás, de intereses de grupo. Queremos que el país sea una democracia. Pero ¿qué clase de democracia? En las páginas anteriores hemos indicado algunos estilos. Pero ¿cuál de ellos escoger? Dentro de cada uno pueden hacerse muchas concreciones. Pero ¿por cuál optar?

Una gigantesca tarea de reflexión y de creatividad aguarda a los portugueses. Y si ninguno puede esquivarla, mucho menos los cristianos que, como decía Cristo, han de ser en cualquier lugar la sal de la tierra y la luz del mundo. Portugal tiene que continuar siendo cristiano. Estamos convencidos de que éste es el profundo deseo de la mayoría de sus hijos.

PLURALISMO DE OPCIONES POLITICAS

37. Es cierto que la opción por un Portugal cristiano limita el vasto campo de las hipótesis, al excluir aquellas que parten de una concepción del hombre y de la sociedad incompatibles con el pensamiento evangélico. Pero no exime de la búsqueda, que ha de proseguir hasta hacer posibles las formas que parezcan más adecuadas. Un pluralismo de opciones está a la vista. Y aunque hemos de hacernos a la idea de que algunos portugueses, hermanos nuestros, opten por soluciones inaceptables para nosotros, hemos de admitir también que, incluso entre cristianos, sin perjuicio de la unidad de fe y de caridad, son normales y lícitas las divergencias políticas.

38. El pluralismo de opciones en el campo de la política —como en la mayoría de los sectores de la vida humana— es expresión de una libertad que se halla condicionada por las limitaciones de la inteligencia y de la voluntad y por las circunstancias más diversas de la existencia.

Nadie posee un conocimiento perfecto ni del ideal a perseguir, ni de la situación de que se parte, ni de las posibilidades que se ofrecen, ni de los mejores caminos a seguir. Y menos aún aquellos que no tuvieron la posibilidad de moverse libremente en los campos en que se decide la vida pública.

Pero esta misma imposibilidad radical de una infalible certeza en las opciones políticas, tiene la inestimable ventaja de permitir los ajustes y acuerdos innegables en el juego político de un régimen democrático sin ofender la conciencia.

39. En este régimen, las opciones políticas de los ciudadanos, tantas en teoría cuantos son ellos, encuentran en los partidos las posibilidades de aglutinamiento y de esclarecimiento. Cada persona, confrontando sus ideas, tan parciales y confusas en ocasiones, con cualquier programa de partido, descubre realidades y perspectivas que se le escapaban. Y luego comparando los programas de diversos partidos, se ve obligada a una saludable actitud crítica. Y si continúa buscando con seriedad y constancia, podrá llegar, aún sin poseer gran iniciación política, a una opción suficientemente consciente y libre.

Existe, sin embargo, la flaqueza y la malicia de los hombres. La ignorancia, la inercia, la liviandad y el prejuicio por un lado, y la propaganda, las promesas y las maniobras poco hábiles o desleales por otro, terminan en la práctica por robar al proceso democrático buena parte de la verdad que la teoría le confiere. Pero hay que contar con ello.

40. Se está acercando a los portugueses la hora de definirse políticamente en un contexto de pluralismo y de confrontación de partidos al que no estaban acostumbrados.

Sin meternos en una materia suficientemente esclarecida por el Magisterio ordinario de la Iglesia, intentaremos orientarlos, en los párrafos siguientes, de la manera más clara y simple que nos sea posible.

CUMPLIR LOS DEBERES CIVICOS

41. En primer lugar, nadie debe rehuir el cum-

plimiento de sus deberes cívicos. Entre ellos se encuentra el de votar cuando sea llamado legítimamente a manifestar su posición. Este deber asume un particular significado en un régimen verdaderamente democrático, y puede ser grave cuando el resultado del sufragio sea de importancia decisiva.

Forma parte del deber de votar el inscribirse a tiempo en las listas electorales, comprobando si la inscripción se ha hecho con fidelidad y, sobre todo, el votar bien, o lo que es lo mismo, votar después de haber procurado y conseguido la claridad necesaria para una opción lo más segura y responsable posible.

LA AFILIACION A LOS PARTIDOS

42. Si todo ciudadano ha de comprometerse políticamente, no todos lo harán de la misma forma. Así por ejemplo, en relación con los partidos políticos, no todos están obligados a una afiliación y menos todavía, a una acción militante. Pero no deben rechazar ninguna de esas cosas que ven en ello un servicio útil o necesario para el país. Los cristianos conscientes deben mostrarse particularmente generosos en este campo por amor a la Patria y a la Iglesia.

LA JERARQUIA Y LOS PARTIDOS

43. La Iglesia no dispone de un partido ni de partidos propios. Y la jerarquía, salvo en casos extremos, no tiene que señalar a los cristianos los programas o partidos que deben aceptar o rechazar. No es de su competencia ni respetaría esa libertad de los ciudadanos que tanto predica.

Es conveniente recordar, al mismo tiempo, que ningún partido o movimiento político puede constituirse legítimamente en defensor exclusivo o privilegiado del pensamiento y de los intereses de la Iglesia.

LIMITES DE LAS OPCIONES DE LOS CRISTIANOS

44. Aunque los cristianos son libres en sus opciones de partido, esa libertad tiene unos límites. Les están vedadas las opciones que impliquen adhesión a principios o tomas de posición incompatibles con el cristianismo que profesan. Es cuestión de coherencia. Esa incompatibilidad puede surgir de los programas o, de manera más sutil, de las ideologías o proyectos que los inspiran.

CRITERIOS PARA LA ELECCION DEL PARTIDO

45. Cuando se trata de escoger un partido, hay que tener en cuenta, en general, lo siguiente: la calidad de los principios y del sistema a que sirve; su viabilidad y oportunidad en el caso concreto que está en juego: las garantías de fidelidad y eficiencia que la organización del partido ofrece en la acción; y, fuera del partido, las exigencias del bien común que pueden demandar, en beneficio suyo, el sacrificio de las propias preferencias de partido.

Han de tenerse en cuenta, además, el programa del partido y la ideología que lo inspira. Es importante dedicar una consideración especial a estos dos puntos.

DISCERNIMIENTO DE LOS PROGRAMAS DE LOS PARTIDOS

46. Uno de los principales criterios para la opción por un partido es, para un cristiano, la concordancia de su programa con las enseñanzas sociales de la Iglesia. No le han de merecer confianza, en especial, los programas que no aseguren el respeto de los valores humanos y cristianos más fundamentales como: la religión y la libertad de practicarla; la vida humana, espiritual y física, puesta a salvo de la ignorancia, de la miseria, de las discriminaciones, de las diversas formas de coacción, del aborto y de los demás atentados contra ella; la familia, fundada en el matrimonio único e indisoluble y apoyada en su misión de educar a los hijos, concretamente en un sistema de enseñanza libre; el trabajo y la libre iniciativa, en términos de realización personal y de contribución al bien común; la propiedad privada, incluso de los bienes de producción, en la línea de la justa libertad e independencia de la persona y con las limitaciones que le impone su función social; los derechos de la verdad y a la verdad, con la libertad de pensamiento y de expresión, y con la exigencia de una información objetiva; la participación en la vida pública, en el efectivo ejercicio de las libertades políticas, y la justicia al alcance de todos, para la defensa eficaz e imparcial de los derechos de las personas físicas y morales.

Esta lista, meramente evocativa, invita a la cuidadosa búsqueda del marco dentro del cual el cristiano puede encontrar el programa o programas de los partidos por los que optar.

LA CONSIDERACION DE LAS IDEOLOGIAS

47. Puede suceder que el programa de un partido no manifieste sus verdaderas intenciones, bien por estrategia, bien por referirse solamente a una fase de su propio proyecto. Por ello, además de examinar el programa, interesa también considerar la eventualidad de que, detrás de él, se encuentre una ideología o un juego de intereses que condicionen la opción. De hecho, en nuestra panorámica actual de partidos, a pesar de no estar completamente definida, no es difícil descubrir corrientes y formaciones que deben su inspiración a ideologías incompatibles con el pensamiento cristiano.

IDEOLOGIAS Y MOVIMIENTOS HISTORICOS

48. Es cierto, como ya dijo el Papa Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* y repitió el Pontífice actual en la carta apostólica *Octogesima adveniens*, que "no debemos identificar las falsas teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y el fin del universo y del hombre, con los movimientos históricos basados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque hayan tenido su origen en ellas y continúen sacando su inspiración de ellas. La doctrina, una vez formulada, es lo que es, no cambia; sin embargo, los movimientos, al tener como objeto las condiciones concretas y mudables de la vida, no pueden dejar de sufrir el influjo profundo de esa evolución. Por otra parte, ¿quién se atreverá a negar a estos movimientos elementos positivos y dignos de aprobación en la medida en que estén en conformidad con las normas de la recta razón y sean intérpretes de las justas aspiraciones humanas?" (*Octogesima adveniens*, 30).

49. Esta distinción es justa y no sin consecuencias prácticas, ya que hay católicos de recta conciencia que, apoyándose en ella en los casos en que es posible aplicarla, militan en partidos o movimientos que, por su nombre o inspiración original, evocan ideologías que un católico no puede admitir globalmente.

Se impone, por tanto, un cuidadoso discernimiento. "El cristiano encontrará en las fuentes de su fe y en las enseñanzas de la Iglesia, los principios y criterios oportunos para no dejarse fascinar y, posteriormente, aprisionar en un sistema cuyas limitaciones y cuyo totalitarismo alcanzará a ver cuando ya sea demasiado tarde, si no se da cuenta de ellos al principio".

Esta regla prudencial nos la dio el Santo Padre

Pablo VI en la misma carta apostólica (**Octogesima adveniens**, 36), después de haber hecho una rápida valoración de las principales corrientes ideológicas de nuestro tiempo: el socialismo, el marxismo y el liberalismo, renovando las reservas y las condenaciones que el Magisterio católico nunca cesó de tener sobre estos sistemas.

Todo este documento resultará, por otro lado, de sumo interés para cuantos pretenden sintonizar sus ideas sociales y políticas con las enseñanzas de la Iglesia en estos campos.

EL CRISTIANO Y EL SOCIALISMO

50 No puede negarse que muchos "cristianos actuales se sienten atraídos por las corrientes socialistas y por sus diversas evoluciones. En ellas pretenden descubrir un cierto número de aspiraciones que defienden en nombre de su fe". "Atraídos por el socialismo, tienden a idealizarlo en términos muy genéricos: deseo de justicia, de solidaridad y de igualdad; rehusando reconocer las presiones de los movimientos históricos socialistas que continúan condicionados por sus ideologías de origen".

Hay que reconocer que no todos los socialismos que corren hoy por el mundo y pueden llamar a nuestra puerta, están dominados por organizaciones e ideologías inaceptables para un cristiano. Ello obliga a un esfuerzo de discernimiento. Solamente después podrá "establecerse el grado de compromiso posible con esa causa, salvaguardando principalmente los valores de libertad, responsabilidad y apertura a lo espiritual que garantizan el desarrollo integral del hombre" (**Octogesima adveniens**, 31).

EL CRISTIANO Y EL MARXISMO.

51. El juicio sobre la ideología marxista es mucho más riguroso. "Su materialismo ateo, su dialéctica de la violencia, la forma de absorber la libertad individual en la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia de cualquier clase al hombre y a su historia personal y colectiva", son tomas de posición que "se oponen radicalmente o en puntos esenciales, a la fe del cristiano y a su concepción del hombre" (**Octogesima adveniens**, 31).

Desgraciadamente, no por eso el marxismo, en sus diversas expresiones, deja de atraer a ciertos cristianos que, poco atentos a la lógica interna de esta ideología y a la fidelidad que le presta el sistema, se preguntan si no pueden aceptarse ciertos aspectos específicos de que se reviste el mar-

xismo en sus actuales concretizaciones. No podemos dejar de responderles con el Papa que "sería ilusorio y, hasta peligroso, llegar a olvidar la íntima ligazón que los une radicalmente y a aceptar los elementos de análisis del marxismo sin conocer sus relaciones con la ideología y entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, olvidándose de prestar atención al tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso" (**Octogesima adveniens**, 34).

EL CRISTIANO Y EL LIBERALISMO

52. Es también inaceptable para el cristiano el liberalismo "que cree exaltar la libertad individual, sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando, por otra parte, las solidaridades sociales como consecuencia, más o menos automática, de las iniciativas individuales y no como un fin y un criterio más alto del valor y de la organización social" (**Octogesima adveniens**, 26).

Esta ideología ha estado al servicio de un capitalismo lesivo de los derechos de las clases trabajadoras y de la dignidad de un público manipulado por la propaganda del consumo y está reviviendo hoy, en expresiones nuevas de un capitalismo a escala mundial, en las "empresas multinacionales que, debido a la concentración y flexibilidad de sus medios, pueden tener estrategias autónomas, independientes en buena parte de los poderes públicos nacionales y, en consecuencia, sin control desde el punto de vista del bien común (...), llevando, de este modo, la nueva forma abusiva de dominio económico al campo social, cultural y político" (**Octogesima adveniens**, 44).

A pesar de ello, también el liberalismo continúa seduciendo a no pocos cristianos "Esta corriente procura afirmarse, tanto en nombre de la eficiencia económica, como en nombre de la defensa del individuo contra la progresiva ingerencia de las organizaciones, incluso, contra las tendencias totalitarias de los poderes políticos". Llevados por una "propensión a idealizar el liberalismo, viéndolo como una proclamación de la libertad", los cristianos "olvidan con facilidad que el liberalismo filosófico es, en su raíz, una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, en sus motivaciones y en el ejercicio de su libertad" (**Octogesima adveniens**, 35).

Por tanto, se impone también aquí un discernimiento que distinga los valores y contravalores de los sistemas que se inspiran en esta ideología.

LLAMAMIENTO A LA AFIRMACION POLITICA DE LOS CRISTIANOS

53. Hemos pensado que no debíamos omitir esta referencia crítica a las principales ideologías actualmente más en boga, en un momento en que el país se ve invadido por su propaganda y asaltado por movimientos que encuentran en ellas su orientación y dinamismo. Tampoco podemos ocultar la preocupación de ver a las masas populares, peligrosamente despolitizadas, hábil e intensamente trabajadas por algunos de esos movimientos, al mismo tiempo que tardan o no han alcanzado plena proyección aquellos que pueden dar garantías de respeto por su pensamiento social cristiano.

Apelamos, pues, a la presencia activa de los católicos junto a todos los hombres de buena voluntad, en las primeras líneas de combate por el Portugal del mañana y, no solamente en los partidos, sino también en los sindicatos, en los medios de comunicación social, en los centros de cultura, etc.

Es necesario que asuman sus compromisos temporales, sin excluir una toma de posición política definida. Asímanlos de forma consciente, libre, generosa y responsable. Actúen de acuerdo con los principios de la doctrina social de la Iglesia y con las orientaciones de la jerarquía. Pero, como ya indicamos al comienzo de la presente carta pastoral, no estén esperando indicaciones concretas que la jerarquía no puede ni debe dar.

INDICACIONES DE CARACTER PASTORAL.

54. Por otro lado y antes de las opciones de partido promuevan los católicos iniciativas de esclarecimiento y de iniciación o formación político-social para los diversos estratos de la población, en orden a hacerlos tomar conciencia de sus respectivos derechos y deberes cívicos y de su adecuado ejercicio.

55. Los sacerdotes pueden o deben tomar parte activa en estas iniciativas, en la medida en que estén encuadradas en la formación general de la conciencia cristiana de los laicos. Pero absténganse, por exigencias de orden pastoral, de actitudes y actividades de partido. Esta restricción se debe, además de otras razones, a la identificación espontánea que tiende a hacerse entre el ministro de la Iglesia y la Iglesia misma. Y ésta no debe inmiscuirse en el terreno de las opciones libres por no ser terreno de su competencia, por respeto a la libertad cívica de los cristianos y también por no prejuzgar su misión de lugar de reunión, de

concordia y de unidad entre quienes, por encima de las divergencias y luchas de partido, quieren ser y llamarse hermanos.

56. Consideren también todos a esta luz las restricciones impuestas a la utilización de los salones parroquiales y de otros locales de la Iglesia por grupos y movimientos de partido incluso cristianos, ya que únicamente deben estar al servicio de actividades de convivencia, de cultura, de apostolado y de caridad que son propias del pueblo de Dios en cuanto tal.

CONCLUSION.

57. Cuando el país se ve obligado a buscar nuevos rumbos en su caminar histórico, se impone a los portugueses reavivar la conciencia de pueblo con personalidad bien definida, para descubrir, en fidelidad a las grandes constantes de su pasado, los auténticos caminos de su porvenir. Por ello no pueden desperdiciar la ocasión que ahora se les presenta, sino que con espíritu de verdadera fraternidad que supere lo que les divide y movilice lo que los une, sepan responder al desafío de esta hora con la inteligencia y el vigor que han dado repetidas pruebas a lo largo de los ocho siglos de su vida colectiva.

58. Como en el pasado, la Iglesia estará presente en este momento decisivo de la historia de Portugal, que es también, en gran parte, su propia historia. Estará presente con lealtad y con espíritu de servicio. Hallándose libre de los compromisos de orden temporal que asumió impelida por las exigencias de los siglos pasados, es consciente de que su contribución a la marcha del país se limita a lo esencial de su misión.

Que, para el perfecto cumplimiento de esta misión, brille entre todos sus miembros aquella unidad en la caridad que es, en el mundo actual, signo de credibilidad y fermento de conversión.

59. Nuestras últimas palabras serán palabras de confianza. Confianza en el buen sentido del pueblo portugués que sabrá descubrir el justo rumbo en la encrucijada histórica en que se encuentra; confianza en la capacidad de ideal y de generosidad de su juventud que tanta parte tiene en la construcción del Portugal del mañana; confianza en la fuerza del testimonio evangélico y de entregados, en unión con sus obispos, a la tarea la acción apostólica de un clero y de un laicado de la iluminación y animación cristianas de esa construcción y confianza, finalmente, en la misericordiosa asistencia divina, alcanzada por intercesión de la Virgen Santa María.

Lisboa, 16 de Julio de 1974.

III

“LOS ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA: LA NUEVA OPORTUNIDAD”

Texto del discurso leído por el Secretario de Estado el 1º de marzo de 1975 en un almuerzo del Combined Service Club, en Houston, Texas.

La política exterior de los Estados Unidos tiene un objetivo fundamental: contribuir a forjar una nueva estructura de relaciones internacionales que propicie la cooperación y no la fuerza; la negociación y no la confrontación; las aspiraciones positivas de los pueblos en vez de la acumulación de armas por las naciones.

Nuestras relaciones con el hemisferio occidental son esenciales en esta empresa. Los Estados Unidos y la América Latina surgieron de la lucha contra la tiranía. Nuestros pueblos están unidos no sólo por la geografía, sino también por la tradición común de la civilización occidental. Compartimos una historia de apoyo mutuo en tiempos de dificultades, y la esperanza de un nuevo mundo de justicia, paz, libertad y prosperidad. Con denuedo e imaginación tenemos ahora la oportunidad de hacer de la cooperación interamericana un pilar de la comunidad mundial que nuestra era demanda.

El descubrimiento de América, más que ningún otro acontecimiento, puso fin a la edad media y produjo una revolución en el pensamiento de la humanidad. Llevó al hombre más allá de lo que hasta entonces parecía incambiable, hacia un nuevo comienzo, una liberación de los obstáculos del pasado, y de la historia misma.

Un poema épico brasileño del Siglo XVII describía así el empeño que impulsó a las Américas hacia adelante:

... Para abrir nuevos caminos nunca pisados,
nunca conocidos...

—Para avanzar, a pesar de los obstáculos, por todos los caminos...”

Con la protección de un océano detrás y el sueño de otro delante de nosotros, la esperanza siempre fue un poco más allá del cauce de los ríos, cruzó montañas y atravesó llanuras y bosques. En el viejo mundo lo inexplorado era el límite; en el nuevo mundo, una oportunidad.

Los límites de hoy no son geográficos, sino de necesidades humanas y de creatividad. Con-

quistarlos es aún más importante que las épicas tareas de nuestro pasado.

La médula misma de nuestra prueba contemporánea es una nueva interdependencia, tanto hemisférica como internacional. Hasta fecha reciente, las relaciones económicas del hemisferio occidental se basaban en gran medida en el intercambio de materias primas de la América Latina por productos industriales de los Estados Unidos. La interdependencia de hoy muestra un equilibrio diferente. La internacionalización de la producción hace converger la tecnología, el trabajo y el capital más allá de las fronteras nacionales.

Como resultado de ello, las naciones latinoamericanas necesitan ahora acceso al mercado de los Estados Unidos para vender sus productos manufacturados, tanto como sus exportaciones tradicionales. Y los mercados de la América Latina van siendo tan importantes para nuestro progreso continuo como sus materias primas, según puede advertirse por nuestro superávit comercial de 1.200 millones de dólares el año pasado.

Conforme la interdependencia ha crecido dentro del hemisferio, así han crecido los vínculos del hemisferio con las otras partes del mundo. La América Latina ha desarrollado importantes relaciones de comercio con otras naciones industriales, y ha venido a compartir ciertas perspectivas políticas con el Tercer Mundo. Estados Unidos aprecia sus alianzas tradicionales con las democracias industrializadas, y mantiene importantes relaciones políticas y económicas con muchas naciones menos desarrolladas en todo el mundo. Nuestra generación ha tenido que aprender que la paz es indivisible; que nuestro bienestar nacional está íntimamente ligado al bienestar del resto del globo.

La conciencia de las realizaciones del pasado y la fe en los propósitos comunes condujeron a los Estados Unidos en 1973 a comenzar un nuevo diálogo con la América Latina. Nosotros teníamos tres objetivos:

— Promover con nuestros amigos un nuevo espíritu de comunicación atemperado por un sentido de realidad elevado por la esperanza y libre de desconfianza, descontento o resentimiento;

— Hallar nuevos medios de combinar nuestros esfuerzos en el desarrollo político, económico y social del hemisferio;

— Y reconocer que el diálogo global entre las naciones desarrolladas y las menos desarrolladas requiere soluciones que serán difíciles de hallar en cualquier parte si no las encontramos en el hemisferio occidental.

Porque este hemisferio, al que unos hombres escaparon para librarse de las injusticias, tiene la obligación especial de demostrar que el progreso puede ir de la mano del respeto por la dignidad humana; que la cooperación entre las naciones es compatible con el respeto por la soberanía nacional, que la más poderosa fuerza política sobre la tierra es la colaboración voluntaria de los pueblos libres.

Cualquier tipo de relaciones tan complejas como las nuestras, inevitablemente están acosadas por resquemores y sospechas de viejas rencillas. Debemos dejar atrás este legado, ya que un diálogo dominado por el interminable estribillo de viejas querellas no puede prosperar.

Pese a las interrupciones temporales, Estados Unidos está dispuesto a continuar el diálogo en un espíritu de amistad y conciliación. El próximo mes realizaré mi primera visita a la América del Sur como Secretario de Estado. La semana próxima, el Secretario Adjunto William D. Rogers visitará seis países de la región para sostener conversaciones preliminares.

Permítaseme esbozar algunas de las cuestiones que afrontaremos en estas discusiones. Estas comprenden, primero, lo que Estados Unidos está dispuesto a contribuir a la cooperación del hemisferio occidental; segundo, lo que pedimos de la América Latina y, finalmente, lo que podemos hacer juntos.

LO QUE DEBEMOS PEDIRNOS A NOSOTROS MISMOS.

El Presidente Ford me ha pedido que reitere nuestra consagración a un nuevo tipo de relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina basadas en los principios de la no intervención, de la igualdad soberana de las naciones y del respeto mutuo entre compañeros.

Esos serán los principios que guiarán el en-

foque de los Estados Unidos respecto a los principales problemas que han surgido entre nosotros, la situación del Canal de Panamá; el lugar de Cuba en el hemisferio, y los diferentes aspectos de nuestras relaciones económicas.

El Canal de Panamá.

El mundo entero ha mirado al Canal de Panamá, desde su inauguración, como vital vía de comercio y seguridad internacionales. Es esencial que el Canal de Panamá continúe abierto a los barcos de todas las naciones, en términos equitativos.

Al construir el Canal de Panamá, se concedió a Estados Unidos el control exclusivo —los derechos que tendría y ejercería “como si fuera de su soberanía”— de una zona de 16 kilómetros de ancho dentro del territorio panameño, desde el Atlántico al Pacífico. En la zona del canal, aplicamos las leyes de los Estados Unidos, manejamos empresas comerciales y controlamos la mayor parte de las instalaciones portuarias para barcos de gran calado que sirven a Panamá.

A través de los años, la naturaleza de la presencia de los Estados Unidos ha llegado a ser vista por el pueblo panameño —e inclusive por la mayoría de las otras naciones del hemisferio— como una usurpación de su soberanía nacional y de su principal recurso: la estratégica localización del país.

Indudablemente que tanto Panamá como Estados Unidos tienen intereses vitales en el Canal. La prueba es reconciliar las necesidades de seguridad de los Estados Unidos con el honor y soberanía nacionales de Panamá. Las negociaciones respecto a este problema se han venido celebrando intermitentemente por once años; en los últimos 18 meses, esas negociaciones han avanzado rápidamente. Ahora creemos que es posible llegar a un acuerdo equitativo para todos.

Hemos avanzado porque cada una de las partes ha reconocido las necesidades esenciales y restricciones de la otra.

Estados Unidos comprende que un tratado negociado en 1903 no satisface las necesidades de 1975. Estamos dispuestos a reconocer que es razonable que Panamá ejerza jurisdicción sobre su territorio y que participe en el manejo y defensa del Canal. Estamos dispuestos a modificar los arreglos que estén en conflicto con la dignidad de Panamá.

Por otra parte, esperamos que Panamá comprenda nuestro punto de vista: que el funciona-

miento eficaz, equitativo y seguro del Canal es un vital interés económico y de seguridad para los Estados Unidos; que un nuevo tratado tiene que estipular el manejo y defensa del Canal por parte de los Estados Unidos por un largo tiempo; y que un nuevo tratado debe proteger los intereses y propiedades legítimos de nuestros ciudadanos en Panamá.

Un nuevo tratado basado en esos principios hará de los Estados Unidos y Panamá socios en el manejo del Canal, protegerá los intereses de ambos y proporcionará un arreglo seguro por largo tiempo.

En las negociaciones aún falta por resolver serios problemas. Pero confiamos que se superarán si las dos partes continúan actuando con la misma seriedad y comprensión mutua que han demostrado hasta ahora.

El Gobierno ha venido consultando con el Congreso a medida que se han venido desarrollando las negociaciones. Intensificaremos esas consultas y discutiremos detalladamente los arreglos que contemplemos. Un nuevo tratado que refleje la consideración y asentimiento del Senado y el pleno respaldo del pueblo norteamericano, será una demostración concreta y significativa de que con buena voluntad de ambas partes, es posible llegar a soluciones cooperativas de los problemas del hemisferio occidental.

Cuba.

En enero de 1962, la Organización de los Estados Americanos determinó que Cuba se había excluido a sí misma de participar en la comunidad interamericana a causa de sus vínculos militares con la Unión Soviética y de la exportación de la revolución al hemisferio occidental. Un año después, Estados Unidos impuso sus propias sanciones. En 1964, las naciones miembros de la OEA acordaron colectivamente, al tenor del Tratado de Asistencia Recíproca, de Río de Janeiro, romper relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba.

Más de una década ha transcurrido. Los países de la América Latina han resistido con éxito a la presión y la subversión; las naciones que a comienzos del decenio de 1960 se sentían más amenazadas por la violencia revolucionaria cubana, ya no sienten la amenaza tan agudamente. Esta situación ha dado lugar a una reconsideración por la OEA de las sanciones impuestas a Cuba, y ha hecho surgir preguntas acerca del futuro de nuestras relaciones bilaterales con ese país.

En septiembre pasado, varias naciones latinoamericanas propusieron una reunión para considerar la derogación de las sanciones colectivas. Convinimos en una conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores, en Quito. Decidimos permanecer completamente neutrales en el debate y abstenernos de votar. Nuestro principio fundamental, entonces como ahora, era el de impedir que la cuestión de Cuba nos separara de nuestros vecinos del hemisferio.

Una mayoría votó en favor de derogar las sanciones colectivas. Pero el Tratado de Río requiere una votación de dos terceras partes, y las sanciones permanecen así en vigor oficialmente. Los EE. UU. se consideran obligados por la decisión colectiva como materia de derecho internacional, y así no puede haber cambios en nuestras relaciones bilaterales con Cuba mientras que el mandato de la OEA se mantenga en vigor.

Después de la Reunión de Quito, sin embargo, varios países latinoamericanos han anunciado que están dispuestos a reanudar relaciones comerciales con Cuba. También después de la Conferencia de Quito, las naciones de la OEA han acordado tentativamente que debe enmendarse el Tratado de Río, para permitir derogar las sanciones por una simple mayoría. Varios de mis colegas latinoamericanos han sugerido que este acuerdo en principio podría ser aplicado a las sanciones vigentes contra Cuba. Consultaré con ellos respecto a esta iniciativa, durante mi viaje a la América Latina, con el propósito de hallar una solución que sea generalmente aceptable.

Si las sanciones de la OEA son finalmente derogadas, los Estados Unidos considerarán cambios en sus relaciones bilaterales con Cuba, y en sus regulaciones. Nuestra decisión se basará en lo que consideremos nuestros mejores intereses, y estará fuertemente influida por la política exterior del Gobierno Cubano.

No vemos ningún beneficio en el perpetuo antagonismo entre los Estados Unidos y Cuba. Nuestra preocupación se basa, por encima de todo, en la política externa y las relaciones militares de Cuba con países de fuera del hemisferio. Hemos dado algunos pasos simbólicos para indicar que estamos dispuestos a movernos en una nueva dirección, si Cuba también lo hace. Sin embargo, no se puede producir un cambio fundamental, a menos que Cuba demuestre su disposición de asumir la mutualidad de obligaciones y respeto en que una nueva relación debe fundamentarse.

Relaciones económicas.

Las viejas disputas políticas, no nos deben distraer de la prueba a largo plazo del hemisferio: el esfuerzo común para mejorar la vida de nuestros pueblos.

La expansión del comercio, y el establecimiento de un nuevo equilibrio comercial son vitales a un progreso económico y al desarrollo del hemisferio. A medida que las economías latinoamericanas crecen también crecerán las oportunidades para el comercio mutuo. A medida que nuestra propia economía crezca, estaremos en condiciones de comprar más productos semielaborados y productos manufacturados de la América Latina.

En los próximos días, el Presidente dará el primer paso para poner en ejecución el sistema de preferencias establecido por la Ley de Comercio Exterior de 1974. Anunciaremos la lista de productos sobre los que la rama ejecutiva se propone eliminar todo derecho de importación para los países en desarrollo durante diez años.

La América Latina, como la más avanzada región en desarrollo y la más cercana al mercado de los Estados Unidos, estará en la mejor posición para aprovecharse de estas preferencias. La lista beneficiará en volumen a cerca de mil millones de dólares en exportaciones latinoamericanas.

Entre las cuestiones económicas que afectan las relaciones del hemisferio occidental, ninguna tiene una mayor proyección que la de las empresas transnacionales. La corporación transnacional tiene un historial de realizaciones patentes como fuente eficiente —y, en efecto, indispensable— de tecnología, pericia administrativa y de capital para el desarrollo. Al mismo tiempo, el carácter transnacional de estas empresas suscita complejos problemas de regulación gubernamental, y ha despertado preocupación en la América Latina respecto de la relación de las actividades de éstas con sus prioridades políticas y económicas internas.

La mayor parte de las naciones latinoamericanas asumen la posición de que las leyes del país receptor son concluyentes, y que un inversionista extranjero no puede apelar a su propio gobierno en busca de protección. Estados Unidos, por otra parte, ha insistido en hacer causa común con los inversionistas norteamericanos cuando son tratados en una forma que viola las normas legales internacionales. Y el Congreso se ha hecho eco de este parecer en la promulgación de enmiendas legislativas como la enmienda Hickenlooper y la

enmienda González, en virtud de las cuales se suspende la ayuda en el caso de efectuarse nacionalizaciones sin la adecuada y oportuna compensación.

Las dos posiciones legales no son fáciles de conciliar. Pero Estados Unidos está dispuesto a hacer un esfuerzo serio en pro de hallar una solución mutuamente aceptable, que no prejuzgue los principios de uno u otro lado. Hace un año, en la ciudad de México, por nuestra iniciativa, se estableció un grupo de trabajo interamericano para examinar el problema.

Los Estados Unidos están dispuestos a adoptar las siguientes medidas al respecto:

— Concertar una nueva declaración de principios que regule el tratamiento de las empresas multinacionales y la transferencia de tecnología.

— Crear sistemas intergubernamentales que impidan y resuelvan las disputas sobre inversiones y los problemas entre gobiernos que surjan de esos conflictos.

— Establecer nuevos medios de cooperación para afrontar los conflictos legales y de jurisdicción relativos a las empresas multinacionales.

— Alentar a las empresas privadas para que hagan sus aportes vitales a la América Latina, en formas adecuadas a las necesidades políticas y económicas de los países en que actúen.

Esto es importante, porque la sensibilidad latinoamericana al ejercicio de la presión económica está agudizada por la historia. La experiencia ha demostrado también que las sanciones automáticas son casi siempre dañinas, entre ellas la negativa de preferencias que la Ley de Comercio de 1974 establece contra los países miembros de la OPEP, incluyendo a Venezuela y Ecuador, no participantes en el embargo petrolero. Las sanciones automáticas no permiten flexibilidad táctica. Equivalen a presentar a los otros gobiernos un ultimátum político; al dar la impresión de que desafían la soberanía de otros países, contribuyen a hacer más inflexibles las posiciones, obstaculizan la diplomacia y envenenan todas las relaciones.

El Gobierno apoya el propósito de los varios proyectos de ley presentados al Congreso, entre ellos uno del Senador Bentsen, para modificar las disposiciones de la Ley de Comercio que afectan a Venezuela y Ecuador. Y está dispuesto a gestionar la modificación de la legislación que dispone la cesación automática de ayuda. Pero como asunto de realidad política, mucho dependerá de nuestra habilidad para trabajar con las otras naciones de la América Latina en nuevos enfoques

que brinden garantías prácticas de un trato justo. Dichas naciones deben reconocer que tales sanciones del Congreso surgen de daños infligidos a intereses legítimos.

Como parte del nuevo diálogo, el Gobierno Ford está dispuesto a desarrollar nuevos principios y prácticas que puedan presentarse de por sí al Congreso como un remedio mejor que las sanciones automáticas.

LO QUE PUEDE HACER LA AMERICA LATINA.

¿Qué es lo que tenemos derecho a esperar de la América Latina?

En el pasado decenio, el progreso en la ciencia, la industria, la agricultura, y la educación han hecho mucho para transformar al continente. El crecimiento económico ha sido constante y algunas veces espectacular. Las instituciones políticas han adoptado nuevas condiciones sociales y tradiciones nacionales. Un nuevo sentido de unidad latinoamericana ha fomentado una conciencia de los problemas y oportunidades comunes.

Acogemos con beneplácito la fortaleza y confianza propia que esta evolución implica. Hemos visto nuestra iniciativa en la América Latina y nueva iniciativa latinoamericana en el panorama internacional. Soldados panameños y peruanos prestan servicio con las fuerzas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en el Oriente Medio. En diciembre pasado, los países andinos, por iniciativa peruana, se comprometieron a sí mismos a limitar la adquisición de armas ofensivas, una iniciativa que apoyamos y alentamos. Venezuela ha tomado la iniciativa de estimular la cooperación regional al ofrecer fondos provenientes del petróleo al Banco Interamericano y al Banco Centroamericano de Integración Económica. En colaboración con Bolivia, Paraguay y Uruguay, la Argentina y Brasil están aportando su tecnología y recursos para aprovechar el vasto potencial de la Cuenca del Río de la Plata.

Sin embargo, con estas provechosas iniciativas han venido ciertas tendencias menos esperanzadoras.

Estados Unidos siente preocupación acerca de la creciente tendencia de algunos países latinoamericanos a participar en tácticas de confrontación entre los mundos en desarrollo y desarrollados. Aceptamos la neutralidad como una fuerza necesaria, grandemente positiva. Consideramos que las naciones desarrolladas, y en particular Estados Unidos como el más poderoso país indus-

trial, tienen una obligación especial de comprender tanto al legado de la historia como los imperativos de la transformación.

Es por lo tanto irónico el que algunas naciones busquen conseguir por la confrontación lo que únicamente puede obtenerse por medio de la cooperación, y que países que una vez preferían no tomar partido para protegerse a sí mismos de los bloques de naciones, tienden ahora a formar un rígido bloque propio. Al hacer esto obstruyen la asociación con las naciones industrializadas, de las que, finalmente, depende su propio progreso económico y social.

Tales tácticas resultan particularmente inapropiadas para el hemisferio occidental, donde amenazan repudiar una larga tradición de relaciones cooperativas con los Estados Unidos, en el momento mismo cuando Estados Unidos se ha consagrado al progreso común.

Como la parte más desarrollada del tercer mundo, las naciones de la América Latina desempeñarán un papel cada vez más importante tanto en el sector industrial, como entre los países en desarrollo de todo el mundo. Los países latinoamericanos tienen una gran oportunidad de propiciar el ajuste mutuo de estos grupos de naciones.

Para hacerlo, no hay mejor guía que la declaración firmada por todas las naciones del hemisferio occidental, en la Ciudad de México, el año pasado: "... la paz y el progreso, para que sean sólidos y duraderos, deben basarse siempre en el respeto a los derechos de los otros y en el reconocimiento de responsabilidades y obligaciones recíprocas entre los países desarrollados y los que se hallan en desarrollo".

La tentación de atribuir fracasos a las intrigas y excesos de los extranjeros es tan antigua como las naciones mismas. La América Latina está constantemente tentada a definir su independencia y unidad por medio de la oposición a los Estados Unidos.

Un caso ilustrativo es el aplazamiento por los países latinoamericanos de la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores, en Buenos Aires ostensiblemente en reacción contra la reciente Ley de Comercio Exterior de los Estados Unidos. Algunas de las naciones latinoamericanas se inclinaron a ver en esta Ley un propósito coercitivo que no existía; y solicitaron soluciones inmediatas que estaban más allá de lo que permite nuestro proceso constitucional. Como resultado de ello, el siguiente paso en el nuevo diálogo fue diferido, precisamente cuando más se necesitaba. Las nacio-

nes de América afrontan muchos problemas, para permitir que sus energías se empleen en tales confrontaciones artificiales e infecundas.

No esperamos que todos estén de acuerdo con nuestras opiniones, pero tampoco podemos aceptar una nueva versión de paternalismo, según la cual aquellos que tienen obligaciones, carecen de derechos, y aquellos que reclaman derechos, no aceptan obligaciones. La disyuntiva para los Estados Unidos no está entre la dominación y la indiferencia. La disyuntiva para la América Latina no está entre la sumisión y la confrontación.

Por lo contrario, debemos avanzar entre estos extremos hacia un nuevo equilibrio. Después de decenios de oscilar entre actitudes de euforia y desilusión, entre acusaciones de hegemonía y de abandono, ha llegado el momento de que los Estados Unidos y la América Latina aprendan a trabajar juntos, serenamente y sin confrontación, en los empeños de nuestra común civilización.

Estados Unidos no busca una determinada reciprocidad. Reconocemos nuestras obligaciones especiales como la nación más rica y poderosa del hemisferio. Pero la experiencia nos ha enseñado que los problemas internacionales no pueden ser solucionados únicamente por una nación, ni por un grupo de naciones actuando como bloque exclusivo.

LO QUE DEBEMOS HACER UNIDOS.

Con una nueva actitud, los países del hemisferio occidental pueden consagrarse a un programa para el futuro. En los próximos meses, Estados Unidos hará proposiciones respecto a tal programa y lo presentará a sus socios en diversos foros, entre ellos la reunión de la Asamblea General de la OEA, esta primavera.

Hoy me limitaré a dos campos críticos: el desarrollo del hemisferio y los alimentos.

Desarrollo del Hemisferio.

La tasa general de crecimiento de la América Latina ha sobrepasado en el último decenio los objetivos económicos de la Alianza para el progreso. La región también ha hecho mayor progreso que cualquiera otra región del mundo hacia la integración económica. El Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio han venido a traducir en realidades las esperanzas abstractas. No obs-

tante, la participación relativa del comercio de la América Latina en el mundo, ha disminuido. Y el progreso económico ha sido distribuido desigualmente, tanto dentro como entre los países.

Algunos países latinoamericanos han comenzado sólo recientemente el proceso de desarrollo. Como pasa con los países pobres de todas partes, necesitan grandes cantidades de ayuda concesionaria. Estados Unidos continuará facilitando la parte que le corresponde.

El gobierno solicitará al Congreso que reabastezca al Banco Interamericano de Desarrollo, tanto de fondos para créditos concesionarios como de capital ordinario. Asumiendo que otras naciones del hemisferio estén dispuestas a proporcionar lo que les corresponde, pediremos una contribución norteamericana tan cuantiosa como el más reciente reabastecimiento, o sean 1.800 millones de dólares.

La proposición será considerada por la Subcomisión de la Cámara de Representantes cuyo Presidente es el Sr. Henry B. González, de San Antonio. Esto aunado a la contribución de 755 millones de dólares de 12 nuevos miembros —los países europeos, el Japón e Israel— y un fondo en fideicomiso de 500 millones de dólares establecido por Venezuela, serán nuevos recursos para el BID que darán un nuevo gran ímpetu al desarrollo del hemisferio occidental.

Pero en vista de que los países más pobres deben tener la primera prioridad, la ayuda concesionaria está a disposición sólo en cantidades limitadas para un nuevo y creciente grupo de países latinoamericanos que han alcanzado una etapa intermedia de desarrollo. Tienen un sector industrial diversificado, una importante clase consumidora, y una creciente capacidad para competir en los mercados mundiales. Su necesidad de divisas está aumentando.

Por consiguiente, necesitan mayor acceso a los mercados de los países desarrollados, ya que las exportaciones son la fuente principal de obtención de divisas. Por eso, la Ley de Comercio exterior y las negociaciones comerciales multilaterales de Ginebra, son de gran importancia. Tal como prometimos al iniciar nuestro nuevo diálogo, trabajaremos en esas negociaciones en estrecha colaboración con los países del hemisferio occidental.

Pero esas naciones también necesitan capital de inversión. Importantes cantidades de capital continúan fluyendo del sector privado de los Estados Unidos hacia los países de desarrollo inter-

medio por concepto de inversiones y de préstamos de los bancos comerciales. Pero esos países también podrían beneficiarse en alto grado de un mayor acceso a los mercados de capital.

Aunque el mercado norteamericano de capital en bonos a largo plazo es el más grande del mundo, pocas naciones en vías de desarrollo han podido obtener allí esa clase de crédito.

Para aliviar este problema, Estados Unidos ha tomado la iniciativa para que el Fondo Monetario Internacional y la Comisión de Desarrollo del Banco Mundial hagan un estudio en busca de medios para promover un mayor uso de los mercados de capital por los países en desarrollo. Estos no serán ni programas de ayuda ni mecanismos para el reaprovechamiento de capital, sino que facilitarán el acceso independiente a tales mercados. Estados Unidos está dispuesto a explorar los medios de ayudar a aquellos países latinoamericanos con nivel más alto de ingresos y de posición crediticia, a que avancen hacia su propia independencia.

Los países de la América Latina, independientemente de su etapa de desarrollo, son vulnerables a los cambios rápidos en los precios de sus materiales básicos de exportación. No hay cuestión más crítica en las relaciones económicas del hemisferio hoy día que la política de los artículos de consumo.

Esta cuestión ha sido sumamente divisionista en el hemisferio, en parte debido a que nuestra actitud ha sido ambigua.

No debe haber pues ninguna duda por más tiempo respecto a nuestro parecer. Estamos enérgicamente en favor de un sistema de comercio mundial que satisfaga las necesidades económicas tanto de los consumidores como de los productores. Las acciones unilaterales de productores o de consumidores no deben determinar el equilibrio. Un diálogo entre ellos sobre cuestiones relativas a artículos de primera necesidad es por lo tanto esencial. Existe una gama de ricas posibilidades que pueden hacer de nuestra nueva interdependencia un vehículo para un desarrollo global más rápido y más equitativo.

Ha llegado el momento de que los países del hemisferio occidental consideren conjuntamente la forma de resolver las cuestiones relativas a productos de consumo. Estados Unidos se compromete a hacer un esfuerzo serio en busca de una solución constructiva que haga justicia a los intereses de todas las partes.

Alimentos.

Permítaseme tratar ahora de un asunto que debe exigir nuestros esfuerzos cooperativos: los alimentos, la necesidad primordial del hombre.

La América Latina se equipara a los Estados Unidos como región potencial de superavit alimentario. No obstante, durante los últimos 15 años, la producción agrícola latinoamericana apenas se ha mantenido a la par con la población. En una región rica en tierra productiva, prevalece la desnutrición. La mayoría de los países latinoamericanos son importadores de alimentos. Consideramos que con un nuevo esfuerzo concertado, la producción agrícola puede exceder el crecimiento poblacional, se puede lograr una adecuada nutrición para todos en este siglo y la América Latina puede llegar a ser importante exportador de alimentos.

La necesidad inmediata es la de mejorar la producción alimentaria. Estados Unidos propone el establecimiento de un grupo de consulta agrícola del hemisferio, bajo la égida del Banco Interamericano de Desarrollo. Su meta debe ser generar aumentos anuales de producción a razón de un tres y medio a un cuatro por ciento debiéndose lograr esto por medio de:

— Nuevas inversiones en programas agrícolas nacionales y regionales.

— Integración de las tareas de investigación agrícola en todo el hemisferio.

— Adopción de mejores programas nacionales de nutrición y alimentos.

La Comisión de consulta debe recomendar también medidas urgentes para reducir el desperdicio y despilfarro, que consume ahora entre el 20 y el 40 por ciento de la producción total de alimentos de la América Latina.

La investigación agrícola es un elemento básico para lograr una nutrición adecuada para todos. Pero, muy frecuentemente, la investigación no está relacionada con las necesidades y esfuerzos de otras partes.

Para lograr que la investigación sirva más adecuadamente las necesidades locales, ayudaremos a los centros internacionales de investigación establecidos en México, Colombia y Perú, a extender sus proyectos y programas a otros países del hemisferio, por medio de una colaboración más estrecha con las instituciones nacionales de investigación.

Para contribuir a un mejor intercambio de la información obtenida mediante la investigación agrícola, proponemos que se establezca un nuevo

Centro para la América Latina, bajo los auspicios de la Comisión de Consulta del hemisferio, y vinculado al Centro de Intercambio de Información Agrícola del Instituto Smithsonian, de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos están dispuestos a colaborar con otros países e instituciones para financiar las gestiones de ampliación de los centros internacionales de investigación y del Centro de Intercambio de Información.

Finalmente, proponemos que los Estados Unidos y la América Latina, conjuntamente, establezcan y financien centros de estudio sobre nutrición y tecnología de alimentos; de modo que una nueva generación de especialistas agrícolas de la América Latina sean adiestrados por medio de internados y estudios en estos centros, así como en laboratorios privados y gubernamentales en ambos continentes.

La Dimensión Humana.

Nuestros imperativos inmediatos en lo económico, político y tecnológico no deben llevarnos a abandonar los fundamentos humanos de nuestro progreso común, entre ellos el libre intercambio de ideas y la valiosa tradición cultural que compartimos.

El descubrimiento de América reavivó la creencia en la perfectibilidad del hombre. Nuestras luchas por la independencia figuraron entre las primeras afirmaciones modernas de los fundamentales derechos humanos. Ninguna parte del mundo ha mostrado una mayor adhesión a los principios democráticos. La libre expresión de las ideas es una de las fuerzas más poderosas de la libertad y el progreso. Contando con estos antecedentes, podremos ahora fijar una visión común del futuro.

¿COMO SERA LA VIDA EN LAS AMERICAS EN EL SIGLO PROXIMO?

Los científicos, profesores y profesionales de nuestros países deben intercambiar ideas sobre las implicaciones de las actuales orientaciones en educación, salubridad y progreso social. Nuestros gobiernos deben estimular a OEA para que movilice los mejores talentos e instituciones del hemisferio en nuevos programas que definan nuestro futuro común.

El año pasado, describí nuestros objetivos en este hemisferio en la forma siguiente:

"Nuestro empeño común... es el de cumplir la esperanza de América, como un continente que impulsó a los hombres a alcanzar lo mejor de ellos mismos".

"Nuestra realidad común es el reconocimiento de nuestra diversidad".

"Nuestra tarea común es la de convertir nuestros vínculos históricos y geográficos en tareas y objetivos comunes".

Los Estados Unidos siguen buscando un genuino diálogo con sus vecinos en todos los niveles; multilateralmente y bilateralmente, dentro y fuera de la OEA, con grupos subregionales y estados individuales.

Las altas esperanzas que han impulsado a las Américas durante casi cinco siglos, deben ser revitalizadas por nuestra generación. Estamos entrando en otro nuevo mundo tan extraño y difícil como el que hallaron los primeros colonizadores en las playas de América. Con imaginación, podemos construir en este hemisferio el modelo de esa gran comunidad mundial que debe ser nuestro objetivo final.

Como Víctor Hugo escribió en una ocasión: "La vía principal permanece abierta. Que América viaje por ella, y el mundo le seguirá".